S. S. PIO XII

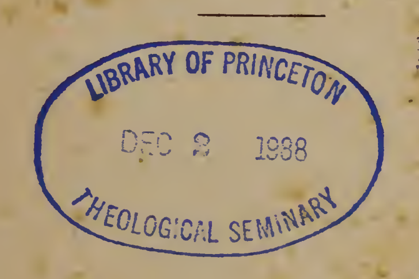
BIOGRAFIA Y DOCUMENTOS

LIBRERIA NUEVA
APARTADO 81
BOGOTA

II CONGRESO MARIANO NACIONAL DE COLOMBIA

S. S. PIO XII

BIOGRAFIA Y DOCUMENTOS



LIBRERIA NUEVA
APARTADO 81
BOGOTA

Ex porte censoris.

Nihil Obstat

P. HERNANDEZ

Imprimi potest.

JOHANNES EMMANUEL
Archiepps. Bgt. Coadj.

Bogotae, die 1 Jan. 1942.



BOGOTA
EDITORIAL MINERVA, S. A.

PRIMERA PARTE

Vida de S. S. Pío XII

por Mons. Enrico Pucci, Vocero autorizado de la Santa Sede

CAPITULO I

Tres profecías vaticinaron la elección del Emmo. Cardenal Pacelli al Supremo Pontificado. - Después de dos siglos es el primer romano que se sienta en la silla de Pedro. - El ambiente familiar. - Sus primeros estudios.

S. S, Pío XI predijo que Pacelli sería su sucesor

Por primera vez en dos siglos un verdadero romano se sienta en el trono de San Pedro. Es él Eugenio Pacelli, alto y enjuto, 262º sucesor del santo llamado Pedro, quien vino de Galilea para ser martirizado en Roma.

El último Pontífice de linaje romano fue Inocencio XIII, quien reinó desde 1721 hasta 1724. Con la elevación del Cardenal Pacelli como Pío XII, nombre que tomó de su amado padre espiritual, el anterior Papa, la Iglesia tiene un Jefe que ha revelado ser un genio que combina dotes de astucia política con cualidades de santidad y humanidad rara vez halladas en un hombre.

Eugenio Pacelli nació en Roma el 2 de marzo de 1876, exactamente 63 años antes de su elección al papado, día por día. No es, pues, de extrañarse si su voz profunda y mesurada temblara de emoción mientras hablaba en la Logia, sobre las puertas de bronce centrales de la gran Catedral, impartiendo la bendición pontificia a la multitud arrodillada, a la luz insegura del muriente día.

Eugenio Pacelli pertenece al robusto linaje de una familia relacionada durante décadas con el Vaticano. Su padre, el doctor Ernesto Pacelli, fue un notable abogado, quien durante muchos años fue abogado del Consistorio y más tarde decano de ese cuerpo. También fue Consejero de la Municipalidad de Roma, en representación de los católicos en la capital.

El finado Francesco Pacelli, hermano de Eugenio, quien falleció en 1933, fue tal vez el primer miembro de la familia Pacelli, que se dedicara a actividades diplomáticas. Francesco fue empleado por Pío XI en calidad de representante oficial del Vaticano para actuar como interme-

diario entre la Santa Sede y el señor Mussolini cuando se negoció el tratado de Letrán en 1929.

Pío XI, que guardaba en su corazón la mayor estima por la familia Pacelli, confirió al doctor Pacelli el primer puesto de Consejero General del Vaticano y el título de Marqués a perpetuidad. El título y el destino fueron heredados por el sobrino del nuevo Pontífice, Carlo, quien es hijo del famoso abogado.

Estoy en condición de revelar que la última elección ha llenado un profundo deseo personal del finado Papa Pío XI. Recuerdo vivamente que en 1937 el Papa Pío XI dijo solemnemente a los Cardenales reunidos en el Sacro Consistorio del 17 de diciembre: "Entre los Cardenales aquí presentes hay uno que un día podrá llegar a ser Papa".

Lo que dijo Pío XI pudo ser aplicado a cualquiera de los allí presentes, pero en sus cabezas todos sabían que el Santo Padre se refería a Eugenio Pacelli. Con frecuencia, por inferencias o elogios bondadosos, Pío XI había indicado que consideraba su Secretario de Estado y Chambelán como hombre digno de ser su sucesor.

Papa deportista

Si puede tomarse su gusto por los viajes en avión como un índice de sus inclinaciones de separarse de lo convencional, puede predecirse sin temor que habrá muchas innovaciones dentro de las paredes históricas de la Santa Sede.

Ya en 1920, cuando la aviación se hallaba en su infancia, comercialmente al menos, el nuevo Papa aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para volar. En 1934, cuando visitó a Buenos Aires, efectuó dos vuelos. El primer viaje lo hizo en un avión particular común. Quedó relativamente descontento porque, según ma-

nifestó, el viaje pareció más bien lento y de carácter rutinario.

Fue la segunda vez en un avión militar rápido, quedando encantado de la travesía.

No hay duda alguna que Pío XII es el primer Papa que vuela.

El Papa goza haciendo excursiones por senderos en las montañas, pero contrariamente a su predecesor en el trono, Achilles Ratti, no es un alpinista. Una de sus distracciones más conocidas consistió en viajar en automóvil, muy temprano por la mañana, hasta el cerro Albano, en las vecindades de Roma. Allí, en las proximidades del lago Albano y de Castel Gandolfo, se dedica a caminar a buen paso, admirando la niebla, azotada por el viento de la mañana, que se levanta del Lago Cossack.

Los honores y la adulación solamente lograron acentuar su devoción por el deber. Elevado a la púrpura cardenalicia por Pío XI en 1929, Pacelli se dedicó en alma y cuerpo a las arduas tareas de las relaciones exteriores de la Iglesia, a las cuales se añadían los numerosos deberes de Chambelán.

Pacelli viajó mucho y hablaremos más adelante de sus misiones en el extranjero.

Pacelli, hombre ilustrado y de experiencia

La más importante de sus recientes visitas al extranjero fue la que hizo a los Estados Unidos en 1936. En esa ocasión tuvo oportunidad de ver al presidente Roosevelt, por quien Pacelli siente gran admiración y respeto.

A pesar de su trabajo intenso, Pacelli halló tiempo para hacer ejercicios físicos, dedicándose a la gimnasia sueca todos los días después de levantarse y todas las noches antes de acostarse. En su juventud fue enfermizo y delicado de salud.

Habrá que ver si los mayores trabajos que lo esperan como Pontífice lo harán desviar de su rígida rutina en cuanto al tratamiento físico.

Robusto y vigoroso actualmente, puede preverse que tiene delante de él un largo reino, arduo y fecundo en innovaciones y cambios, aun cuando es seguro que basará su política en las normas trazadas por su predecesor.

El rasgo moderno en la personalidad de Pacelli fue reconocido por Pío XI al regreso del Cardenal Pacelli de América, en 1937, cuando ofreció a su Secretario de Estado una medalla de oro que ostentaba la siguiente inscripción: "Al Cardenal trasatlántico y panamericano".

Lingüista experto, Pío XII habla, además del idioma italiano, el francés, inglés, alemán, español y portugués, todos ellos con fluidez. Además habla un poco el magiar, uno de los idiomas más difíciles entre los más complicados del mundo.

Sus primeros años

En la juventud de Pacelli ejerció una gran influencia la serena Doña Virginia Graziosi, su madre de noble nacimiento, quien falleció hace muchos años, cuando Pacelli era aún relativamente joven.

Fue ella quien lo influenció hacia la carrera eclesiástica.

Pacelli pasó los primeros años de su vida en un ambiente romano típico. Vivía en una casa antigua y modesta, sobre la Vía Della Vetriana, en uno de los barrios más democráticos de la ciudad, cerca de la iglesia, la cual, a pesar de su edad secular, sigue llamándose "Chiesa nuova", o iglesia nueva.

Esta iglesia, a cuya sombra y recintos protectores creció el niño Pacelli hasta la pubertad, impregnándose en las leyendas de San Fillipo Neri, fue la escena de la primera misa celebrada por el joven que llegaría a ser Papa.

Mucho después de su ordenación seguía frecuentando

esa iglesia, y recuerdo haber escuchado un panegírico de San Felipe Neri en su día de fiesta, el 26 de mayo. Entre los presentes descubrimos, sumido en piadosa plegaria, a Giacomo Della Chiesa, en ese tiempo un simple Monseñor, quien sería coronado más tarde como Papa Benedicto XV.

Sus estudios

El joven Pacelli prosiguió sus estudios clásicos en el Liceo Real "Ennio Quirino Visconti". Progresó hasta ingresar en otra institución típicamente romana, el Colegio Capránica, fundado a mediados del siglo décimoquinto por el famoso Cardenal Domencio Capránica y considerada la principal y más antigua institución eclesiástica del mundo.

Simultáneamente, Pacelli atendía las clases eclesiásticas en la Universidad Gregoriana Pontificia, dirigida por los padres jesuítas. En este colegio permaneció solamente un año, pues su salud se había puesto delicada por el exceso de trabajo.

En ese tiempo era sumamente difícil, y lo es aún hoy, obtener la autorización necesaria para prepararse uno mismo a la vida religiosa, sin entrar en un seminario o colegio eclesiástico, pero era tal la seriedad y la voluntad de la familia Pacelli, que el joven Eugenio fue autorizado para continuar sus estudios de preparación para el sacerdocio sin estar obligado a seguir la costumbre de entrar en un seminario.

Siguió los cursos en el Ateneo del Seminario Pontificio en Roma. Por su inteligencia, su brillante concepción, su asiduidad impresionó sus maestros de tal manera que en cuanto se doctoró en filosofía, teología, ciencias económicas y derecho civil, inmediatamente le fue ofrecida una cátedra en la Facultad de Derecho.

Fue esto por un tiempo muy breve, solamente unas pocas lecciones, pues, según veremos, fue prontamente lla-

mado a otro campo de actividad. Estas lecciones fueron suficientes para impresionar a sus alumnos y lograr la profunda admiración de ellos por su maestro.

El no se contentaba con la mera explicación del asunto en su forma tradicional; al contrario, se propuso revisar, modernizar y armonizar la teoría con los hechos corrientes. No desdeñaba traer a la clase, junto con sus libros de texto, el último número del diario, cuando éste contenía materia que afectaba la ley de la Iglesia.

Desde esa fecha hasta ahora hizo gala de esas cualidades sorprendentes que se afirmarían con tan gran éxito en su marcha infatigable y sin vacilaciones, aunque tal vez inconsciente, hacia el puesto más elevado que la Iglesia o el Estado pueda ofrecer al hombre mortal.

CAPITULO II

Neviani, profesor del futuro Pontífice. - En la Congregacion de Asuntos Eclesiásticos. - Colaborador del Cardenal Gasparri. - Prelado de Saint-Ives. Una carrera triunfal.

El Profesor del futuro Papa

Las palabras que pronunció el profesor Antonio Neviani, quien fue el maestro de Eugenio Pacelli desde 1892 hasta 1895, nos dejan una vívida impresión del joven serio que estaba señalado para ascender al Pontificado. Dice el profesor Neviani: "El era serio, estudioso y muy inteligente. Tengo 81 años de edad y he enseñado a más de una generación de estudiantes, pero de todos ellos el que permanece en mi memoria con mayor claridad es el joven Pacelli: alto para su edad, más bien delgado y llevando ya anteojos". Neviani támbién paga tributo a la cálida cordialidad de que es capaz Pacelli, así como a su lealtad como amigo y alumno. Añade el buen profesor: "Lo encontré una vez a Pacelli, cuando ya se dedicaba a tareas superiores, durante una reunión de la Academia Científica Pontificia. Mi antiguo alumno era entonces un Cardenal y confieso que sentía cierta timidez en hacerme ver de él, después del transcurso de tantos años. Pero en cuanto me vio se dirigió hacia mí y me apretó calurosamente la mano, dando muestras de la mayor afección".

El Cardenal Pacelli diplomático

Fue a una edad temprana que el joven Eugenio orientó su vida hacia la diplomacia, y hoy son muchos los que lo consideran uno de los más grandes diplomáticos de los tiempos modernos.

Poco después de haber sido ordenado sacerdote, a la edad de 23 años, fue llamado a la Congregación de Asuntos Eclesiásticos extraordinarios, que es un alto cuerpo de consulta

dependiente del Secretario de Estado del Vaticano. Este es el cuerpo que desenreda los hilos enmarañados de la jurisprudencia económica, definiendo una política en la solución de estos problemas. Fue fundado por Pío VII, en una época en que la Iglesia estaba tratando de establecer un concordato con Napoleón Bonaparte, en vista del restablecimiento de la Iglesia católica en la Francia arrasada por la revolución.

La labor desarrollada por esta Congregación en una época tan crítica fue tan valiosa que fue transformada en un instrumento permanente del Departamento de Estado del Vaticano.

En este ambiente el joven Pacelli llegó a dominar el mecanismo de las relaciones exteriores y aprendió a usar los instrumentos de la diplomacia: arte, previsión e inteligencia. Esta Congregación ha sido por muchas décadas la escuela de aprendizaje para los futuros diplomáticos de la Santa Sede y allí se formó más de un joven brillante, entre los cuales Pacelli fue uno de los que más se destacaron.

Se cuenta que un día el maestro de la secretaría, Caballero Alberto Tuzi, tropezando con un grupo de diplomáticos mozalbetes ataviados de negro, les dirigió esta admonición paternal: "Adelante, mis jóvenes amigos; vosotros sois como soldados de Napoleón. Cada uno de vosotros lleva un bastón de mariscal en su mochila".

En el grupo a que se había dirigido este anciano astuto estaba un sacerdote que llevaba en su bolsillo el "zucchetto" blanco del papado.

Estos eran los días dorados del pontificado de León XIII. El Cardenal Secretario de Estado era entonces el famoso Rampolla, quien hubiera sido elegido Papa a la muerte de León si no hubiera sido por el veto de Francisco José, Emperador de Austria.

Grandes nombres y grandes figuras de la santa Iglesia proyectan su sombra protectora sobre el diplomático novel

durante esta época de formación en su carrera. Mencionaremos a un Secretario para Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, que fue el arzobispo Pietro Gasparri, el diplomático que luégo ascendió a Cardenal y fue Secretario de Estado de Benedicto XV y Pío XI, y que moldeó la vida madura de Pacelli, elevándolo hacia la meta que hoy ocupa.

Mientras era aún un serio estudiante de los asuntos de diplomacia, Pacelli fue llamado a dictar una clase en el Ateneo del Seminario Pontificio en Roma. Gasparri, su superior inmediato, le indicó que expresara su agradecimiento por el honor, pero que le fuera otorgada la tranquila reclusión del escolasticismo para labores más provechosas.

Principio de su carrera

Gasparri indujo a Pacelli a quedar a su lado en la Secretaría para Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, y así comenzó la carrera de Pacelli como diplomático.

Antes que Gasparri le hablara había servido simplemente como un aprendiz, pero por insistencia de Gasparri tomó un puesto permanente. En adelante ya nada pudo tentarlo a apartarse de su camino elegido.

En un sentido, Pacelli fue sumamente afortunado. Con frecuencia sucede que hombres de capacidades brillantes, por amor de su arte, se mantienen encerrados en las estrechas celdas que les impone su trabajo. Se quedan presos en el laberinto y repentinamente se dan cuenta de que es demasiado tarde para poder escapar. Muchos de estos hombres son los que se quedan a cargo de las Secretarías, Consejos y Nunciaturas. Efectivamente son las actividades en estos campos que los llevan con frecuencia a la púrpura cardenalicia en razón de los servicios prestados; sinembargo, allí termina para ellos, con harta frecuencia, su contacto inmediato con los problemas urgentes que se presentan a la Santa Sede con el resto del mundo.

Un Cardenal viajero

No fue ello así en el caso de Pacelli. Su cargo de Cardenal lo hizo viajar en una gran parte del mundo, permitiéndole el estudio de las relaciones entre los pueblos, las que, después de todo, representan la expresión colectiva de las relaciones entre hombre y hombre.

Cuán distinto del destino de un Cardenal que conocí personalmente, ya fallecido ahora. Después de treinta años de cambiar de país en país, ya sea como nuncio o delegado apostólico, fue elevado a la dignidad del senado eclesiástico y confinado a su pequeña diócesis, reduciéndose así su trabajo de la colosal tarea de mantener relaciones amistosas entre los poderes temporales y la madre Iglesia, a la modesta rutina de una administración local.

Pacelli, director de los Nuncios

Si las nunciaturas son los brazos de la Iglesia, que se extienden desde Roma para mantener los contactos amistosos con los centros que gobiernan el vasto imperio católico, se puede entonces considerar como el cerebro la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios.

No pasó mucho tiempo antes que el cerebro de Pacelli se convirtiera en la fuerza impulsiva de este importante mecanismo político. Progresivamente, Pacelli se convirtió en Monseñor, nombrado en calidad de prelado de Saint-Ives, asociación para la defensa gratuita de las dificultades legales de los pobres.

De esta manera Pacelli, aun cuando ocupado en los asuntos extranjeros de la Santa Sede, tenía al mismo tiempo contacto directo con la vida civil, lo que le permitió adquirir gradualmente lo que se conoce como sentido común.

Estoy insistiendo en esta importante fase de la vida y

obras de Pacelli para darle una vívida idea de cómo del arbolillo endeble de un sacerdote nació un robusto roble de la Iglesia. Por el momento he evitado dar las fechas en que el joven alcanzó estos grados en su desarrollo, que resumiré a continuación, a fin de ilustrar su rápido ascenso. En uno de los capítulos subsiguientes volveré a referirme a los primeros períodos de la vida de Pacelli, el ambiente en que creció, las influencias de la casa, de la familia y del seminario que alimentaron sus raíces espirituales.

Su admirable labor

Como una ayuda para marcar el curso de su vida daré los siguientes jalones, para que nos sirvan de guía:

Se ordenó como sacerdote en 1899, a la edad de 23 años. Al año siguiente fue aprendiz en el Secretariado de Estado del Vaticano.

En 1903 pasó un rápido mes como asistente en la clase de derecho de cánones en la Universidad Gregoriana. Y fue en el mismo año que Gasparri, a sabiendas o no, estableció el rumbo que debía seguir Pacelli en la vida.

Por el año de 1914 el joven aplicado de ojos castaños y con anteojos había andado mucho camino, pues fue nombrado Secretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, y en el mismo año fue elevado a la prelacía de Saint-Ives.

La gran oportunidad de Pacelli, sin embargo, llegó tres años después, en 1917, cuando viajó a Munich como nuncio apostólico, mientras el mundo se estremecía al impulso de la guerra.

En 1925 llevó a término feliz el Concordato entre la Santa Sede y Baviera, e inmediatamente después, en el mismo año, fue nombrado nuncio en Berlín.

En 1929 terminó el Concordato con Prusia y el 16 de diciembre de 1929 recibió la birreta de Cardenal.

En febrero de 1930 Pacelli sucedió a Gasparri en calidad de Secretario de Estado y fue nombrado Arzobispo de San Pedro.

En 1933 hizo el Concodato con Baden.

El 10 de septiembre de 1933 firmó el histórico Concordato con Alemania.

Previamente, en junio, había firmado el pacto con Austria, que luégo fue ratificado como Concordato el 1º de mayo de 1934.

Ofició en la apertura y clausura de la Sagrada Puerta durante los años santos de 1933 y 1934. En octubre de 1934 fue el enviado papal al Congreso Eucarístico de Buenos Aires, después de lo cual hizo su jira en Sudamérica.

En 1935 fue hecho Legado a Lourdes y en 1936 fue a los Estados Unidos en "vacaciones privadas", lo que fue seguido por viajes a Lisseux y a París.

En calidad de Chambelán tomó a su cargo los deberes de Papa el 11 de febrero de 1939, y el jueves 2 de marzo fue elegido unánimemente sucesor de Pío XI.

¿Cuáles son los hombres que pueden alcanzar el éxito en tan corta medida de tiempo?

CAPITULO III

«Opus, Justitiae, Pax». - El problema de la codificación del Derecho Canónico. - El Cardenal Gasparri y Monseñor Pacelli.

Las tres profecías

Tres profecías se cumplieron el día en que el Papa Pío XII ascendió al trono de la santa Iglesia romana.

Una fue la del santo irlandés, San Malaquías, quien predijo que el 262º papa sería de un carácter santo y que se le conocería como "Pastor Angelicus". Ningún otro hijo de la Iglesia se ha adaptado mejor a esta descripción que Eugenio Pacelli.

La segunda profecía fue la del Papa Pío XI, quien sugirió en muchas ocasiones que la Iglesia podría hallar su sucesor en la persona de Eugenio Pacelli.

Pero la profecía más dramática y más evidente de todas fue la de un humilde sacerdote, el padre Jacobacci, amigo íntimo de la familia Pacelli. El padre, levantando en sus brazos al niño recién nacido, el 2 de marzo de 1876, miró con ojos que escudriñaban el futuro la cúpula de San Pedro, apenas visible en la distancia desde la ventana de la casa de los Pacelli. Como en una visión, construyó la escena que ocurriría bajo el distante domo décadas más tarde.

"—Dentro de sesenta y tres años, todos los cristianos saludarán a este infante en la Basílica de San Pedro".

Pocos días después, bautizó al niño llamándolo Eugenio Pacelli. Eugenio era el segundo hijo de Filipo y de Virginia Graziosi Pacelli. Y así fue como los Pacelli dieron al Pontificado, por primera vez en los últimos años, un nombre sacado del Libro de Oro de la nobleza italiana. La familia desciende de nobles romanos de Acquapendente y de Sant'Angelo in Vado.

El lema de su familia

El lema de la familia es, con curiosa propiedad, "Opus, Justitiae, Pax" —Trabajo, Justicia y Paz. También en esto hay una profecía, pues como se ve, Eugenio Pacelli ya ha marcado la pauta de la Paz y con la Justicia, que será la sinfonía dominante durante su reino.

Eugenio tiene un hermano, Francesco, dos años mayor que él. Alcanzó fama como abogado consistorial, y falleció hace algunos años. El Papa tiene dos hermanas, Giuseppa, nacida en Roma el 3 de julio de 1872 y Elizabetta, nacida también en Roma, el 28 de junio de 1880. Ambas son casadas.

El ambiente familiar en que nació y creció el niño Pacelli fue la atmósfera ordenada, ilustrada, conservativa de la clase media superior italiana. Las características sobresalientes de esta gente noble, pero sin pretensiones, son el respeto por la ley, el orden y la santidad de la familia.

Aún si su padre y hermano no hubiesen estado en contacto constante con la vida del Vaticano, Eugenio Pacelli hubiera seguido sin duda una vocación religiosa. El hecho, sin embargo, es que diariamente tenía contacto con el aspecto secular de la ley y sus problemas, que apelaban a su mente lógica y cuidadosamente formada, todo ello mezclado con la armonía de las campanas de San Pedro. Y él atendió su llamada. Era natural que aquellos miembros de su familia que habían dedicado sus vidas al Vaticano lo estimularan para seguir la vocación religiosa.

Ya he mencionado algunos de los puntos culminantes de la carrera del joven sacerdote como estudiante y alumno y he dejado entrever las perspectivas que se abrían delante de él. Es claro entonces que toda su juventud fue un período de preparación para la primera gran tarea que le correspondió, una tarea que no solamente implicaba la

Iglesia sino el mismo fundamento matemático de la ley —la codificación del derecho canónico.

La codificación eclesiástica

La gran estima que sentía el Cardenal Gasparri por el joven sacerdote sirvió para que lo pusiera prontamente en contacto con aquella magna empresa que había estado madurando lentamente desde los comienzos del pontificado del Papa Pío X. Este Papa, al ascender al trono después del largo reinado de León XIII, preguntó al entonces Cardenal Gasparri, en una de las primeras audiencias concedidas, si había algo que pudiera ser hecho para reorganizar y hacer más eficientes las actividades de la curia romana.

Contestó Gasparri: "Sí, Santo Padre, hay el problema de la codificación del derecho canónico".

Para comprender el largo alcance de la proposición de Gasparri, hay que considerar que hasta entonces la Iglesia católica no había dispuesto de un código jurídico de reglas en cuanto a la disciplina eclesiástica. La jurisprudencia se basaba enteramente en las costumbres y los precedentes. La doctrina por la cual la Iglesia aspiraba a determinar la ley jurídica se basaba, en gran proporción, sobre la ley romana, y no existía código alguno. La aplicación de la ley emanaba de sentencias previamente dictadas por la Santa Sede en circunstancias análogas.

El Papa Pío X comprendió inmediatamente la utilidad de la proposición del Cardenal Gasparri y decidió comenzar sin demoda con la enorme tarea que representaba la codificación de las normas morales o leyes, costumbres y antecedentes. Esta tarea equivalía a la creación de un sistema legal completo, sobre el cual se basaría la enorme labor de gobernar la Santa Sede.

Fue así como el 19 de marzo de 1904 el Papa Pío X fir-

mó una Bula por la cual nombraba al Arzobispo Gasparri secretario de una comisión encargada de llevar a cabo esta compleja codificación. El trabajo requirió trece años y en todo ese tiempo el entonces Monseñor Pacelli fue la mano derecha de Gasparri.

Es evidente que ningún hombre tendría una mejor oportunidad que el joven Monseñor para asimilar el derecho canónico como parte integrante de su pensamiento y conducta. En esos trece largos y tediosos años, desde el momento en que se inició la faena hasta que el Papa Benedicto XV promulgó el Código por medio de una Bula, Eugenio Pacelli tuvo ocasión de aprender más derecho de lo que hubiera sido el caso dedicando dos vidas enteras al estudio ordinario e intenso de esa ciencia.

Mientras tanto Monseñor Pacelli iba ascendiendo, paso a paso, en los diversos cargos que componen la Congregación para asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. De simple aprendiz ascendió a sub-Secretario, luégo a prosecretario y finalmente a Secretario. Fue cuando estaba ocupando este cargo que sobrevino la consagración del Papa Benedicto XV, quien había sido uno de los jefes superiores en la Secretaría de Estado mientras el joven Monseñor Pacelli estaba ensayando sus piernas aún inseguras en los diversos cargos de la curia romana.

Su amistad con Gasparri

Es fácil ver los lazos de admiración mutua y de respeto que unirían entre sí a los dos hombres, uno de ellos el Papa y el otro el futuro Papa. Mantenían una amistad estrecha. Entre los dos mediaba solamente Gasparri, quien, como ya he indicado, estaba unido a ambos por la amistad. Con el pasar del tiempo este triunvirato tuvo aún relaciones más íntimas. La única consecuencia de esta posición ventajosa para Pacelli fue la intensificación de su trabajo, a fin

de justificar la estima que sentían por él sus dos grandes amigos.

Mientras tanto se desarrolló lentamente otra fase de las actividades del prelado romano. Sucede con frecuencia que las tareas que impone la Curia, especialmente las relacionadas con la diplomacia, absorben completamente el tiempo y los esfuerzos de las personas dedicadas a ella. Tan así es que la mayor parte de los funcionarios han descartado todas las demás actividades, incluso las que se relacionan directamente con el ejercicio de su ministerio sacerdotal.

Aun cuando sumido en la fría mecánica jurídica de la política y diplomacia, Eugenio Pacelli halló tiempo, sin embargo para rezar, escuchar confesión, dedicarse a la salvación de las almas y trabajar activamente como conferenciante y director espiritual de conventos, instituciones y organizaciones de educación.

Bien pronto se hizo acreedor de un título que en sí exteriorizaba una amable profecía, pues llegó a ser conocido como "Doctore Angélico".

Hacia el final de 1917, Monseñor Eugenio Pacelli había desempeñado todos los cargos en el Secretariado de la Congregación para Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, incluso el mismo puesto de Secretario. En la vida civil este último puesto equivale a Subsecretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Pacelli, sin embargo, al revés de lo que ocurría con muchos otros funcionarios del mismo Ministerio en el Vaticano, nunca había desempeñado una posición permanente en el extranjero.

Benedicto XV y Pío XI consideraban su trabajo en el Ministerio demasiado valioso para arriesgarse a mandarlo al extranjero.

En este período solamente desempeñó una misión diplomática, de carácter honorífico y breve duración. Acompa-

ñó al entonces Arzobispo Granito de Belmonte a Londres como Legado papal a la coronación de Jorge V.

El día de la elección, cuando correspondió al Cardenal Granito en su calidad de Decano de la Orden de Obispos y Cardenales del Colegio preguntar al nuevo Pontífice si aceptaba el honor del Pontificado, Pacelli recordó su asociación durante la misión a Londres, que marcaba el comienzo de su amistad.

Su labor diplomática en Alemania

A principios de 1917, mientras Europa se retorcía bajo el tormento de la guerra, Pacelli era uno de los principales colaboradores de Benedicto XV en los trabajos complejos e importantes de dispensar caridad y socorro a las víctimas de la guerra.

Después Benedicto decidió llamar al entonces nuncio apostólico en Munich, que era el arzobispo dominico Frühwirth, quien fue elevado a la púrpura en reconocimiento de sus largos servicios. La Nunciatura de Munich era entonces la única representación del Vaticano en Alemania, porque en ese tiempo no había representación en Berlín. Benedicto nombró al arzobispo Aversa, quien se desplazó desde Río de Janeiro para hacerse cargo de la Nunciatura en Munich.

Pero Aversa falleció a los pocos días de su llegada a Munich.

Era importantísimo tener representación en Alemania y debía llenarse ese puesto con el hombre más competente.

El Papa Benedicto y el Cardenal Gasparri, en ese tiempo Secretario de Estado, decidieron que lo mejor sería mandar a Monseñor Pacelli. Varias razones influyeron en la decisión de Su Santidad: el perfecto conocimiento de Pacelli en el espíritu y directivas de la diplomacia ecle-

siástica y su gran pericia en los problemas delicados creados por la guerra y las relaciones de la Santa Sede con los países enemigos de los aliados.

El Papa había proclamado la imparcialidad y neutralidad de la Santa Sede. Consideraba un sagrado deber prestar ayuda a los prisioneros italianos y de otras nacionalidades detenidos en Alemania, mientras al mismo tiempo trabajaba para mitigar los sufrimientos de los prisioneros de guerra en Italia.

Fue decididamente un sacrificio para Monseñor Pacelli salir de Roma. Debía abandonar la Roma que amaba tanto y por primera vez debía dejar su trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores del Vaticano. Pero no dudó ni un solo momento y obedeció las órdenes del Santo Padre.

En abril de 1917 fue nombrado oficialmente Nuncio en Munich y Arzobispo titular de Sardi.

Valiosísimos regalos al arzobispo de Sardi

Hasta ese momento su rango eclesiástico era solamente de sacerdote. Benedicto XV como señal de estima y reconocimiento de su trabajo, ofició personalmente la ceremonia que lo consagró arzobispo, en la Capilla Sixtina, el 13 de mayo de 1917.

CAPITULO IV

Monseñor Pacelli colaborador de Benedicto XV en la obra de socorro a las víctimas de la guerra. Su misión diplomática en Alemania. - El perfecto intérprete del pensamiento pacifista del Pontífice.

La ceremonia tenía un significado particular para el nuevo arzobispo, y no solamente por el hecho que marcaba un importante adelanto en su vida religiosa. En efecto, ese día estaba presente en la capilla su madre, en una de las pocas ocasiones antes de su muerte en que pudo compartir la luz de la gloria que iba a impartir un resplandor benéfico a la cara ascética y santa del futuro Papa.

Por la capilla repleta de amigos y admiradores debió comprender Pacelli elocuentemente la alta estima de que disfrutaba.

En esas ocasiones los nuevos obispos reciben regalos de sus parientes y relaciones y Pacelli recibió un gran número de obsequios.

El regalo que más profundamente llegó a su corazón, sin embargo, fue un anillo que le dio su madre, fundido con los pendientes que ella llevó como novia. Desde ese momento el anillo nunca dejó el dedo de Pacelli.

Este símbolo del amor materno tuvo un valor inapreciable para él cuando, al año siguiente, siendo Nuncio en Alemania, Donna Virginia falleció.

El Papa Benedicto regaló al joven arzobispo un libro inapreciable, manuscrito por los antiguos monjes sobre pergamino magníficamente iluminado y finamente encuadernado. Era el "Canon", el texto de la misa que se refiere a la consagración y a la comunión. Este libro había sido el regalo de las hermanas benedictinas inglesas al Papa Pío X, en ocasión del centésimo aniversario de San Gregorio, el Papa que envió el primer misionario a Inglaterra.

Cuando el arzobispo Pacelli recibió el obsequio recono-

ció inmediatamente su valor y se quedó mudo de sorpresa de que Benedicto XV lo distinguiera de tal manera, brindándole este inapreciable tesoro.

Preguntó al Papa si el regalo era para él personalmente o para la Biblioteca de la Nunciatura en Berlín. El Papa replicó: "Pero si es para tí personalmente".

El protector de los prisioneros

Cuando el arzobispo Pacelli salió con destino a Munich, un amigo que lo acompañó hasta la estación manifestó luégo a los parientes del Nuncio: "En dos años lo veremos regresar a Roma como Cardenal, después de haber logrado la paz en nombre del Papa".

Tres meses después de la llegada de Pacelli a Munich, el Papa promulgó su famosa "Nota per la pace", en la cual el Santo Padre proponía las condiciones bajo las cuales, según sus deseos, debía ser negociada la paz.

Aun cuando el llamado a la paz tuvo una inmensa repercusión mundial, desgraciadamente no dio resultado, pues las naciones en guerra no estaban aún listas para la paz. La guerra prosiguió durante un año y varios meses más.

Cuando se desvanecieron las esperanzas de apresurar el término de la trágica guerra, la Santa Sede concentró todas sus fuerzas en la ayuda a los enfermos, heridos y hambrientos.

Benedicto XV halló en Pacelli el intérprete perfecto de su amplio programa humanitario. Pacelli visitaba sin descanso los campamentos de prisioneros y los hospitales. Logró organizar las comunicaciones, por medio del correo, entre los italianos prisioneros en Alemania y sus familias ansiosas en Italia. Asímismo hizo arreglos para que pudieran llevarse a efecto las mismas comunicaciones en-

tre los alemanes que estaban prisioneros en Italia y sus familias en Alemania.

Se preocupó de que dinero, alimentos y otros artículos enviados por cualquiera de los bandos llegaran a su destino.

Pero dispensó no solamente ayuda material para mitigar los sufrimientos individuales y colectivos de los prisioneros italianos. Se mezcló entre ellos, desafiando las enfermedades y la suciedad, para hablarles, para rezar con ellos, manteniendo la fe en el país, en los demás hombres y en Dios.

CAPITULO V

La piadosa y heroica actitud de Monseñor Pacelli en 1919, en Munich, cuando la soldadesca comunista imponía el terror y asaltó la Nunciatura Apostólica. - Monseñor Pacelli consagra el primer Obispo que debía partir a Rusia a organizar el clero católico perseguido. - Pacelli significa paz.

Pacelli ante el comunismo alemán

Kurt Eisner y el populacho comunista estaban en poder de Munich. Oíase el martilleo de las ametralladoras. Los gritos de los moribundos eran acentuados por las descargas de fusilería y el estampido ocasional de los revólveres, contribuyendo todo al horror de esa noche espantosa.

La gente corría a guarecerse durante el día, excepto la chusma de los prosélitos de Eisner, en la primavera de 1919.

Fue en el horror de este torbellino que un pálido y delgado soldado de Cristo, el arzobispo Eugenio Pacelli, Nuncio apostólico, tuvo que exponerse a grave peligro personal, enfrentándose con los cañones obtusos de pesadas pistolas automáticas en manos de hombres desesperados.

Muy difíciles fueron para el nuncio papal aquellos días de pesadilla de la postguerra, cuando Alemanía parecía haber caído en la anarquía. En la cresta de la ola de revolución roja cabalgaban las fuerzas del Anticristo.

Para Pacelli el período sirvió unicamente para hacer la ofrenda de nuevos sacrificios, dar nuevas pruebas de su generosidad, coraje y sublime patriotismo hacia la Iglesia.

Pacelli veía diariamente ciudadanos alemanes arrastrados a la prisión para ser fusilados y esto constituía una angustia no menos intensa que si los fusilados hubieran sido sus compatriotas.

La Nunciatura apostólica, al igual que todas las legaciones y embajadas, izó su bandera, el blanco y amarillo del Papa; pero esto pareció ser una invitación a cometer abusos, más que una protección.

Las luces estaban prohibidas de noche. En sus incursiones nocturnas, los rojos disparaban sus armas sobre cualquier ventana en que se veía un reflejo de luz.

Una noche el Consejero apostólico, Lorenzo Schioppa, que fue más tarde nuncio y arzobispo de Holanda, estaba trabajando en su escritorio alumbrado, cuando un tiroteo de ametralladoras barrió la pieza. El ocupante solitario se echó al suelo, escapando milagrosamente a la muerte.

La reclamación diplomática de Pacelli al día siguiente solamente sirvió para incitar a los rojos a cometer mayores ultrajes, resultando un segundo incidente en que Pacelli fue el protagonista y el héroe. Una patrulla de soldados rojos se presentó a la legación papal, exigiendo la entrega inmediata del automóvil del Nuncio.

Pacelli amenazado con un revólver

Mientras asaltaban el garage para llevarse la máquina, los sirvientes avisaron a Pacelli, quien inmediatamente hizo frente a los invasores. El joven teniente sacó un revólver, que colocó contra el pecho de Pacelli, mientras los soldados blandían sables y fusiles.

Pecelli se mantuvo erecto e inmóvil, pero hizo una enérgica protesta y exigió que la tropa se retirase, pues habían violado gravemente la inmunidad diplomática del Legado de la Santa Sede.

Su enérgica actitud, su calma y sangre fría intimidaron al teniente, quien bajó el arma y se retiró junto con sus soldados.

Dos papas que se encuentran

También fue en Munich que los dos futuros Papas se encontraron, en desempeño de misiones oficiales. En mayo de 1918 un prelado del Vaticano fue enviado especialmen-

te por Benedicto XV, en calidad de visitador apostólico, para hacer un reconocimiento de las condiciones existentes en Alemania y Polonia. El visitador era Aquiles Ratti, más tarde el Papa Pío XI, quien viajó a Polonia después de la paz de Brest-Litovsk y regresó luégo a Roma, pasando por Munich y Viena.

¿Quién hubiera pensado, en esa época, que los dos amigos llegarían a reinar como Papas, primero el uno y luégo el otro?

En 1926 Pacelli fue de Munich a Berlín en calidad de Nuncio. Entre las tareas importantes que realizó, hay una sobresaliente que relato aquí, pues creo que es la primera vez que se trae a la atención del público.

Organización secreta del clero ruso

Un día vino ante Monseñor Pacelli un simple y robusto padre jesuíta, Miguel D'Herbigny, que era profesor en el Instituto Bíblico Pontificio de la ciudad eterna y era portador de una misiva secreta proveniente del Secretario de Estado del Vaticano. La carta informó al Nuncio acerca de una decisión hecha por el Papa, de la mayor importancia y secreto, relativa a la situación extremadamente delicada originada por la violenta persecución a la Iglesia católica por los bolcheviques rusos y la extinción de la jerarquía católica allí.

Los obispos católicos eran deportados de Rusia. Era necesario crear una nueva jerarquía secreta, a fin de evitar represalias por parte de los rojos.

El valiente padre D'Herbigny salió de Roma como un simple sacerdote, habiéndose provisto de un pasaporte ruso por intermedio de la Embajada de Francia. Se había desarrollado un plan por el cual el sacerdote, con grave peligro de su vida, debía entrar en territorio ruso, después

de haber sido elevado a obispo, a fin que pudiera tomar importantes decisiones.

La ceremonia de consagración fue oficiada por Pacelli, en medio de un secreto que recordaba vívidamente las antiguas persecuciones en las edades tenebrosas del distante pasado. Los terroristas rusos, sin embargo, nunca permitieron la ejecución de los planes de D'Herbigny.

Los obispos consagrados más tarde por D'Herbigny han muerto todos o han sido expulsados del territorio ruso. El único miembro de la jerarquía católica que queda en Rusia es el Obispo Neveu, francés de nacimiento, quien es capellán oficial de la Embajada Francesa en la Rusia soviética.

He manifestado anteriormente que durante todas sus incesantes labores como diplomático y administrador, Pacelli siempre retuvo su gran amor por el trabajo misionero y la satisfacción espiritual de cumplir sus deberes como sacerdote. Esto también pudo verse en Alemania.

El Papa, brillante figura en la sociedad

Dominó completamente la lengua alemana y se distinguió por su brillante conversación, su solemnidad como orador y la lucidez de sus escritos en alemán. Se ha publicado un volumen de sus cartas en alemán, que se consideran de valor poco común desde el punto de vista literario.

Durante su estada en Berlín no había círculo literario o club cultural que no lo invitase, tanto en el mundo católico como en el protestante. Su talento intelectual provocó la admiración universal. En este medio el Nuncio fue adquiriendo un gran conocimiento de las personas y de los asuntos del mundo, que le serían de suma utilidad en el curso de su vida.

Frecuentemente importantes personajes, pertenecientes a otras religiones, venían hacia Pacelli para hacerle confe-

siones y pedirle consejo. Una vez recibió la visita de un personaje de alta importancia política, quien le confesó que era un masón y que se había asociado a la masonería porque necesitaba una atmósfera espiritual en la que pudiera hallar afinidad con otros.

El futuro Papa, hasta en este mundo tan distante de su fe católica y de sus cualidades de sacerdote, demostró una de sus más importantes cualidades: la de ser, en un sentido espiritual, un verdadero conquistador.

Un gran nadador

Con todas sus ocupaciones oficiales e intelectuales, Pacelli nunca descuidó su salud y siempre halló tiempo para consagrarse a la equitación, que era entonces su deporte favorito. Su figura austera era una de las vistas familiares en los caminos de herradura de los parques alemanes.

Pacelli es también un buen nadador, habiéndose dedicado a este ejercicio en las aguas de Santa Marinella, cerca de Roma, donde su familia tenía una finca.

Con la única posible excepción de Aquiles Ratti, es dudoso que jamás un hombre con facultades mentales tan generosas y bien equilibradas haya ascendido al trono de San Pedro.

Pacelli significa paz

Y ahora una palabra acerca del apellido Pacelli. Se dice que es derivado de "Pace", que significa "paz", y era un nombre de pila común en el medioevo. Hoy ha sobrevivido como apellido en Roma y la Italia central.

Entre los antiguos romanos el derivado de la palabra "Pax", que también significa "paz", ocurría con frecuencia como apellido, tal como "Paconias" y "Paculeius".

CAPITULO VI

La extraordinaria labor diplomática desarrollada por el Nuncio Apostólico en Alemania. - El Concordato con Baviera. - Las convulsiones de la Alemania de la post-guerra. - El Concordato con Prusia.

Labor de Pacelli en Berlín

Los tres años que pasó Pacelli en calidad de Nuncio en Munich y Berlín fueron talvez los más fructíferos de su vida de diplomático. Constituyeron una excelente preparación en su carrera para asumir el alto cargo de Secretario de Estado del Vaticano.

Durante ese tiempo inauguró una nunciatura, firmó dos concordatos y estableció la fundación para dos más, terminados luégo por él mismo en calidad de Secretario de Estado. Su larga carrera como Nuncio es amplio testimonio de la fe y amistad que el Vaticano tenía por él.

Después de la guerra mundial las condiciones en Alemania eran precisamente las de un país que emergía de una grave calamidad y entraba en un período de transformación.

La primera etapa en el proceso de curación de este Estado, proceso que causó rápidos cambios en la estructura política y sociológica, fue la Constitución de Weimar, firmada en agosto de 1919.

Catorce años más tarde ocurrió en el país una transformación y unificación aún más radical con el advenimiento del socialismo nacional, en marzo de 1933. Como consecuencia de la Constitución de Weimar, que era de forma federativa, cayó el imperio germano con sus diversas dinastías de gobiernos autónomos, como Baviera, Sajonia, Baden, Würtemberg y otras. Sin embargo conservaba una distinción entre las diferentes comarcas o "Laender". Estas conservaban autonomía local dentro del régimen del Reich. Con los "Leander" se continuaban los poderes de los "Landtage" o sean asambleas legislativas.

El primer cuidado de la Santa Sede, siempre muy bien informada sobre la situación política por el Nuncio Pacelli, fue el de establecer contacto directo entre todo el territorio alemán y la Nunciatura en Berlín. Hasta ese momento solamente existía en Alemania la Nunciatura de Munich, la que también se ocupaba de las relaciones con todo el territorio alemán.

Los Nuncios decanos del cuerpo diplomático

En 1920 Pacelli logró la autorización para el establecimiento de la Nunciatura en Berlín. Esta era una tarea difícil y delicada en vista de los elementos religiosos opositores y también por el hecho que la Santa Sede insistía en demandar que sus Nuncios en todas las capitales fuesen reconocidos como decanos del cuerpo diplomático.

No es generalmente sabido que el rango y la precedencia diplomática entre los embajadores y legados fue establecida en toda Europa por el Congreso de Viena en 1815, cuando el continente se reorganizó después de las devastadoras guerras napoleónicas.

Anteriormente la cuestión de la precedencia había originado con frecuencia graves pugnas y consecuencias. En el Vaticano existe hoy un tapiz en el que se muestra la satisfacción dada a Luis XIV al acordar a su embajador precedencia sobre el de España.

Este tapiz lleva una inscripción que dice que el representante de España ya no podría aspirar a tener precedencia sobre el diplomático francés. El tapiz representa alegórica y dramáticamente lo que se considera como una gran victoria de la nación francesa, no menos importante que una victoria ganada en el campo de batalla.

El Congreso de Viena introdujo un nuevo y decisivo elemento en la práctica protocolar, estableciendo a perpetuidad que los Nuncios del Papa, como representantes del po-

der espiritual, precederían en rango a todos los representantes del poder temporal.

Un gran diplomático

Pacelli operó con tacto y firmeza al negociar el establecimiento de una legación de la Santa Sede en Berlín, debiendo hacer frente a la oposición por parte de elementos políticos y religiosos.

Este no fue sino el primero de una serie de éxitos diplomáticos del futuro Pontífice en la Alemania de postguerra. Aun cuando fue nombrado Nuncio en Berlín no abandonó inmediatamente a Munich.

En primer lugar llevó a feliz término el Concordato entre la Santa Sede y Baviera. Las cuestiones religiosas entre el Vaticano y esta provincia habían sido reguladas más o menos eficientemente, hasta ese momento, bajo los términos del Concordato concluído entre el Papa Pío VII y el rey Maximiliano José.

Después de catorce años de negociaciones, el nuevo Concordato fue firmado el 20 de marzo de 1924 y ratificado el 24 de enero de 1925. Era un instrumento de la mayor importancia que regulaba todos los asuntos de carácter religioso y especialmente el establecimiento de instituciones católicas y educacionales, cuya libre operación bajo el acuerdo sigue siendo un grave problema.

Habiendo sido transferido a Berlín, el infatigable Pacelli se dedicó asiduamente a la tarea de adelantar la conclusión de un Concordato con Prusia. En todo el vasto territorio de esta provincia las condiciones religiosas y de la Iglesia habían cambiado radicalmente.

Un nuevo acuerdo era absolutamente esencial para reemplazar el método de reglamentación poco satisfactorio por medio de instrumentos periódicos conocidos con el nombre de bulas de concordato.

Aumento de católicos en Berlín

Cuando se empezaron a usar las bulas había aproximadamente 10.000 católicos en el área de Berlín, suma que subió a más de medio millón cuando Pacelli inició la negociación del nuevo pacto. Prusia tenía entonces 38.000.000 de habitantes, de los cuales 12.000.000 eran católicos.

El Concordato fue aprobado el 9 de julio de 1929 por el Landtag prusiano, fue firmado poco después y ratificado el 13 de julio por un canje de notas entre Pacelli y el presidente Braun.

Inmediatamente Pacelli inició negociaciones para concordatos con las provincias de Baden y de Württenberg. El concordato con Baden fue llevado a feliz término por Pacelli, ya como Secretario de Estado, y el concordato con Württenberg fue más tarde absorbido en el nuevo pacto general que cubría todo el territorio alemán.

Aun en el caso que las negociaciones de estos importantes instrumentos no hubieran servido a otro propósito, Pacelli hubiera obtenido de ellas una comprensión de los asuntos alemanes que de otra manera hubiera sido imposible obtener. Este conocimiento le será de la mayor utilidad en el futuro.

Puede uno hacerse una idea de las dificultades que tuvo que vencer Pacelli para concluír estos pactos viendo el proceso letárgico del pacto de Baden.

Díficultades en Baden

Bajo las antiguas bulas se reservaban derechos especiales a la capital metropolitana arzobispal en Friburgo. Durante las negociaciones el arzobispo de esta sede falleció. Considerando las bulas nulas y sin valor, la santa iglesia nombró un nuevo arzobispo. Esto creó inmediatamente alarma en las autoridades políticas de Baden, que más

tarde expresaron su desagrado por la pérdida de sus prerrogativas oponiéndose a la aprobación del nuevo concordato.

Firmado en el Vaticano el 12 de octubre de 1932, provocó una escisión en el Landtag de Baden, pues de sus 88 diputados 44 votaron en favor y 44 en contra. Finalmente fue aprobado solemnemente porque el presidente de la asamblea católica, Duffner, utilizó su derecho de votar dos veces en caso de un empate.

La ausencia de dos diputados de la oposición a la segunda lectura dio al pacto la pequeña mayoría necesaria para su aprobación.

Otro elemento que debe tenerse en cuenta al considerarse las dificultades encontradas por Pacelli en este difícil período fue que en la provincia de Baden había 1.350.000 católicos contra 1.000.000 de protestantes. Es fácil ver que en todos los asuntos políticos toda acción de los católicos hallaría considerable reacción por parte de los protestantes.

La experiencia acumulada por Pacelli en esta éra, será, sin embargo, inapreciable durante sus labores como Secretario de Estado y luégo como Papa, pues una buena parte de estas negociaciones fueron tratadas con hombres que son figuras importantes de Alemania.

Los concordatos

En la serie de concordatos negociados por Pacelli el más importante fue, sin embargo, el concordato general que gobierna las relaciones entre el Vaticano y la nación alemana.

En marzo de 1933 el nacional socialismo subió al poder en Alemania. En menos de treinta días, el 9 de abril, el Cardenal Pacelli, como Secretario de Estado, ya había co-

menzado la laboriosa tarea de regular los asuntos de este nuevo estado con la Santa Sede.

El Concordato fue concluído entre el 28 de junio y el 8 de julio, siendo confirmado el 10 de septiembre. El Cardenal Pacelli negoció el concordato con el vicecanciller, Franz von Papen.

Como es sabido, ha nacido un conflicto de interpretación y de política entre la Santa Sede y el Gobierno alemán desde la firma de este instrumento. El actual Papa, sin embargo, como ha manifestado frecuentemente, no lamenta la conclusión del importante acuerdo, pues aunque el pacto no da todos los beneficios que se debían esperar de él, sin embargo ha fijado la fundación jurídica para la buena defensa de los derechos de la Iglesia.

Si no se hubiera hecho este contrato espiritual y temporal, la Iglesia estaría hoy a la merced de los transgresores.

CAPITULO VII

La diplomacia, vocación de la familia Pacelli. El concepto de Francesco Pacelli sobre el Duce. Pío XI llama a su Nuncio en Berlín para imponerle la Púrpura Cardenalicia. - El Rey de Italia le concede el Cordón de la Annuzziata.

Un diplomático, hermano del Papa

La diplomacia por cierto está en la sangre de la familia Pacelli. Mientras Eugenio era todavía Nuncio en Berlín, su amado hermano, Francesco, ahora fallecido, emprendió en Roma uno de los trabajos más importantes que el Vaticano jamás haya confiado a una persona no perteneciente a la Iglesia: el desarrollo del aspecto legal de la negociación entre la Santa Sede y Benito Mussolini, con el objeto de preparar el camino para el tratado de Letrán, celebrado en 1929.

Francesco Pacelli fue, lo mismo que anteriormente lo había sido su padre, el principal abogado consistorial. El Papa Pío XI frecuentemente lo consultaba sobre cuestiones legales referentes a las relaciones legales de la Santa Sede con el mundo exterior.

El 3 de agosto de 1926 fue invitado a una conferencia por el Consejero de Estado, Doménico Barone, y así se inició una relación que debido a la complejidad de las circunstancias llegó a ligar la carrera de la familia Pacelli con el estadista Mussolini.

Los hermanos Pacelli y Mussolini

El abogado Pacelli supo que Mussolini tenía mucho interés en discutir la posibilidad de llegar a un arreglo de la urgente cuestión romana. Las conversaciones comenzaron inmediatamente y el 4 de octubre Mussolini escribió a Barone, autorizándolo a proseguir los trámites formales en vista de la conclusión del pacto.

El 6 de octubre el Cardenal Gasparri escribió en igual sentido a Francesco Pacelli. Barone falleció durante las

negociaciones. Es interesante anotar que el hermano abogado del futuro Papa conferenció con Barone ciento y dos veces, siendo recibido en audiencia por el Papa en ciento veinte y nueve ocasiones antes que se firmara el tratado.

Por intermedio de Francesco, Eugenio Pacelli sin duda llegó a comprender el carácter de Mussolini y adquirió una habilidad diplomática poco común. El hermano de Pacelli escribió lo siguiente en su diario acerca de Mussolini:

"Contemplé con infinita admiración este hombre sentado frente a mí, que parecía trabajar de día y de noche, sin descanso alguno, siempre apasionadamente al servicio de la nación".

Durante todo el tiempo de las negociaciones, que se terminaron felizmente con la firma del acuerdo el 11 de febrero de 1929, el abogado recibió la ayuda moral, espiritual y talvez también material de su hermano en Berlín.

Cuando Pacelli regresó a Roma en calidad de Cardenal Secretario de Estado, encontró a su lado su amado hermano, como Consejero General del Departamento de Estado del Vaticano.

Bien puede uno representarse la enorme pérdida que sufrió Eugenio cuando su hermano falleció, en vísperas de una peregrinación a Lourdes en la pascua de 1935.

La púrpura cardenalicia

Inmediatamente después de haber firmado el Concordato con la Prusia, Pacelli, estando en Berlín, fue llamado a Roma en noviembre de 1929. Se le informó que antes de Navidad de ese mismo año el Santo Padre lo elevaría a la púrpura cardenalicia.

Nunca un Nuncio dejó un puesto extranjero en la atmósfera de triunfo en que Pacelli se retiró de Berlín. Tanto los opositores como los amigos rivalizaban entre sí pa-

ra rendirle homenaje. En la noche de su viaje, una doble línea de hombres, empuñando antorchas en las manos, iluminó todo el trayecto desde la Embajada hasta la estación, como despedida triunfal.

Pacelli fue consagrado por el hombre que él mismo reemplazaría como Papa en un consistorio secreto celebrado en diciembre de 1929. El Sumo Pontífice le confirió el título de Cardenal en la Basílica de San Juan y San Pablo, en Monte Celio, situado en Clevio de Scauro, uno de los sitios más típicos de la Ciudad Eterna.

Una frase célebre

En esta iglesia fue donde Pacelli, como Cardenal, pronunció una de sus más célebres frases. Dijo en su discurso:

"Lo que hemos sido apenas cuenta, lo que somos cuenta poco, pero lo que seremos es eterno".

La gente del clero interpretó estas palabras en el sentido que Pacelli se había consagrado desde temprano a la gloria eterna de su Iglesia.

Religiosos de tendencias más modernas piensan que Pacelli demostró su punto de vista proyectado en el futuro, sin importarle el presente ni el pasado, excepto como enseñanza para la conducta futura.

Pacelli Secretario de Estado

El Cardenal Gasparri, entretanto, se iba aproximando a los ochenta años y daba ya signos de extremo cansancio. Desde hacía algún tiempo había solicitado del Papa que lo relevase de las agotadoras tareas como Secretario de Estado.

El 11 de febrero de 1930 Pío XI escribió una carta al Cardenal Gasparri, agradeciéndole sincera y profusamen-

te los valiosos servicios que había prestado durante su larga carrera. Pacelli fue nombrado sucesor de Gasparri.

Pío XI había ido notando los efectos en la salud de su amigo Gasparri a raíz de sus excesivas tareas como Secretario de Estado. Cuando Pacelli era aún Nuncio en Berlín ya había pensado que pronto llegaría el día en que se vería obligado a reemplazar a su anciano Secretario por Pacelli.

Los servicios de Pacelli en ese alto cargo culminaron en pactos diplomáticos de alta importancia, además del Concordato que acababa de lograr. Uno de los primeros de éstos fue el llamado de "la reconciliación", que sirvió para liquidar los contrastes y limitaciones que surgieron entre la Santa Sede y el gobierno italiano con referencia a la aplicación de ciertos artículos del Concordato.

El Papa "primo del Rey"

Este acuerdo vino en el verano de 1931 y al año siguiente, el 11 de febrero, que es el aniversario de la firma del tratado de Letrán, el Rey de Italia confirió al Cardenal Pacelli el Collar de la Annunziata. Este es el más alto honor que Italia puede conceder. El monarca también concedió a Pacelli el derecho de llamarse a sí mismo "el primo del Rey".

Entre los pocos que han recibido esta condecoración se hallan Benito Mussolini, el Cardenal Gasparri y el mariscal Pietro Badoglio.

Otro importante éxito de Pacelli, que talvez no recibió toda la atención pública que merece a pesar de su significado, fue la firma de un tratado en julio de 1937 por el que establecía un "modus vivendi" con la república del Ecuador. Este acuerdo terminó un período de hostilidad que había alcanzado proporciones peligrosas en un lapso de más de cuarenta años.

Dos años antes, en julio, Pacelli firmó el Concordato con Yugoeslavia, el cual, aunque aprobado por el finado Rey Alejandro, no fue nunca ratificado debido a la violenta oposición de la iglesia ortodoxa. Este instrumento tiene todo su valor diplomático, pese a la falta de aprobación política.

He delineado aquí necesariamente tan sólo la faz exterior de los actos políticos de Pacelli en este período. Los archivos secretos del Departamento de Estado del Vaticano contienen detalles más completos —detalles que talvez no serán conocidos nunca.

CAPITULO VIII

El Cardenal Pacelli, Secretario de Estado. - Su gira por la América del Sur para asistir como Legado Pontificio al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires. - Su viaje a Lourdes. - En repetidas ocasiones le manifestó a S. S. Pío XI su deseo de retirarse al ajercicio piadoso e ignorado de su ministerio.

En la Secretaría de Estado

El desempeño del cargo de Secretario de Estado del Vaticano por parte del Cardenal Pacelli se caracterizó por algunos acontecimientos sin precedentes para ese alto cargo. Estas experiencias consistieron en largas y frecuentes visitas al extranjero, desempeñadas por el hábil Ministro de Relaciones del Papa.

El Cardenal Gasparri, que fue Secretario de Estado durante todo el pontificado de Benedicto XV y durante los primeros ocho años del reino de Pío XI, jamás fue al extranjero para el primer Papa, y para el segundo solamente recibió dos veces orden de emprender viajes.

En una ocasión el Cardenal Gasparri hizo un viaje, en calidad de Legado papal al santuario de Loretta, donde dedicó una nueva estatua de la Virgen. La segunda vez fue a celebrar una misa pontificia en el Monte Cassino, en ocasión del centenario de la fundación de su famosa abadía.

En ambos casos se trataba de un viaje de solamente un día, pues estos puntos se hallaban situados a pocos cientos de kilómetros de Roma.

El senado del Brasil le hace honores

Sin embargo, Pío XI nombró al Cardenal Pacelli como Legado para asistir a celebraciones muy alejadas de la Santa Sede y que requerían viajes de meses. Pacelli emprendió la primera de estas misiones, en calidad de Legado papal, asistiendo al Congreso Eucarístico de Buenos Aires, en octubre de 1934. Fue un viaje triunfal y el Cardenal fue recibido en todas partes con gran entusiasmo, no

solamente en la capital argentina, sino también en las capitales del Uruguay y del Brasil.

En el país últimamente nombrado fue invitado para celebrar con solemnidad excepcional la convocación del Senado, reunido especialmente para rendirle homenaje. El Cardenal cautivó la admiración de todo el mundo por su porte y su elocuencia. En las calles y lugares públicos se le tributaron ovaciones entusiastas.

En los barrios de Buenos Aires

En Buenos Aires, por ejemplo, visitó un día los barrios bajos, donde la propaganda comunista había hallado un suelo fértil. Al llegar a este populoso distrito, el Cardenal descendió de su automóvil y caminó por las calles.

Al principio lo rodeaba solamente el pequeño grupo de dignatarios que lo acompañaban. Poco a poco, sin embargo, fueron saliendo de las míseras casas a lo largo de las calles mujeres y niños, que se arrodillaban para besar el anillo del Cardenal.

Pronto los trabajadores, obreros y desocupados se precipitaron hacia él, apretujándose y peleando para ver la sonrisa del Cardenal, su vestido o recibir su gesto de bendición.

Las fotografías en que aparece visitando las calles de Montevideo lo muestran en su automóvil cargado de hombres y muchachos, que se habían subido a los estribos, guardabarros y paragolpes, y que con los brazos abiertos estaban vitoreando a este hombre tranquilo y sosegado que había capturado su imaginación.

Lo mismo que se había adaptado perfectamente a cada nueva situación, en el viaje de Buenos Aires a Río de Janeiro también cambió de una lengua a otra con la mayor naturalidad. En la Argentina había pronunciado largos y solemnes discursos en castellano perfecto, mientras que en

el Brasil se dirigió a las masas en portugués impecable, haciendo el cambio de un idioma a otro con la misma suavidad con que se pasa de una velocidad a otra en un automóvil.

En Montevideo tomó lecciones de portugués que le fueron dadas por un profesor jesuíta y cuando llegó a Río de Janeiro había logrado el dominio de un lenguaje en el cual no era tan competente como en español.

En Río de Janeiro dirigió un discurso al Senado y los presentes casi hubieran podido jurar que Pacelli había vivido en el país desde la infancia.

Este viaje tuvo sus incidentes cómicos, con alguna que otra nota trágica.

A su paso por Barcelona

Tanto en el viaje de ida como en el de regreso el vapor del Cardenal hizo escala en Barcelona y las autoridades locales subieron a bordo para pagar sus tributos al viajero. España estaba ya en el destructor torbellino de la revolución.

Durante el viaje de regreso, cuando las autoridades de Barcelona subieron a bordo para saludar al Cardenal, uno de los oficiales llamó la atención de Pacelli hacia un barco anclado allí cerca, en cuyas bodegas había prisioneros encarcelados por órdenes de esas mismas autoridades que venían a rendir homenaje al emisario de la Santa Sede.

Su viaje a Lourdes

En 1935 le fue confiada a Pacelli otra misión extraordinaria, que consistió en oficiar la ceremonia de clausura formal del año santo en el aniversario del décimonono centenario de la redención, celebrado con tres días de misas ininterrumpidas en la Gruta de Lourdes.

Fue ésta la primera vez que un Cardenal Secretario de Estado había visitado Francia como legado del Papa desde el viaje del Cardenal Consalvi en los días de Pío VII.

La recepción que le acordó el gobierno francés, que envió al Ministro de Estado a la frontera para recibir al príncipe de la Iglesia, fue profundamente calurosa y sincera. La pequeña ciudad fronteriza en los Pirineos fue un imán que atrajo a millares de peregrinos.

En su próximo viaje a Francia, fue como Legado pontificio para inaugurar la Basílica de Lissieux, erigida por las contribuciones del mundo católico al sepulcro de la Pequeña Flor, que había jugado tan importante papel en la vida de Pío XI.

Este acontecimiento, desde el punto de vista religioso, rivalizó con la clausura del año de jubileo en Lourdes, pues era tan ferviente la devoción en el mundo católico para la pequeña hermana que Pío XI beatificó primero y canonizó luégo.

Desde el punto de vista social y político la importancia de esta visita era aún mayor debido a la presencia de un representante directo del Papa en la capital francesa. Todas las altas autoridades de Francia, del presidente para abajo, tuvieron ocasión de manifestar elocuentemente su deferencia y estima pór la Iglesia.

Pacelli celebró misa en la misma pieza donde había muerto Santa Teresa. Ofició la ceremonia él solo, atendido por sirvientes únicamente, y este breve acto fue para Pacelli una gran experiencia espiritual.

Una de las últimas misiones de Pacelli fue al Congreso Eucarístico Internacional en Budapest.

La elección de Pacelli en calidad de Papa causó poca sorpresa a aquellos que conocieron al sacerdote, al Monseñor y al Cardenal. Hace ya treinta y cinco años que su nombre fue mencionado en conexión con el trono de San Pedro.

Recuerdo tan vívidamente como si hubiera sucedido ayer cuando un día caminaba bajo la columnata de San Pedro con el en ese entonces Monseñor Marchetti Selvaggiani, quien dijo en su voz tranquila y baja:

"Recuerde usted esto: Eugenio Pacelli es el hombre que un día veremos sentado en el trono de San Pedro".

Marchetti es hoy Cardenal y el Vicario de Roma. Fue uno de los más entusiastas defensores de Pacelli en la elección.

La inmensa contribución que Pacelli ha hecho a la iglesia es difícil de avaluar o aun de estimar. Empleó en su trabajo una preparación intelectual que se puede decir ningún Pontífice ha tenido; una preparación nacida del propio sacrificio, del trabajo asiduo y de una rectitud escrupulosa.

Pacelli nunca ha dado ninguna evidencia del deseo o móvil de ascender en la jerarquía eclesiástica. Muy al contrario. Cuando sentía la fuerte corriente que lo llevaba hacia la alta dignidad que finalmente alcanzó, siempre combatió contra la corriente, y de esta pugna sí hay amplia evidencia.

En momentos en que el Pontificado se hallaba muy lejos del pensamiento de Pacelli, éste me reveló, en la conversación, su gran deseo de sustraerse a la marea siempre creciente de los honores y de las aclamaciones.

Sé con exactitud, por ejemplo, que cuando fue llamado a Roma desde su Nunciatura en Berlín, en 1929, a fin de ser consagrado Cardenal, tenía el deseo de sustraerse graciosamente a recibir ese gran honor para poder dedicarse al sacerdocio, que ha sido siempre una de sus ambiciones más sinceras.

Pacelli siempre alimentó la esperanza de regresar a sus labores doctrinales, como lo reveló una vez a un amigo íntimo después de haber hablado con Pío XI. Dijo Pacelli en esa ocasión:

"Después de haber discutido asuntos corrientes pedí la venia del Santo Padre para exponerle los verdaderos deseos de mi corazón. Concedió él mi deseo y entonces le manifesté lo siguiente: "Santo Padre, sería mi deseo que cuando considerase que mi trabajo como Nuncio ha terminado, me permitiese retirarme para poder así dedicarme exclusivamente al ministerio de las almas".

Habiendo reflexionado un momento, el Papa replicó: "El ministerio de las almas es una cosa tan grande y tan sagrada que no puede ser considerada como superflua. Uno debe verdaderamente dedicarse, consagrarse, a tal labor, haciendo caso omiso de todo lo demás. Muy bien, reflexionaremos acerca de ello".

"Era mi esperanza que esta contestación del Santo Padre significaba que mi requerimiento sería tomado en cuenta y otorgado; pero aquí estoy, tal como el Papa lo había deseado". Y eso no es todo.

Esta misma resistencia humilde y respetuosa a la aceptación de honores fue repetida otra vez cuando Pío XI indicó su intención de nombrarlo Secretario de Estado del Vaticano. Pacelli dijo entonces:

"Hice todo lo que pude para evitar ese puesto. Expliqué al Santo Padre todas las deficiencias que sentía en mí, pues en efecto pensaba que carecía de las cualidades necesarias para desempeñar ese cargo.

"Finalmente, cuando tuve que aceptar, manifesté al Santo Padre que obedecería sus órdenes y quedaría donde él me quisiese, pero también le dije que lo lamentaría.

"Me pareció que no podía decir más. Ahora estoy en las manos de Dios".

Tales eran los sentimientos de Eugenio Pacelli cuando subió el último peldaño antes de ascender a la suprema dignidad de la Iglesia.

Aquellos que siguieron de cerca su carrera como Secretario de Estado señalan la atención meticulosa que Pace-

lli dispensó a todos los detalles, su estudio detenido de todos los asuntos, por insignificantes que parecieran.

Uno de sus deberes de Secretario de Estado consistía en la firma de todos los breves pontificios. Los breves eran extensos documentos diplomáticos escritos en latín, sobre pergamino. En su mayor parte se refieren a honores y no son documentos de extraordinaria importancia, pues no entrañan problemas doctrinales ni jurídicos.

Pero una vez se halló un error en sintaxis latina cometido por un copista. Pacelli llegó a saber lo del error y desde ese día leyó personalmente los documentos, tarea que absorbió una considerable parte de su tiempo.

Los que transitaban por la Plaza de San Pedro veían con frecuencia que las ventanas de su oficina estaban iluminadas. Podían tener la seguridad que el Secretario de Estado estaba sentado en su escritorio, leyendo los breves, línea por línea, antes de firmarlos.

He mencionado anteriormente que Pacelli era partidario de los ejercicios físicos. También era un caminante infatigable. Todos los días, cualquiera que fuese el tiempo siempre que no lloviera a cántaros, Pacelli se dirigía al campo y caminaba durante horas seguidas.

La última vez que fue visto caminando fue en vísperas del cónclave que lo consagró Papa. Estaba en la antigua vía Apia, midiendo a pasos largos las piedras del antiguo camino triunfal de los romanos, bajo la sombra de altos cipreses que se levantaban rectos como cirios a través de las ruinas de la gran ciudad.

Justamente antes de la histórica tarde en que fue elegido Papa fue visto caminando arriba y abajo en el "cortile" de San Dámaso, encorvado sobre su breviario.

Al día siguiente, el primero de su pontificado, llevó consigo un voluminoso atado de papeles y cartas importantes, trabajando en ellos a medida que caminaba y hacien-

do anotaciones al lápiz, y en esta forma cumplió su paseo diario en el jardín del Vaticano.

Una indicación de la manera cómo se desarrollará la vida en el Vaticano de ahora en adelante fue dada por Pacelli, cuando, en esa mañana llena de sol cuando despertó como Papa, despidió a los sirvientes con las palabras:

"Salgan ustedes. Hagan un paseo y disfruten del hermoso sol".

Euvico Pucci
Mgr.

El Pontífice y las gestiones de paz

EL PONTIFICE DE LA PAZ

La decisión del Cónclave

La cristiandad estaba pendiente de la elección del nuevo pontífice. El jueves 2 de marzo de 1939, a las 18 horas y 17 minutos, el cardenal diácono Cacci Dominioni, desde la loggia exterior de San Pedro, anunciaba a la multitud apiñada sobre la plaza, la elección del nuevo Jefe de la Iglesia. Lo hizo con las palabras del ceremonial acostumbrado: "Os anuncio una gran alegría, tenemos por Papa al Eminentísimo y Reverendísimo Cardenal Eugenio Pacelli, quien tomó el nombre de Pío XII". Era el nuevo Jerarca. El 263 sucesor del Apóstol San Pedro en la silla pontificia y ecuménica de Roma.

La noticia se expandió por el mundo y en todos los lugares de la tierra fue inmenso el júbilo de los católicos por el acierto, de inspiración divina, del Cónclave, al escoger al Cardenal Pacelli para regir a la grey católica.

El nuevo Papa no estaba, sin embargo, fatigado, por su elevación al Trono. Al día siguiente inició temprano su trabajo. Recibió a los principales funcionarios de la administración del Vaticano, uno tras otro; cuando terminó con ellos, empezó a recibir una larga sucesión de Arzobispos, de Obispos y de Prelados agregados a los Tribunales. Entre ellos se contaba el Padre Gemelli, presidente de la Academia Capránica, en la que S. S. Pío XII recibió su primera educación. Después pasó a inspeccionar el cuerpo de la guardia Palatina, que le rindió honores, alineada, con sus banderas, en una de las logias.

Casi a la misma hora llegaron, para saludarlo y presentarle sus homenajes, los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante el Vaticano.

Eran las 11 de la mañana de aquel día de marzo, cuando S. S. Pío XII se dirigió a la Capilla Sixtina, pasando a través de una multitud de espectadores, situados en la Sala Ducal y en la Sala Regia. La Capilla estaba todavía adornada como lo había sido para el Cónclave; los Cardenales sentados en las sillas que les habían sido asignadas, aunque ahora lo hacían con los baldaquines bajos, con su escarlata de ordinario, en vez de la púrpura que se habían puesto para asistir al Cónclave.

El Papa tomó asiento en el Trono, por primera vez, a los acordes de **Tu es Petrus** cantada por el coro de la Capilla Sixtina. Mientras tanto los Cardenales realizaron su tercera "adoración" o acto de obediencia. Las dos primeras habían sido hechas la víspera, al concluir el Cónclave, tocando con los labios sus manos y sus pies.

Y procedió a dirigir a todos los católicos y hombres de buena voluntad del mundo, su primer mensaje, que leyó en latín. Fue aquella una pieza (que se publica en la segunda parte de este libro) impregnada de una profunda emoción, que traducía los sentimientos de aquel corazón que no se desmayaba por la tremenda responsabilidad que había sido colocada sobre él por la Divina Providencia. Se expresó primero en términos de afectos hacia los Cardenales del Sagrado Colegio, y después dirigió su saludo "con una benevolencia especial" a todos los Obispos, a todos los sacerdotes y a todos los miembros de las Asociaciones religiosas; a todos los que trabajan en las Misiones y en las filas de la Acción Católica y a todos los hijos de la Iglesia diseminados por los confines de la tierra, y especialmente a los que sufren de pena o de miseria, deseando que, a todos y cada uno, les fuese concedida beneficiosamente y por completo la gracia de los cielos.

Esta fue la primera oración que brotó de la llama de los sentimientos paternales que Dios había puesto generosamente en su corazón. Vio ante sí la visión de los males inmensos que agobiaban al mundo y cuyo remedio le había sido encargado por el Dios bendito. Repitió, con San Pablo, el **Capite nos.** Fue una invocación a la paz, expresada en términos tan penetrantes y justos, que no sólo en Roma, sino donde quiera que se escuchó la palabra pontificia, causó una profunda y reconfortante impresión. Era el Pontífice de la paz.

Durante la primera semana de su elevación al trono. S. S. Pío XII sólo durmió tres horas cada noche. Se levantaba a las cinco de la madrugada y no se retiraba a sus habitaciones privadas antes de las dos. Tuvo durante esos días un incesante y agobiador trabajo. Contestó los mensajes que recibió de los jefes de estado, de las misiones diplomáticas, de las Asociaciones católicas, etc., etc.

Nadie supo entonces que S. S. Pío XII había rodado tres escalones de mármol y se había lastimado un brazo mientras se celebraba el Cónclave.

Sus primeras gestiones

Una de sus primeras gestiones para buscar el arreglo del orden en el mundo, fue la audiencia privada que concedió a los cuatro Cardenales alemanes, con el objeto de hacer un estudio a fondo de las relaciones entre el Vaticano y el Reich.

Hubo países que consideraron la elección de S. S. Pío XII como una victoria sobre los otros. Y hubo también círculos romanos que, al principio, manifestaron temores de índole política. Sin embargo pronto quedaron desvanecidos.

Pronto se consideró al nuevo Pontífice como un Papa más moderno que su predecesor, pues era el producto de

una escuela más actual y con una experiencia mucho más amplia de las cosas del mundo. Su conocimiento y comprensión de la Alemania moderna y de la Italia nueva superaban en mucho a la experiencia del Papa anterior. Esto solo era una garantía suficiente para la gran tarea que se impuso, desde el primer momento, de armonizar las relaciones existentes entre la Iglesia y los regímenes, de tipo fascista, surgidos después de la guerra del 14.

También esas mismas condiciones fueron las que le permitieron realizar con tanto éxito e inteligencia, la reorganización de la Iglesia en España, donde la fe católica se adaptó a las necesidades de un pueblo impregnado de nuevas ideas y de matices modernos para su gobierno. De igual modo era el Papa indicado para satisfacer las demandas de los católicos de los Estados Unidos y establecer relaciones perdurables entre esa línea vigorosa de la Iglesia y la vieja jerarquía de Roma. Seguramente que estas consideraciones pesaron fuertemente en las mentes de los Cardenales y debieron contribuir a su decisión unánime.

Es verdad que el Papa reinante, anterior a la elección de Pío XII, no tenía facultades, ni derecho, para influir en la designación de su sucesor; sin embargo puede existir la duda de que Pío XI hizo lo posible para preparar al Cardenal Pacelli en caso de que fuera elegido para sustituírle. Y vinculado a la realización de ese propósito puede interpretarse las distintas misiones que le confió a países importantes de la gran familia católica, como fueron sus viajes a los Estados Unidos, a Hungría, a Francia, a la América española, a Inglaterra, a Suiza, etc.

La modernidad de Pío XII se puso de relieve cuando manifestó, horas después de su elección, que deseaba ser coronado a la vista de todos los que estuvieran fuera de la Basílica de San Pedro. Decidió, para ello, que la coronación se llevase a efecto en el balcón del Patio de las Bendiciones. Otra muestra de modernidad la proporcionó por

los cuidadosos arreglos que se hicieron para radiar la ceremonia. El rey de Inglaterra, Jorge VI, se hizo representar en el acto de la Coronación por el Duque de Norfolk, nombrándolo su Embajador y representante especial, a él, que era el primer par católico del Imperio y uno de sus más caracterizados nobles. Se estimó que su coronación fue escuchada por no menos de quinientos millones de personas, pues el servicio fue transmitido por la British Broadcasting Corporation, por la International Broadcasting y por las emisoras importantes de todos los países del mundo. Por lo que hace a la Iglesia Ortodoxa Griega, esta fue la primera vez que, en la historia, el Patriarca de Constantinopla, se hizo representar en la Coronación. Esta noticia causó sensación y se consideró como un intento para reunir las ramas oriental y occidental de la Iglesia, separadas desde hace casi novecientos años. No hubo jefe de estado que dejara de hacer llegar hasta Roma su palabra de felicitación por aquel solemnísimo acto. Entre la multitud de mensajes recibidos merece, sin embargo, destacarse el del generalísimo Francisco Franco, restaurador de los sentimientos católicos en España, y a quien Pío XII le dijo, en su respuesta: "Rogando por nuevos éxitos de conformidad con sus tradiciones católicas gloriosas, y bendiciendo a nuestra cordialmente amada España, agradecemos su devoto mensaje y pedimos la Divina Asistencia para su Excelencia".

Hacia el final del primer mes de su Pontificado, Pío XII recibió al príncipe de Piamonte.

Eligió como su escudo de armas una paloma con una rama de olivo en el pico, situada sobre una colina heráldica en un campo de azur. Debajo de la colina hay una banda de vegetación y una faja de mar azul; sobre el conjunto aparece la coronal real, la tiara y las llaves cruzadas de San Pedro.

Los esfuerzos de Pío XII, antes de haber sido señalado

como Jerarca Católico, y ahora, sucesor en la silla Vaticana, han estado siempre enderezados a la propaganda de la paz. Por eso dijo en cierta y memorable ocasión: **"La paz es el fruto de la justicia".** Inspirándose en esa sabia máxima, sus primeras palabras dirigidas al mundo, después de su elección, fueron palabras de bendición y armonía, y un llamamiento al reinado del orden y de la justicia.

Nuevas gestiones

Días más tarde, se hicieron nuevas referencias al refugio del Papa contra los bombardeos aéreos, construídos en la vieja torre de Nicolás V, construcción que data de 500 años, y cuyas paredes tienen 15 pies, lo que la hace casi inexpugnable.

Por orden de Pío XII, el Vaticano colaboró en una serie de prácticas de defensa aérea hechas en gran escala, de acuerdo con el plan trazado para Roma.

Se anunció después que el Papa intentaba hacer la mañana del domingo de Pascua una radiación dirigida al mundo en relación con la situación internacional. En la plaza que se extiende frente a la Basílica de San Pedro, se colocaron los micrófonos que permitieron a las multitudes del orbe escuchar el sermón de Homilía, en latín, que fue pronunciado como final de la ceremonia.

El viernes santo, Su Santidad recibió la noticia de la expedición de Italia a Albania y, consiguientemente, volvió a escribir la Homilía que ya tenía preparada para hacer una referencia a aquel nuevo acontecimiento.

La Homilía del Papa, el Domingo de Pascua, duró ocho minutos. En ella rogaba por la paz "fundada en la justicia y en la caridad". "La paz no puede existir", dijo, "si los pactos solemnemente sancionados y las palabras dadas pierden el valor indispensable para gozar de una confian-

za recíproca". "Así como de hecho, no puede haber paz sin orden, tampoco puede haber orden sin justicia".

El 15 de abril se hicieron dos cortos anuncios en uno de los cuales se decía que Pío XII, continuando la práctica de su predecesor, pasaría parte del verano en la Villa Pontificia de Castel Gandolfo, abandonando el Vaticano a principios de julio para volver a finales de agosto. El otro decía que el Papa iba a dirigir un mensaje por radio a los Católicos Romanos de España. Y así lo hizo. Después de haberles felicitado por la paz y la Victoria que Dios les había concedido, dijo que tenía confianza en que esta paz sería el heraldo de esa "tranquilidad en orden, honor y prosperidad que su predecesor había esperado tan ardientemente.

Su Santidad señaló cómo los designios de la Providencia se habían realizado una vez más en la heroica nación española que antiguamente había sido el instrumento principal para la evangelización del Nuevo Mundo, y ahora, como el baluarte inexpugnable de la fe católica, había dado a los prosélitos de una edad atea y materialista la prueba de que los valores internos de la Religión y del Espíritu están por encima de todo.

El Papa, en aquella vez, expresó el deseo de que Dios guiara a España a lo largo de la senda segura de sus tradiciones y de su grandeza católica. Siguió exhortando a los gobernantes y a los pastores para que iluminasen las mentes de aquellos que habían sido engañados por los errores del materialismo y del laicismo, enseñándoles los principios de la justicia individual y social, contenida en el Evangelio. "No dudamos—dijo—que ello sucederá, pues la garantía de nuestra firme confianza está en el noble sentimiento Cristiano del cual el Ilustre Jefe de vuestro Estado ha dado pruebas inequívocas". Aplaudió especialmente a los Arzobispos, Obispos, Sacerdotes y a los religiosos

por el valor que habían demostrado durante la guerra civil.

Después de esto, dio su primera audiencia pública a los nuevos matrimonios de los cuales había presentes más de quinientos. En el Vaticano se efectuaron audiencias colectivas similares los siguientes miércoles.

El mismo día, Su Santidad Pío XII, en una carta dirigida al Cardenal Maglione, su Secretario de Estado, expresó su ardiente deseo de que durante el mes de mayo, cuando los fieles acostumbran a dirigir su pensamiento hacia la Santísima Virgen con un fervor particular, se emprendiese a través de todo el mundo "una cruzada de rogatorias públicas por la paz".

El mismo día jueves 20 de abril, el presidente del consejo de Ministros de Hungría, conde de Teleki y su esposa, el conde Csaky, ministro húngaro de negocios extranjeros y su séquito, salieron por la tarde de Roma, hacia Budapest, después de haber pasado tres días en Roma. El Premier Mussolini, el conde Ciano y otros altos funcionarios del gobierno italiano fueron a despedirlos. Pero por la mañana de aquel mismo día, fueron recibidos los representantes de Hungría por el Papa Pío XII. En el curso de la entrevista, el Papa fue informado de la posición de los católicos Romanos en Hungría. Preguntó sobre las modificaciones que podrían ser impuestas a los católicos como consecuencia de la unión de la política de Hungría con la de Alemania. Preguntó también sobre el desarrollo que estaba teniendo la política antisemita, y expresó la esperanza de que los católicos romanos en Alemania podían ser ayudados en un futuro próximo y que los amigos de Alemania, entre los cuales incluía a Hungría, podrían conseguir algo en ese sentido.

Gestiones con Alemania

Se informó el jueves 26 de abril que S. Santidad Pío XII había enviado a su Nuncio en Berlín, monseñor Cesare Orsenigo, una nota confidencial. Las personas que estaban cerca de la secretaría de Estado manifestaron que seguramente en el mensaje se formulaban una serie de preguntas relacionadas con la política alemana. La respuesta del Nuncio en Berlín fue abierta personalmente por el Papa y sólo el Cardenal Maglione, secretario de Estado, supo de las respuestas que contenían aquel documento.

El Papa, sin embargo, no hizo ninguna referencia sobre las actividades que estaba desarrollando, con los Nuncios pontificios, en Berlín, París y Varsovia. Al día siguiente de haber tenido en su poder aquel documento, recibió a cuatro prelados eminentes procedentes de España, Alemania, Francia y Polonia, con los cuales discutió sobre la situación internacional.

Por aquel tiempo los círculos políticos atribuían a S. Santidad Pío XII tres planes: 1º Mejorar las relaciones con Alemania, estableciendo un **modus vivendi** que substituyera al Concordato de 1933; 2º Hacer un llamamiento general pro-paz para que fuera entregado a cada gobierno; 3º Ofrecer su ayuda en la disputa de Danzig.

Estos asuntos siguieron tramitándose en una forma discretísima. Pasaron varios días. Su Santidad Pío XII agotaba cada vez todos los recursos del caso para buscar una solución a los problemas que embargaban a los estadistas de Europa. Habría sido un éxito para la paz del mundo, que Polonia hubiera aceptado la conferencia propuesta por el Papa, para discutir la cuestión de Danzig y la del corredor polaco. Y también que el gobierno francés, de frente popular, hubiese también dado su consentimiento para buscar una solución por tal camino. Pero el gobierno francés se negó a participar en la conferencia

y mucho menos que en ella se abordaran temas referentes al estatuto del Mediterráneo, a las posesiones de Africa o a la cuestión de los protectorados.

No hubo esfuerzo ahorrado por Su Santidad para comunicarse con las cancillerías de los gobiernos de Europa y de los Estados Unidos.

Lucha contra el comunismo

En el mes de junio era ya un secreto a voces, en Roma, que el Vaticano se oponía a una alianza entre Inglaterra, Rusia y Francia. Su Santidad Pío XII seguía temiendo que dicho pacto abriría el camino a la penetración bolchevique en los negocios europeos. Así fue como envió instrucciones a los Nuncios y Delegados Apostólicos de Berlín, Roma, París, Varsovia, Londres, promoviendo una nueva conferencia internacional y llamando la atención hacia la amenaza comunista que se cernía por resultado de aquella alianza.

Estas gestiones fueron indebidamente interpretadas por algunos periódicos de Londres. Para rectificar esas versiones el **Obsservatore Romano** hizo referencias a ellas y manifestó, además, que Su Santidad no quería atarse a intereses particulares.

En los días finales de junio, el Nuncio Pontificio en Polonia abandonó a Varsovia en dirección a Roma. Los círculos diplomáticos de aquella ciudad, entendieron que el viaje tenía relación con la situación creada por la negativa de Polonia y Francia a buscar una solución concreta al problema de Danzig y del corredor, armonizando sus intereses con los de Alemania.

De aquí en adelante las distintas actividades de Su Santidad Pío XII están encaminadas a impedir la guerra y especialmente a que se aislara el peligro del comunismo del

resto de Europa, zona no infectada en grandes proporciones por aquella doctrina.

Con ocasión de la visita que le hicieron 1.500 peregrinos húngaros, el Papa manifestó "que estábamos viviendo en un período de grandes decisiones". Ante la evidencia de que sus gestiones con Inglaterra, Francia y Polonia no indicaban un progreso en el camino de la paz, el Papa buscó otro medio. Convocó a los representantes diplomáticos ante el Quirinal, de Noruega, Suecia y Bélgica a fin de que ellos transmitieran a sus respectivos gobiernos su deseo de que conjuntamente realizaran gestiones ante los países que parecían inminentes al estado de guerra. Gestión que tampoco encontró eco en las naciones que buscaban la guerra, evitando solucionar sus problemas por vías pacíficas.

Sus continuos esfuerzos se revelaron el 31 de agosto de 1939 con la extraordinaria actividad que se observó en Castel Gandolfo. Aquella mañana Su Santidad Pío XII convocó a su despacho a los embajadores alemán, francés, polaco y al ministro inglés en el Vaticano. Cada uno de ellos fue recibido por separado y les entregó, al mismo tiempo, una nota que contenía un nuevo y más urgente llamamiento para que la situación fuese resuelta por medios pacíficos.

El plan del Papa era que se concediese una corta tregua, que no sería mayor de quince días, entre Alemania y Polonia. Durante ese breve período de tiempo los dos países signarían un acuerdo para no tomar ninguna actitud que exacerbase la tensión que existía entre ellos y posteriormente se convocaría a una conferencia general en la que estarían representadas Gran Bretaña, Alemania, Italia, Francia, Polonia, Bélgica, Holanda, Suiza, Estados Unidos. La conferencia tendría entre sus objetivos revisar el tratado de Versalles y sugerir un pacto colectivo de no agresión, que se basaría en un nuevo **status** de Europa. Así se podía conseguir una paz real y eficaz. Tampoco fue oída

esta vez la voz del Sumo Pontífice. Hubo países que se negaron a la revisión del tratado y a asistir a la conferencia que se proponía por inspiración del Vaticano.

Cuando el 3 de septiembre de 1939, Gran Bretaña entró a la guerra, en la ciudad del Vaticano se supó que el Papa estaba preparando un llamamiento dirigido a las naciones en guerra para que no usaran gases, ni hicieran bombardeos contra los elementos civiles de las ciudades abiertas; para que los prisioneros fueran tratados humanamente y para que se respetasen las propiedades y el ganado de las ciudades capturadas.

Al día siguiente Su Santidad recibió al Primado de Polonia. Se afirmó en los círculos romanos que había considerado con la mayor atención la entrada de Rusia en Europa, pronosticando la incursión del ateísmo.

Después de tres meses de permanencia en Castel Gandolfo, Su Santidad Pío XII volvió al Vaticano. A su regreso consagró, en la Basílica de San Pedro, a doce obispos misioneros, entre los cuales se encontraban nativos de la India, de Ugada, de China y de Madagascar. Durante la ceremonia el Santo Padre leyó una Homilía en la que habló de aquellos países en donde la dignidad cristiana era mantenida con tal alto honor.

Con ocasión de la visita del nuevo ministro de Haití ante la Santa Sede, el 10 de noviembre, el Papa aprovechó esa nueva oportunidad para subrayar el deber de aquellos países que apartados de la guerra, debían multiplicar sus esfuerzos por la paz.

Al día siguiente, el 11, en una epístola dirigida a los Católicos Romanos de América, condenó "la sed ciega de placeres", añadiendo que el olvido de la ley moral era una de las raíces más amargas de ese mal; que también de él procedían la embriaguez, las inmodestas maneras de vestir, los deseos vehementes de riqueza malhabida y la ligereza

para contraer matrimonio, para divorciarse y para regular la natalidad.

Con ocasión del cincuentenario de la Universidad Católica de Washington el Papa Pío XII dirigió una alocución por radio. Después de referirse a los errores de un naturalismo y de un materialismo que habían precipitado al mundo a la guerra, censuró los males que se desprendían de aquellas doctrinas.

No fue pues sorprendente que el Soviet ruso tomase a Su Santidad, a raíz de esa declaración, como blanco de sus ataques, alegando que el Papa estaba sosteniendo un imperialismo, porque deseaba restablecer a Polonia como avanzada del Catolicismo Romano contra el comunismo.

A principio de diciembre circuló una noticia que causó sensación: fue el cancelamiento de las audiencias generales por consejo de su médico personal. Se dijo entonces que estaba sufriendo una conmoción producida, en parte, por la ansiedad de la guerra, y, en parte, por el peligro de una expansión del comunismo en Europa, como lo indicaba la política expansionista rusa.

Uno de los actos más célebres de estos días de actividad en la vida diplomática de Su Santidad, fue la visita que hizo al Vaticano el Rey de Italia, Víctor Manuel III. Con esa visita culminaban largas gestiones diplomáticas que se habían venido realizando entre la secretaría de estado de Su Santidad y la cancillería del Quirinal.

"El Vaticano y el Quirinal separados por el Tíber, han vuelto a unirse por el vínculo de la paz; con la memoria de la religión de sus padres y de sus abuelos; las aguas del Tíber han alejado y enterrado en la vorágine del Mar Tirreno las aguas turbadas del pasado, haciendo florecer ramas de olivo sobre sus riberas". S. S. Pío XII era, pues, fiel, al escudo que adoptó, con armas pontificias, al ser exaltado a la silla de San Pedro.

En su alocución de Navidad, ante el Colegio de Cardena-

les, el Papa se refirió a los cinco puntos básicos propuestos por él para una paz internacional y justa, que se insertan completos al final de este libro; los cuales constituyen un monumento de sabiduría humana, de comprensión de la hora presente, para afianzamiento de la paz y la justicia.

Año de 1940

Desde el primer día de enero del nuevo año, las actividades de Pío XII en relación con la paz empezaron a ser más visibles. En su primera alocución, que tuvo lugar el 11, denunció el control de la natalidad como uno de los principales factores de la destrucción de la vida familiar. "La fidelidad conyugal, —dijo— es más valiosa que el oro. Innegablemente existen muchas dificultades acarreadas por el número de hijos, especialmente en estos tiempos de carestía. Tampoco hay muchas familias holgadamente acomodadas, y en consecuencia, los hijos exigen sacrificios, valor, e incluso, a veces, heroísmo".

Poco después recibió la visita de un notable periodista inglés, Mr. G. Ward Price, quien ha publicado un libro famoso sobre Hitler y Mussolini, a quienes vio de cerca y con los cuales mantuvo varias conferencias. El periodista escribió:

"En contraste con la pompa tradicional del vasto Vaticano, con sus uniformes tradicionales y sus antiguas riquezas de mármol, de seda y de oro, la figura del Papa, con su sencilla sotana blanca y su capelo, parece ascética casi hasta el punto de la fragilidad".

El mismo día que estuvo con Mr. G. Ward Price, la estación del Vaticano, en otro discurso, describía al comunismo como la nueva amenaza que se cernía sobre Occidente. El orador dijo que después de la guerra española, el comunismo de la tercera internacional, al parecer, había recibido un golpe mortal en Europa. Al Legado Papal

en el Japón, le fue entregado por orden de S. Santidad Pío XII un mapa del mundo que, como regalo, enviaba el Jerarca, al Embajador de aquel país, con ocasión de la audiencia que al Legado le fue concedida en el Palacio Imperial del Japón.

Se produjo después lo que se dijo ser uno de los más dramáticos encuentros que había presenciado la Ciudad del Vaticano y Su Santidad. El 10 de marzo, en tren especial y acompañado por 34 funcionarios, llegó a Roma von Ribbentrop. El ministro alemán fue esperado por el Conde Ciano y por otros funcionarios del ministerio italiano de Negocios Extranjeros. En la tarde el ministro alemán vio a Mussolini.

El Papa, atendiendo una petición especial de Alemania, le concedió una audiencia. En la audiencia se trataron diversos planes para llegar a un entendimiento entre los estados beligerantes y Su Santidad le pidió al enviado del gobierno de Berlín que concediera su apoyo a los Católicos Romanos residentes en Alemania y en los países conquistados por el ejército de aquel gobierno.

Al día siguiente, el Papa Pío XII, en una reunión de cardenales, dijo que la Iglesia debía tomar la dirección del esfuerzo para lograr la paz mundial y para poner en guardia a todo el mundo libre el hecho de que el porvenir de la humanidad era muy grave si continuaba la guerra.

Su Santidad Pío XII hizo después una aparición pública en la ceremonia del Lavatorio de Pies celebrada en la Capilla Sixtina, acompañado por Cardenales, Obispos y otros prelados eminentísimos. Después de la misa llevó en procesión el Sacramento a la Capilla Paulina, depositándolo sobre el Sepulcro. A esto siguió una alocución pronunciada en la Basílica de San Pedro.

En esta ocasión pudo notarse que se había hecho una alteración en la costumbre usual; pues el Papa, después de la misa de Pascua, apareció en la logia de San Pedro y

dio su bendición **urbi et orbi.** La indulgencia plenaria que acompañó a su bendición fue concedida no sólo o todos los allí presentes sino también a aquellos "que la hubiesen oído con el debido fervor en la radio".

En el mes de abril se produjo en el Vaticano un hecho que no se registraba desde los tiempos del Renacimiento. Por primera vez, desde hacía varios siglos, en el amplio patio de las Bendiciones del Vaticano, especialmente acondicionado para ello, se dio un concierto orquestal. Empezó el concierto con una selección de piezas de Corelli. Como Su Santidad Pío XII no apaudió, nadie lo hizo. Pero, después de la "Primera Sinfonía" de Beethoven, y de "Nuages" de Debussy, el Papa aplaudió y el silencioso entusiasmo del auditorio encontró un escape. La segunda parte del concierto estuvo dedicada a Wagner. Al final Su Santidad agradeció a los músicos su labor, diciéndoles que su música le había librado de los pensamientos tristes y penosos que llenaban su mente en aquellos tiempos de perturbación.

Cuando meses después se produjo la invasión de Bélgica y de Holanda, Su Santidad Pío XII dirigió sendos mensajes de condolencia el rey Leopoldo y a la reina Guillermina, lamentando las crueldades de la guerra y haciendo votos por el imperio de la paz en sus territorios.

Todavía en este año de 1941, cuando los esfuerzos de Su Santidad Pío XII no han encontrado una realización práctica en el terreno de la política, ha continuado condenando al comunismo como al mayor de los males y alertando a los católicos hacia el peligro que entraña para el mundo de occidente la presencia de Rusia en los asuntos atañederos a él. En octubre, una Homilía Papal recordaba los estragos que hace en el espíritu las teorías del marxismo ruso y la destrucción que significan para la persona humana, que pasa a ser una rueda mecanizada en la organización que del mundo aspira a hacer el bolcheviquismo.

Este resumen de la vida del Papa es necesariamente incompleto, y de los trabajos que ha realizado al frente de su Pontificado. Nadie podrá discutirle sus clarísimos timbres por restablecer en el mundo el imperio de la paz y de la justicia, dentro de un orden equilibrado y armonioso que conjuge todas las necesidades espirituales de los hombres. Pero nadie, hoy o mañana, cuando se estudie la obra realizada por Su Santidad Pío XII, osará negarle la tarea que él mismo se ha impuesto: establecer una paz y un convenio para una Europa que agoniza y para un mundo que aspira a resurgir sobre postulados eternos y justos.

SEGUNDA PARTE

Selección de discursos y sermones
de Su Eminencia el Cardenal Pacelli

Selección de alocuciones y sermones
de Su Santidad Pío XII

DISCURSO DIRIGIDO A LA JUVENTUD FEMENINA DE ACCION CATOLICA

Su Eminencia el Cardenal Pacelli, presidió el concurso nacional de cultura religiosa de la Juventud Católica Femenina Italiana celebrado el 3 de septiembre de 1932. Al día siguiente celebró la Santa Misa en el altar de la Cátedra de la Basílica de San Pedro, para las dos mil asistentas al concurso, y al Evangelio les dirigió estas palabras:

A la luz de este felicísimo día, y en este lugar sagrado donde la mirada atónita se extiende admirando la excelsa cúpula que el genio humano levantó sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles, en medio de esta reunión de juventudes católicas, que la devoción a María y el amor al Corazón de Jesús han reunido de todos los lugares de Italia para venerar la Cátedra de Pedro, trayendo los deseos de sus numerosas compañeras unidas a vosotras en la concordia de una misma piedad; mi pobre palabra, oh amadas hijas, no puede tener sino acentos de alabanza y de gratitud para el Señor de poder participar de vuestra alegría, y en mi saludo a vosotras levanto mi pensamiento y mi ánimo a la admiración de este apostolado en el que la Acción Católica educa y engrandece sus hijas fervorosas. Vosotras, que sois verdaderamente la alegría y la corona del Pontífice Pío XI gloriosamente reinante, os habéis reunido aquí para mostrar delante de todos el santo orgullo de jóvenes católicas adelantando en los tres grados de la perfección que os es propia. Tres grados de crecimiento de la luz, semejante a la aurora, a la mañana y al medio día. Justorum semita quasi lux splendens procedit et crescit usque ad perfectum diem (Prov. IV, 18). Pues la joven católica tiene su primera vida como hija de la Iglesia, por la viveza de la fe y el espíritu de sacrificio; después se hace discípula fiel de los corazones de Jesús y María, y por último se eleva a ser fervorosa celadora de su gloria. Principio, progreso y perfección, en los que se forma la falange selecta de las mujeres que han de ser honor y alegría de la familia, de la sociedad, de la patria y del pueblo de Dios.

I

Ante todo la joven católica quiere ser hija de la Iglesia. Si los apóstoles, primicias de los creyentes, fueron los primeros hijos de la Iglesia por su fe en Cristo y llegaron a ser los primeros heraldos de la buena nueva a las gentes, así también las jóvenes católicas, renacidas hijas de Dios en la fuente baustismal, son a causa de la misma fé de los apóstoles, hijas de la Iglesia. Crecidas luego en edad y adiestradas luégo en la cultura religiosa de la que este concurso ha dado un brillante ejemplo, ellas superan la inconsciente fé infantil con la profesión instituída y libre de lo que creen, mostrando en los labios y en la frente el signo de la fé oculta en el corazón, como los hijos llevan en su rostro los rasgos de su madre.

Pero la fé, si no es viva por el amor a Cristo, no llega hasta las playas del sacrificio, y no se levanta atrevida de la turba común de los fieles; será una fé sin voz y sin palabra. En vuestro apostolado habréis tenido ocasión de admirar esa fé que, mientras inclina el entendimiento y la voluntad con imperturbable obsequio ante la verdad revelada, suelta el labio y se hace oír hasta los confines de la tierra. Como rayos de verdad, los mensajeros del evangelio van seguidos del trueno que sacude los valles y resuena en la selva salvaje del mundo. Mas en el cielo de la Iglesia brilla siempre un fulgor suave, murmura un trueno más sumiso, sopla un viento más leve que no troncha los trigales, sino los hace ondear blandamente como el agua tranquila de los lagos: ese es el rayo de luz y el susurro de vuestra fé, oh cándida legión de la juventud femenina. Vuestra fé tiene su esplendor y su voz y aquel suave ímpetu del aura divina, que en el desierto acariciaba la frente del ardiente profeta Elías (III Reg. 19). En el secreto de vuestro encierro, en el santuario de vuestra familia, en las reuniones amistosas, la fé que vivifica vues-

tras almas, pone alas a vuestras palabras que salen de vuestros labios y obra milagros no menores que la voz elocuente de los apóstoles. Tened viveza de fe en vuestro corazón y comprenderéis y experimentaréis en vosotras mismas aquel ardor que hace que el apóstol se haga todo para todos y cada una de vosotras podrá decir con San Pablo: No me avergüenzo del evangelio (Rom. I-16). De esta manera la joven católica, cuando viva de la fe tendrá siempre alta la frente y será su gloria mostrarse digna hija de la Iglesia, sacrificando a su amor toda vileza y todo respeto humano, y lista también, a ejemplo de sus heroicas hermanas, a morir antes que manchar de ignominia su propia virtud, como en otro tiempo el gran Macabeo: Si ha llegado nuestro tiempo, muramos en la virtud... y no manchemos con un crimen nuestra gloria. (I Mac. IX, 10).

II

Como hija de la Iglesia, la joven católica debe subir cada momento más y más hacia el grado de discípula constante de los sacratísimos Corazones de Jesús y María. En la penumbra sagrada de las iglesias, en el retiro de las devotas capillas, en las íntimas estancias de vuestra casa, habla a vuestro espíritu un Maestro Divino, que os abre su escuela, y desde las primeras tempestades que turban la ingenua serenidad de vuestro corazón, os da la promesa plena y segura de consolaros, de salvaros, de haceros felices. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Venid a mí, todos los que estáis cansados y yo os aliviaré y encontraréis reposo para vuestras almas. El que tenga sed, que venga a mí y beba; sed de felicidad, de consuelo, sed de paz. Que no se turbe vuestro corazón; yo os traigo la paz, una paz que el mundo no puede dar, una paz que supera todo sentido. Y agrega que seréis inundadas de una alegría perfecta; y vuestras mismas tristezas se cambiarán en ale-

gría. Y como este Divino Maestro que derrama en vuestros corazones su doctrina y sus enseñanzas, como derrama en los campos la luz y el rocío, no es sólo bueno, sabio, misericordioso, sino que ama vuestras almas y con tierno afecto las vigila, las dirige y las sostiene durante esta vida terrena tan breve, pero tan laboriosa. El sabe romper las ataduras que las unen a los afectos profanos o ilícitos; les descubre la vanidad del mundo y las dirige hacia la perfección que consiste únicamente en amarlo a El sobre toda cosa. Y como para haceros más suave esta escuela divina, encontraréis a la entrada, y al lado mismo del Maestro a una mujer, una madre que, acercándoos a su hijo os dirá como en las bodas de Caná: Haced todo cuanto El os dijere. María que estuvo en la escuela de El, desde la noche de Belén, guardiana cuidadosa en su corazón de toda palabra o acto de El, entre todas las hijas de Adán la primera discípula del Corazón de Jesús, os enseñará el camino para penetrar en ese santuario de amor, de donde ella ya sacó todos los tesoros de sabiduría y de bondad que tiene como madre de Dios y madre nuéstra.

Esta es la razón por la que María resulta para vosotras maestra que os enseñe la manera de acercaros a Jesús. Su Jesús; cuando ella habla, una infinita correspondencia de afecto filial viene al encuentro de su ternísimo amor de madre. Ella triunfará en vuestro favor y logrará la gracia de que vuestro corazón se una al Corazón de Jesús y al suyo. Este es el deseo de vuestras almas, el canto de corazón posee todas las llaves para abrir el Corazón de vuestro amor; es una palabra única, pero tiene dos sonidos: Jesús y María; porque el amor a María no es sino amor a Jesús, y cada uno se compenetra con el otro, como un cándido rayo de sol reúne en sí todos los matices del iris.

De esta manera, para vosotras la escuela de María es al mismo tiempo la escuela de Jesús. Sea siempre vuestra glo-

ria y vuestra delicia estar siempre a los pies de la Madre Inmaculada, para contemplar en sus facciones la más bella imagen del adorado Jesús; para aprender de ella esa pureza que es la suave sonrisa y la blanca veste de la niña cristiana; para escuchar sus maternales inspiraciones, el oportuno estímulo para el bién y la advertencia del peligro insidioso. ¡Y qué maravillosos efectos produce esta dulce escuela de virtudes sobrehumanas! Aquella joven altanera, imperiosa, intolerante a la menor contradicción se ha hecho en esta escuela, suave, humilde, paciente. Y aquella otra señorita del corazón seco, insensible, egoísta, se hace buena, dulce, compasiva, entusiasta como un apóstol, dispuesta al sacrificio. Y aquella otra que sentía correr en sus venas los estremecimientos de la pasión, y que estaba a punto de dejarse llevar, se ha cambiado, y ha sentido que las pasiones rebeldes se tranquilizan como una tempestad que se disipa. Así se purifica el alma en la escuela de Jesús y de María.

III

Pero la palabra del divino Maestro, viva, activa, y más penetrante que cualquier espada afilada que penetra profunda hasta la división misma del alma y del espíritu (Hebr. IV, 12) donde bulle la vida, es la que os levanta y os transforma en instrumentos dóciles de su gloria por el fervor del celo que desborda afuera. Es ésta la tercera y la más alta dote de la joven de Acción Católica. A esto debe dirigirse vuestro mejor propósito; aquí es a donde debéis llegar, donde la lucha del espíritu desde lo interior llega hasta lo exterior; en esto consiste el arte y el enigma de los santos, hacerse en el propio corazón un retiro, como Catalina de Sena, a donde poder retirarse solo con Dios continuamente, para permanecer con él y conversar con él, y llevar a todas partes este retiro, en todos los pasos de

la vida, aun en medio de los tumultos de la vida y de los negocios que demandan la presencia de la mano y la presencia del cuerpo sin que las alternativas de la vida exterior nos aparten de la vida interior o la destruyan. De esta manera avanza tanto más el deseo y la audacia de los santos, que de las mismas cosas exteriores que más pudieran distraerlos de la unión con Dios hacen instrumentos para unirse más a El y darle testimonio de su fidelidad y deseo de servirle; son semejantes a los árboles que tienen gran raigambre en la tierra y que cuanto más profundamente hunden sus raíces tanto más levantan su cima y alargan sus ramas y extienden sus hojas y se cubren de flores y de perfumes. Tal debe ser la joven católica, pues este hermoso título exige en quien quiera llevarlo dignamente gran generosidad de ánimo para llegar a sentir que el corazón no palpita sino al pensamiento de Dios y de su gloria y sufra por las ofensas que le hacen tantos ingratos hijos. De esta manera pues la joven arderá en deseos de repararlas y no temerá afrontar trabajos penosos, luchas y sacrificios para este tan alto fin.

¿Quién no ve que la señal de la vida del corazón es lanzarse a la realización de las obras? **Probatio dilectionis exhibitio est operis.**

Vosotras, como lirios inmaculados transplantados de la sombra del místico templo al terreno del mundo; como luces que no pueden estar escondidas, sino deben brillar sobre el candelabro como la sal que vence la corrupción del suelo, mientras con la gracia de vuestras palabras y de vuestras costumbres esparcís en medio de los demás el perfume y el esplendor y la salud espiritual, encontraréis en la unión entre vosotras crecidas fuerzas y modo de hacer el bien más fácil por la emulación de la caridad, a la manera que los astros del cielo, que mientras fulguran delante de Dios que los creó, esparcen en la tierra el beneficio de su luz. Vosotras solas seríais muy débiles; y vuestro celo

tendría que detenerse en obras aisladas y deficientes pero unidas estrechamente en la santa milicia de la Acción Católica, la llama de las más entusiastas se comunicará al corazón de las otras y así os lanzaréis todas heroicamente en el camino del bién.

Cuando hayáis vuelto a vuestra familia y estéis con vuestras hermanas, oh amadas hijas, contadles las maravillas que habéis visto en esta ciudad eterna, en la cual los siglos son como días en el gobierno de Dios sobre el mundo. Decidles que habéis subido al Palatino y ya no estaba allí el Pretoriano guardián de los Césares; que bajásteis al Foro y era ya muda para siempre la voz de los oradores famosos, apagado el fuego del Altar de Vesta, ausentes las Vestales. Narradles que en los declives de las siete colinas y en riberas del Tíber yacían soberbias y majestuosas reliquias de un arte y de una grandeza que fue, templos, teatros, arcos de triunfo. Habladles de los obeliscos y las orgullosas columnas historiadas, que hoy cantan más que la victoria de Roma sobre el mundo el pacífico triunfo de Cristo sobre las almas. De este triunfo divino describidles el camino, desde las recónditas criptas subterráneas, donde reposaron en otro tiempo Cecilia y Praxedes, Inés y Emerenciana, a través de los vestíbulos de las doradas basílicas hasta este máximo templo de la cristiandad donde rodeada de Angeles y sostenida por los cuatro grandes doctores de la Iglesia se levanta la cátedra de Pedro y en donde sobre el sepulcro del humilde pescador de Galilea, centro de la veneración del mundo, por mano del arte se levanta y se curva una cúpula celestial, rodeada por la áurea corona de la divina y eterna promesa de victoria. Y sobre todo sepan de vosotras vuestras compañeras que os habéis postrado delante de la blanca figura de un Pontífice, el

cual con su espíritu impera más allá de los confines conquistados por el vuelo de las águilas romanas, y cuando levanta su mano para bendecir hace que toda persona se incline y se calme toda tempestad. Dentro de pocos momentos él mismo, con acentos de amor que a todas alcanza, os nutrirá con su excelsa palabra y hará descender sobre vosotras y sobre vuestras empresas, sobre todos los santos entusiasmos que tenéis en el corazón su bendición de Padre y pastor universal del rebaño de Cristo.

Podéis estar orgullosas de sentiros atadas con más dulces ligaduras y con más sincera unión, de ofrecer al Papa los homenajes, de consolidar vuestros sentimientos de amor tierno y filial y pedir a Dios que conserve largamente a su Iglesia el admirable Pontífice Pío XI.

DISCURSO DIRIGIDO A LA JUVENTUD DE ACCION CATOLICA

El 6 de noviembre de 1932 pronunció Su Eminencia el Cardenal Pacelli, en la Basílica de San Pedro, al Evangelio de la Santa Misa celebrada para la Juventud masculina de Acción Católica, el siguiente discurso:

Solemne es esta hora, amadísimos jóvenes, para todos vosotros, que en nombre de la Acción Católica os habéis reunido hoy en este máximo templo de la cristiandad, edificado sobre la inconmovible piedra puesta por Cristo mismo por fundamento de su Iglesia, su esposa querida, que aquí tiene la cátedra de su magisterio y el trono de su grandeza. Si levanto la mirada, esta altísima e inmensa mole levantada por el genio cristiano arrebata mi pensamiento, con la tranquila solidez de su magnificencia, hasta la silenciosa quietud del firmamento, y del empíreo, sede de vida íntegra de amor y de paz. Y si bajo mis ojos veo vuestros escuadrones atrevidos por la juventud, inquietos por la vitalidad, por el deseo de la acción y por el desbordado ímpetu de los sentimientos, anhelantes por acometer las obras grandes y árduas, a las que os arroja y os estimula vuestra propia juventud. ¿Qué buscáis bajo esta cúpula que se levanta por sobre el horizonte, cimentada en la indefectible promesa de Cristo? ¿Qué buscáis al rededor de la tumba del Pescador de Galilea?

Bien lo sé. Buscáis a Ese que tiene palabras de vida eterna, a Ese que puso el banquete de sus delicias entre los hombres, y que luégo hizo que ese mismo banquete fuera para su Esposa y para sus hijos. El se dirige a la Iglesia para decirle: Estos son tus hijos, que como racimos de vid, se amontonan al rededor de tu mesa. **Filii tui, sicut novellae olivaron, in circuitu mensae tuae** (Ps. 127,3). La mesa del banquete de la Iglesia no es otra que la mesa del mismo Cristo, su Esposo; y sus hijos son los que la Iglesia regnera con el agua de la gracia y alimenta con el cuerpo y con la sangre de Cristo. Así, amadísimos jóvenes, en vues-

tro rostro, con la flor de la juventud, brilla el sello de hijos de Cristo y de la Iglesia por la fe que os anima; resplandece la vida de caballeros y heraldos de la Acción Católica por la esperanza de vuestras obras; brilla el ardor de los convidados a la divina mesa de Cristo por el amor que os inflama.

¡Qué maravillosa es la luz de la fe que os ha reunido! Es la columna de fuego que ilumina y guía en el camino a través de este desierto tan áspero de la vida; es la lámpara que en el amanecer de nuestros días, la Esposa de Cristo confió a nuestras manos para que la protejamos de todo viento y de toda tempestad; para que, en los senderos dudosos, su santo esplendor sea la guía de nuestros pasos; para que sea nuestro fiel consuelo y apoyo, tanto en los dolores como en las alegrías, hasta el día supremo en que se transforme en aquel fulgor del Sol divino que en la visión del Esposo celestial corone eternamente las ansias todas de nuestra alma. ¿Acaso no son la imagen viva de esa fe, estas lámparas que arden en este altar con la ambición de consumirse en la adoración de ese Dios presente y escondido? ¿No es acaso ésta la misma fe de Pedro que le grita a Cristo: "Señor, a dónde iremos si sólo Tú tienes palabras de vida eterna? (J. V. 4). **Haec est victoria quee vicit mundum, fides nostra** (J. V. 4). Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. Tal es la voz que resuena en esta cúpula y que ninguna ruina puede hundir; que resuena desde los sagrados escondrijos de las catacumbas, y desde las graderías del coliseo, y desde los escombros de una Roma que hoy parece que levanta la cabeza de entre el polvo que pisaron sus legionarios y se pasma de admiración al ver los triunfos de una fe que no fue la suya.

Alegráos, férvidos aspirantes y jóvenes de la Acción Católica, de la gloria de vuestra fe. Sea ella el alma de vuestra vida, que arrebata todos los entusiasmos de vuestro corazón, en todas sus luchas y victorias, para derramarse

luégo en un más amplio empuje del buen ejemplo y de celo en favor de los otros. Estrecháos cada vez más al rededor de este altar, donde la fe se abisma en las profundidades del misterio y nos hace creer en la inmensidad del amor que Dios nos tiene. Aquí se complace en esconderse el mismo Jesús que decía: "Dejad que los niños vengan a mí"; y miraba con mirada impregnada de amor al joven que había crecido en la observancia de la ley. Aquí es donde debéis reafirmar vuestra fe y vuestro carácter de hijos de Dios y de la Iglesia; reforzad aquí el propósito de no degenerar jamás de los altos pensamientos cristianos que han iluminado los primeros pasos de vuestro vivir y os han reunido aquí, oh alegría y esperanza de la Acción Católica, en torno al tabernáculo de la fe y en honor de Cristo Rey. Pues, si no lo veis con los ojos del cuerpo, triunfe en vosotros la fe que atraviesa todo velo, y postráos delante de las tinieblas de lo Invisible silenciosos y reverentes, como Moisés en la cumbre del Sinaí, para escuchar la voz divina que desde la zarza ardiente habla a vuestro corazón.

Y es verdaderamente, vuestra edad, queridísimos jóvenes, la de las más rosadas esperanzas, que en vosotros pone la familia, la sociedad, la patria, la Iglesia, y hasta el mismo Jesús, nuestro Salvador.

En vuestras santas aspiraciones y en vuestro valor radican y se apoyan las esperanzas y alegría del Vicario de Cristo, que admira en vosotros a los jóvenes paladines y caballeros de la Acción Católica, que, en la palestra de las virtudes y del buen ejemplo, en el estudio de las verdades cristianas, en la emulación por seguir el divino llamamiento, en vuestra obediencia a los pastores de las almas, en la ayuda que habéis de prestar al apostolado y a los milagros de la divina gracia, combatiréis y venceréis en las batallas del espíritu, en vosotros mismos y en los otros, como preludios de más nobles empresas y más difíciles jornadas

futuras. Levantáos, pues, y creced, oh esperanzas vivaces, oh generosos campeones de la Acción Católica, como los renuevos de que se corona el olivo, y que en el plácido verde de sus hojas hacen presentir el vigor de esa misma savia que en los nudosos troncos robustos extiende la alegre abundancia de los frutos.

¿Pero dónde podréis conseguir ese jugo de vida que al mismo tiempo que robustece vuestras almas con el aumento de gracia y de sabiduría cristiana estimula las bellas esperanzas que la Iglesia ha colocado en vosotros? ¿A qué mesa iréis a pedir el alimento y la bebida sobresubstancial que necesita vuestra juventud? A la mesa mística que Cristo confió a su Esposa, cuidadosa guardadora del Pan de vida y de la Sangre incorruptible que conserva para la eternidad; al altar de Dios, de ese Dios que alegra vuestra juventud. Al pie del ara divina diga cada uno con el ministro de Dios: **Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam.** Esa sea la fuente de vuestra alegría; esa sea la renovación, semejante a la del águila, de vuestra juventud. ¿Acaso no está sobre la mesa del altar el pan vivo que necesitáis comer para tener vida? Pan sagrado, pan viviente, no como el pan ordinario que no tiene vida y que sólo conserva la vida del cuerpo; pan santo que es la misma carne de Jesús, penetrada toda del espíritu vivificante, y que es la vida misma que nosotros comemos en la mesa del Dios vivo. Jesús es la vida y la verdad y el camino: el que lo come a El come la vida. ¡Oh celestial banquete de los hijos de Dios! ¡Oh mesa de paraíso llena de todo deleite y de toda suavidad!

Acercáos, pues, con fervor, oh queridos jóvenes, a este convite celestial, a este Jesús que os ama, y a semejanza de las palomas llevadas por sus anhelos, haced de este tabernáculo el nido de vuestros corazones, el refugio de los huracanes del espíritu, el puerto en las tempestades del vivir. También la juventud, también la adolecencia, como

la aurora y la mañana, pueden tener sus nubes y sus vientos tempestuosos; pero no temáis. Jesús vendrá a vosotros, aun en la oscuridad de la noche, y le han de obedecer los vientos y las borrascas, y se hará una gran calma.

Así en esta hora, la hora de Jesús, hora solemne para vuestras almas, bajo estos arcos triunfales consagrados a la victoria de Pedro sobre el paganismo, se avive en vosotros la fe y la esperanza y el amor que son los caminos de la gracia que desde la nada del tiempo que huye se extienden hasta el abismo inmóvil de la eternidad. El Señor del tiempo y de la eternidad está delante de vosotros; os ve, os cuenta, os vigila, os sigue, os acompaña en el camino de vuestra vida. Ojalá esta hora luminosa se grabe como un recuerdo indeleble en vuestro corazón y brille siempre ante los ojos de vuestra mente como una estrella de vuestro pensamiento. Mas este Dios que aquí en medio de tan grandes esplendores de luz y de arte adoráis y en seguida vais a recibir en vuestro pecho, lo encontraréis bajo cielos lejanos, bajo templos de más sencillos muros, sobre más humildes altares, a lo largo de vuestras ciudades y aldeas, en los valles remotos o al pie de los pináculos de las montañas: también allí os espera, también allí os abre su corazón, para que corráis hacia El a protestarle vuestro amor y a ofrecerle las flores de vuestras virtudes, los lirios del candor de vuestra pureza, las espinas de vuestras rosas, las coronas de vuestras victorias y los frutos de vuestro apostolado juvenil.

Con el recuerdo de esta hora de Jesús, llevaréis a vuestras casas el de la visión de su blanco Vicario sobre la tierra; escucharéis la palabra del Padre que bendice vuestra juventud y vuestros progresos espirituales, vuestras obras de santidad vuestras magníficas reuniones de instrucción religiosa. El es el representante de Cristo en el mundo: estad unidos a su rededor y así lo estaréis al rededor de fundamento de la verdad y de la salvación.

Y cuando, lejos ya de esta Roma, ciertamente grande por su nombre, marcado en las riberas del Tíber con gigantescas ruinas de su gloria pagana y más allá de los Alpes por las huellas victoriosas de sus legiones; de esta Roma más grande todavía por los sagrados monumentos del nombre cristiano, cimentado juntamente con el nombre romano por la sangre y la autoridad del Pedro en una fe que renovó el imperio de los césares y lo hizo más extenso, más íntimo, más divino y durable hasta la consumación de los siglos; cuando, lejos de esta Urbe, admirada por vosotros, volváis a vuestras tierras, volved hacia vuestro interior vuestra mirada y saludad desde lejos, oh afortunados peregrinos de Roma, la plateada cúpula que el más audaz de los genios humanos levantó a modo de una tiara que llega casi a los cielos, corona el sepulcro del primer pastor del rebaño de Cristo; y la cruz que recordaréis que la termina sea el faro de vuestras plegarias, de vuestras acciones y sacrificios, en el camino de vuestra adolecencia, de vuestra juventud y de toda vuestra vida. Esta cúpula y la cruz que la remata os recuerden a toda hora la venerada tumba, que es aquí la piedra fundamental de la unidad de la Iglesia de Cristo; y os recuerde esta hora que os reúne, como nuevos gérmenes de santidad, fecundados por el Espíritu Santo, flores de juventud cristiana, frutos del amor de Cristo, alegría, corona y esperanza de su Vicario, el augusto Pontífice, vuestro Padre amantísimo y Padre universal de las almas.

EXHORTACION A LOS VENERABLES HERMANOS EN EL SACERDOCIO

En la segunda jornada (26 de abril de 1936) del Triduo solemne que presidió a la clausura del Jubileo mundial, en Lourdes, el Eminentísimo Príncipe, Cardenal Pacelli, dirigió la palabra a los sacerdotes reunidos en la Basílica del Rosario. Hé aquí el texto íntegro de su discurso:

Durante estos tres días con sus noches, amadísimos hermanos en el sacerdocio, con los cuales, por consejo altamente alabado por el Romano Pontífice, se pone fin y como corona, al Jubileo de la Redención humana, la gruta de Lourdes de la Inmaculada Virgen y Pura Madre de Dios, trae hacia sí los ojos y los ánimos de todo el orbe católico, extendido desde el oriente del sol hasta el ocaso, uniendo con una misma mente, con una misma fe, con una misma oración y con el mismo sacrificio eucarístico la familia católica, que elevando sus manos suplicantes al Redentor y a su Santísima Madre y Corredentora, pide misericordia para la humanidad, anuncia la paz y ofrece la salud.

Cosa en verdad admirable y digna del cielo presentan en estos días los ojos de todos los fieles la ciudad de Lourdes, anhelo y meta de los peregrinos de todas las naciones y lenguas del mundo y las solemnidades seculares celebradas junto a la prodigiosa gruta de Massabielle: pues mientras con íntimo nexo unen en místico canto el triunfo del Rey Eucarístico y las alabanzas de la Virgen Madre, muestran el mismo espectáculo ante Dios y los hombres, haciendo llegar sus goces y consolaciones hasta los últimos límites, de tal suerte que con sobrada razón podamos regocijarnos con el profeta: **Exaltabo te, Deus meus Rex, et benedicam nomini tuo in saeculum, et in saeculum saeculi!** (Ps. 144,1).

Esta íntima conversación con vosotros, esta como comunicación, dentro de las paredes domésticas del hermano con los hermanos, más dulcemente me conmueve al pensar dentro de mí mismo: en ninguna parte puedo más opor-

tuna y libremente, que en este vuestro congreso sacerdotal, comunicar con vosotros los anhelos del Padre común de toda la Iglesia, ausente con el cuerpo, pero presentísimo con el alma, al daros su saludo y bendición para trataros "boca a boca" (Num. 12,8) aquellas cosas que os animen más en el deseo de vuestra santificación y que en la voluntad de El, en cuyo nombre desempeño esta legación, parece que convienen grandemente a la gravedad de nuestros días.

Ninguno de nosotros hay que con ánimo conmovido no recuerde la hora en que la mano episcopal, puesta sobre nuestra cabeza nos hizo sacerdotes de Cristo mediante la arcana potestad del Espíritu Santo, vistiéndonos con una dignidad formidable para los mismos ángeles: la cual, sin embargo, nos dio y nos inyectó tal confianza, que trajo para nosotros lo más de la divina amistad: lo que harto y bastante está declarado con estas palabras que entonces sonaron en nuestros oídos: **Jam non dicam vos servos... vos autem dixi amicos** (Jo. 15,15). De estas celestiales palabras del divino Salvador, bien abundantemente experimentamos sus efectos nosotros, congregados aquí de tan distantes regiones; unidos con el mutuo vínculo de la caridad; estrechamente encadenados con la comunión que hace el cuerpo de Cristo y unidos, además, por la dignidad del sacerdocio que tan plenamente hace realizar ahora las palabras con que Cristo hablaba al Padre en la última cena: **Ut sint unum, sicut et nos** (Jo. 17,11).

Qué más oportuno, pues, y qué más fructuoso que tratar de la amplitud y dignidad de nuestro oficio? Cuanto más vívidamente esté en nuestras mentes presente la conciencia de nuestra dignidad, lo mismo que la de los tremendos oficios con ella unidos y de la razón que hemos de dar al Supremo Juez —tanto menos habrá en el orden de los sacerdotes menos lugar para la inercia, la negligencia y el descuido— y tanto más habrá más fervor en dirigir todas

las fuerzas del cuerpo y de la mente a Dios para procurar la salvación de las almas conforme con voto lo prometimos.

Y, amadísimos sacerdotes, al tratar de la amplitud de este divino oficio, cuestión en verdad inaccesible a las capacidades humanas —pues se trata nada menos que de la administración de la sangre de Cristo, redención del género humano—, séame lícito, más que exponer, proferir unas pocas palabras que hagan luz sobre las inmensas necesidades de la obra divina en nuestro tiempo. Esto, en verdad, que nos debe consagrar con más precisión en nuestro ministerio, nos estimulará inmensamente. Pues si el profeta se sentía morir y acabarse: **Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam** (Ps. 118,53), con cuánta mayor razón conviene que nosotros, agitados con el deseo de la gloria divina, exclamemos con el Apóstol: **Quis infirmatur et ego non infirmor, quis scandalizatur et ego non uror?** (II Cor. 11,29).

Realmente: no sólo el que medita, sino también el que contempla aunque sólo sea de paso la situación católica, aparece ante los ojos cuánta sea la acerbidad y miseria de nuestra época! Pues sin decir nada de aquéllos que están ocultos tras las tinieblas del paganismo; de aquéllos a quienes la herejía separó y apartó de la navecilla de Pedro; de aquéllos, finalmente, que por la desobediencia están disgregados de la Iglesia Católica: sea bastante y suficiente para comprenderlo el contemplar el espectáculo que se nos presenta en tántos miembros del cuerpo místico de Cristo, llenos de innumerables y gravísimas llagas.

No me demoraré en describir las costumbres corrompidas. Sólo advertiré, como propio de nuestros tiempos, aquéllo que ya fue notado por el Vicario de Cristo gloriosamente reinante, en las letras encíclicas de 3 de mayo de 1932 (A. A. S. 1932, p. 180-182), convirtiendo hacia sí el ejército de nuestros ojos y que profundamente debemos meditar

si en verdad nosotros, sacerdotes, queremos hacernos dignos de nuestro ministerio sacerdotal. En nuestros propios días, no ya hombres "pocos en número, particulares, unidades" como en tiempos pasados, sino "lo que es para llorarse... casi innumerables" desfallecieron en la fe y el mayor número de ellos está entre aquéllos que se cobijan con el común vocablo de "intelectuales" y de "proletarios".

Aunque lo llevemos bien o mal, abiertamente, sin embargo, confesamos: no pequeña parte de ellos, para ser tenidos públicamente como luminares de la ciencia moderna, quebrantaron su fe y se infectaron con la mancha de la impiedad.

Más triste es, si es que puede haber algo más triste, la condición del pueblo bajo y de los obreros, como ya lo notó el Sumo Pontífice en las letras encíclicas "Caritate Christi compulsi", que arriba mencionamos y ello conmueve en alto grado! Parece que oímos nuevamente aquellas palabras con que Jesús, en los días de su vida mortal, redoblando sus fuerzas exclamaba: **Misereor super turbam** (Mc. 8,2). Por doquiera, pues, tortura al mundo entero la perturbación económica, que como es manifiesto, en grado superlativo tortura al pueblo y le asedia por hambre, de tal suerte que apenas sí se recuerde memoria de tan vasta miseria. Y con esta carencia de las cosas terrenas, que reúne incontables multitudes de miserables, abusa la astucia de hombres impíos para llevar al pueblo, engañándolo con falsas promesas, a los errores del socialismo y del comunismo y precipitarlos así, no sólo en el desprecio y negación de la religión, sino, también, de la misma divinidad. Y si tan insanos conatos fueran estériles, se disminuiría un tanto la tristeza. Pero, oh dolor! Innúmeras multitudes de proletarios padecen naufragio en la fe y aunque fueron regenerados con las aguas del bautismo, llevan costumbres de paganos, especialmente en las grandes ciudades; las turbas que en otro tiempo "Jesum sequebantur

ut audirent eum et sanaventur a languoribus suis" (Ls. 6, 18) ahora se apartan de El y siguen a otros "ciegos guías de ciegos"!

Sobre estas cosas adversas y tristes, cuánto se haya de insistir en la oración, ya sea dicho bastante. Conviene también mencionar cosas alegres, no sea que entendidos tan sólo en asuntos de tinieblas, mostremos una falsa imagen de la Iglesia presente que no sólo es única, católica y apostólica, sino también santa y fecundísima madre de santos, que perpetuamente da una nobilísima familia de santos; y no sólo presenta aquélla espléndida constelación que en el reciente Año Santo a todo el orbe fue propuesta como ejemplo y para patrocinio, sino que difunde por todo el género humano la santidad que toca todos los estados de la vida y todos los grados de las diversas edades, no sólo en la prudentísima senectud y en la edad madura y en la inofensiva infancia y en la tranquila niñez, sino, y ésto es ya como un milagro, en la misma juventud que guarda inmune de las llamas de la concupiscencia en medio de babilónico horno (de las pasiones), lo cual nos obliga a exclamar (con toda razón) "O quam pulchra est casta generatio cum claritate". (Sap. 4,1).

¡Qué juventud, en verdad, —máximo apoyo de la Acción Católica—, conspicua tanto en piedad como en obras, está colocada bajo el patrocinio de aquella Virgen que no sólo es "hermosa como la luna y elegida como el sol" sino que es también "terrible como ejército en orden de batalla"! ¡Acaso no vemos con nuestros propios ojos, como renovada, aquella primitiva edad de la Iglesia, que brilló en las cárceles y en los anfiteatros y en las sombras de las catacumbas con eximia santidad? ¿Y no vemos, con testimonio de sangre aún fresca, el monumento de Cristo Rey peremnizado no sólo por el bronce votivo, sino verdaderamente eternizado lo que es más valioso y digno de alabanza, por el testimonio de aquellos mártires que por la de-

fensa de los derechos del eterno Rey, gritando invictos "Viva Cristo Rey" gloriosamente murieron?

Traed a la memoria, principalmente, aquellos hombres fieles a Dios, que siguiendo el camino de los consejos evangélicos, marchan tras Cristo y éste crucificado y que viviendo y caminando en espíritu, doman su cuerpo con sus vicios y concupiscencias mediante penas espontáneamente recibidas.

¡Quién, enumerando, contará aquellas puras vírgenes que esperando la venida del Esposo celestial, en su carne, emularon la vida de los ángeles!

¡Quién habrá que cuente el número, conocido más de Dios que de los hombres, de aquellos que, llevando la vida en el estado laical, tienen sed ardiente de la justicia y con ánimo fervoroso, corriendo por la vía de los divinos mandatos, alcanzan las cumbres de la cristiana perfección!

Así, pues, amadísimos hermanos, pesados en igual balanza, por una parte la magna multitud de hombres separados de Cristo y por otra la magnífica fecundidad de la Iglesia que regada con la sangre del Salvador produce ubérrimos frutos de santidad, conviene que nos conmovamos todos, para que por nuestro ministerio, ora sudemos generosamente en el cultivo del campo del Señor, ora, como no baste nuestra cooperación para recoger tanta cosecha, instantemente roguemos al Señor de la mies que envíe operarios a su campo.

Hay ésto de admirable en los consejos de la divina providencia: que, las cosas pertinentes a la salvación de los hombres, aunque Dios puede por sí mismo hacerlas, quiere sin embargo que se hagan por nuestras obras, de tal manera que nosotros pongamos el trabajo y El la gracia y la eficacia. Pues "ni el que planta es algo, ni el que riega, sino el que da el incremento, Dios" (I Cor. 3,7) y Dios no dará el incremento sin la plantación y la irrigación que son obras humanas.

¿Si esto no fuese así, quién se atrevería a describir la miseria de todos aquellos que miserablemente padecen bajo la tirana servidumbre del pecado? Nada, pues, nos quedaría sino el que como Jeremías, considerando la tristísima ruina de la ciudad santa, bañados en lágrimas, prorrumpiéramos en lúgubres cantos. Pero, por sapientísimo consejo, sucede que la divina omnipotencia, pudiendo renovar al hombre con mil modos admirables, elige, sin embargo, entre muchos tanto al que oculto, con mayor misterio, puede producir mayor admiración, como al que dotado con un amor más intenso, puede conmunicarnos más abundantemente las riquezas de la divina bondad.

Por la encarnación, pues, tenemos nosotros tales tesoros de la divinidad, cuales la misma visión beatífica no los puede ostentar (Cfr. Cajet. in 3 Part. q. I, a 1) Dios, que cuando el mundo aún no existía lo creó por el Verbo, por ese mismo Verbo encarnado quiso, una vez perdido, volverlo a crear. Lo que San Agustín expresó con estas palabras: "Qui creasti me per Verbum tuum, et recreasti me per Verbum. Sed creasti me per Verbum Deum manentem apud te; recreasti per Verbum carnem factum propter nos: Me creaste, Señor, por tu Verbo y me volviste a crear por el Verbo: me creaste por el Verbo Dios que permanece en Tí y me volviste a crear por el Verbo hecho carne por amor a mí" (Enarrat. in Psalm. 143. M. L. 37,1855). Y así sucedió el que por el contacto del Verbo divino, la multitud corrompida de los hombres, como mezclada con divino fermento, se purificara y, para decirlo con los Padres griegos, se deificara!

A esta divina unión del Verbo eterno, con el género humano por la encarnación, se sigue otra copulación llena de misterio, que es la asociación del hombre con Cristo en la obra de la redención. El Verbo hecho carne, con su sangre, redimió el mundo, porque sólo El podía dignamente satisfacer a Dios; la vía para llegar al Padre, el mismo

Cristo la mostró, porque sólo El la conocía: la Iglesia, que fuera guardiana de su sangre y de su doctrina, El mismo la fundó; de las cuales cosas nadie pudo ser participante, porque eran de potestad divina. Pero, cuando se trata de aplicar a cada uno de los hombres el fruto de su redención, a los mismos hombres que había redimido, de tal manera quiso hacerlos participantes de su obra, que la salvación de los hombres se hiciera por los mismos hombres; todo lo que de potestad había recibido del Padre, todo, en cuanto era posible, lo transmitió a los hombres, a quienes impuso el precepto de predicar el evanglio y de administrar el santo bautismo. (Mat. 28,18. 19).

De nosotros, pues, depende la salvación de gran parte del mundo; nuestro trabajo lo anhela aquella inmensa turba que antes describíamos! Cada uno de nosotros, con toda propiedad, es **otro Cristo!**

Divina potestad en verdad pero tremenda también, puesto que nos obliga a dar cuenta de ella. Cómo se distingue por su lúgubre luz, la indignidad y la improbidad del desventurado sacerdote que se convierte en lazo de perdición para otros! El legado del mismo Cristo, el otro Cristo, con el cual el Redentor había comunicado su omnipotencia para la salvación de las almas, se transforma en instrumento de Satanás, se hace otro diablo, para la perdición de ellas! En esta solemne ocasión, amadísimos hermanos en el sacerdocio; en esta solemne ocasión, en la cual de todas las partes del mundo nos congrega la Hostia Santa, lloremos por estos templos profanos, por estos tabernáculos violados! Al Corazón Sacratísimo de Jesús, que tan abiertamente se reveló a Santa Margarita María Alacoque, amargado con tántas oleadas de tristeza por la ingratitud de aquéllos que estrechísimamente se le habían consagrado, para que de ellos al cabo se compadezca, derramando nuestras plegarias, roguémosle empeñosamente. Estos días eucarísticos, consagrados a la adoración perpetua, son días

también de expiación y de insistente súplica por los sacerdotes sacrílegos!

Si los mismos sacerdotes del paganismo se juzgaban separados de la multitud y en la Antigua Ley, múltiple figura, infinitamente distante de la realidad, que apenas vislumbraba el sacrificio de la Ley Nueva, exigía de los sacerdotes, máxime cuando se acercaban al ara del sacrificio, una singular pureza; evidentísimo es que nosotros, aunque nos esforcemos, somos incapaces para describir la pureza, que aunque fuera suma y angélica, sin embargo no nos hace dignos, sino menos indignos, para que subamos las gradas del altar eucarístico. En este punto, cuanto pensemos, es muy inferior a la realidad, como bien precisamente lo declaran las ardientes palabras del Crisóstomo: "¿Cuánta pureza conviene que tenga el que goza de este sacrificio? cuánto más pura que los rayos del sol conviene que sea aquella mano que corta esta carne y la boca que se llena con este fuego espiritual y la lengua que se tiñe con esta sangre tremenda? Piénsa cuánto honor has alcanzado? y de qué mesa disfrutas? Lo que los ángeles ven sobrecogidos y que por el fulgor que de allí se proyecta sin miedo no se atreven a mirar, con ello nosotros nos alimentamos; con ello nosotros nos mezclamos y nos hacemos de Cristo un mismo cuerpo y una misma carne. Quién hablará de los poderíos del Señor? y hará oír todas sus alabanzas?". (Hom. 82, al. 83, in Matth. cap. 26, v. 26. M. L. 58, 743 sq.).

Pero, como, además, el sacerdote sea otro Cristo, es necesario que su santidad brille con otra virtud que es la más cristiana de todas y por consiguiente la más sacerdotal: la caridad para con el prójimo. Esta es el signo de los discípulos de Cristo y como su divisa: in hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem (Jo. 13, 35). Cómo, pues, conviene que el sacerdote sea como un ángel de paz, para que no encuentre

ningún lugar de miseria, inaccesible; ni ningún dolor que no calme; ni ninguna sombra de tristeza que no disipe, para que pueda con toda propiedad decirse aquella frase evangélica: pauperes evangelizantur! (Math. 11, 5).

Mirad ya diseñada ante nuestros ojos una imagen sublime de la vida sacerdotal! El sacerdote, pues, viva en la tierra como un ángel, superando todas las asechanzas del siglo, de satanás y de la carne; negándose a sí mismo, siga a Cristo; desnudándose del hombre viejo con sus vicios y concupiscencias, vístase con Cristo y transfórmese en El, hecho otro Cristo que "pase haciendo el bién"! Creer que esto pueda obtenerse con las propias fuerzas, es un absurdo pensamiento, como lo enseña la fe: pero la augustísima Hostia, que hemos venido a adorar, nos servirá de certísimo auxilio para que consigamos para nosotros esta santidad. Porque como cada uno de los sacramentos tiene sus particulares efectos, el de la Eucaristía, como eximiamente lo expone Santo Tomás de acuerdo con la tradición, tiene como efecto propio: "la unión del hombre con Cristo: Adunatio hominis ad Christum" (S. Thom. Opusc. XV, De articulis fidei et Sacramentis Eclesiae, Edit. Mandonnet O. P. Parisüs, Lethielleus, 1927, t. III, pág. 15). El cual efecto de la Eucaristía bien lo declaran aquellas palabras de S. Pablo, que manifiestan la unión del cuerpo místico con la cabeza Cristo: Calix benedictionis, cui benedicimus, nonne communicatio sanguinis Christi est? et panis, quem frangimus, nonne participatio corporis Domini est? Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omnes, qui de uno pane participamus (I Cor. 10, 16. 17). Lo mismo había anunciado también el Señor que abiertamente había predicho su unión eucarística con cada uno de los fieles: qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo (Jo. 6, 56). Y, lo que es más aún, nuestra unión con Cristo en la Eucaristía es tan íntima y perfecta, que, como el mismo Cris-

to lo manifiesta con una arcana comparación, confiere una comunicación semejante a la del Padre con el Hijo: Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem; et qui manducat me et ipse vivet propter me (Jo. 6, 57): como el Padre comunica su vida con el Hijo, así el Hijo, en aquellos que reciben la Eucaristía, transfunde su propia vida. La cual divina explicación, como pertenezca a la misma vida de la Santísima Trinidad, es más importante que cualquiera otra que se emplee para exponer la naturaleza de nuestra unión con Cristo en la Eucaristía. Aquello que San Pablo afirmó, que Cristo por su resurrección "in spiritum vivificantem" (I Cor. 15,45) se había de transformar, es decir, que había de convertirse en principio vital de todo el género humano, tiene su principal y máximo lugar en la Eucaristía.

Tenéis ya, dilectísimos hermanos, brevemente conmemoradas aquellas cosas que del divino efecto de la Eucaristía, la teolagía sagrada nos enseña: la Eucaristía es, pues, el sacramento de la unión y de la transformación en Cristo: "Eucharistia enim est coniunctionis, transformationis in Christium sacramentum". Y como cada uno de nosotros ardentísimamente quiere convertirse en otro Cristo, acérquese a esta purísima fuente que mana con la sangre del Cordero inmaculado. Sea el fruto de estos días eucarísticos el que determinemos firmemente vivir perpetuamente con Cristo oculto en la Eucaristía. Nuestro trabajo por la salvación de las almas en tánto será útil, en cuanto proceda de un ánimo verdaderamente sacerdotal; el cual se adquiere, no tanto con libros y con ciencia, como a la luz de su lamparilla en el sagrario, donde el Corazón de Cristo palpita: allí está la escuela del verdadero, del útil, del transformador apostolado; en el pecho y en el Corazón de Jesús, Juan se transformó en el apóstol amado; en el Corazón de Jesús, Tomás incrédulo fortificó la fe!

Del Tabernáculo del Rey Eucarístico, efectivamente, ma-

nan hasta nosotros los dones de todas las gracias necesarias para nuestra salvación y para la de los otros.

Aquí reside el Maestro de los Apóstoles, aquí la luz de los Confesores, aquí la Pureza de las Vírgenes, aquí la Fortaleza de los Mártires!

Aquí reside el Pastor Bueno que dio su alma por Sus ovejas. ¡Cómo, pues, nosotros nos atrevemos a ser mercenarios, cuando ante los ojos aparece el ejemplo de tal Maestro, que es para nosotros espejo de sufrimiento y premio para los pacientes!

Aquí reside Jesús, amador de la castidad, El "que se apacienta entre los lirios" (Cant. 2,16). Por ventura Su presencia eucarística no nos impondrá el amor y el cuidado vigilantísimo de aquella virtud que como veste nupcial, por sobre todos debe ornar a los sacerdotes y a los de la casa del Señor, según la amonestación del Levítico 21,6: "Sancti erunt Deo suo et non polluent nomen Eius: serán santos para su Dios y no mancharán su nombre?"

En el Tabernáculo de la Nueva Ley reside Cristo, Padre de los Pobres y amador de la pobreza. Con qué cara el sacerdote que busca las pompas y las riquezas del mundo puede deleitarse en ellas, después que su Maestro, sobre quien no puede estar el discípulo, llamó bienaventurados a los pobres y El mismo se manifestó como brillantísimo ejemplar de pobreza!

En el Tabernáculo de la Nueva Ley habita aquel buen Maestro, que no perdonando larguísimos caminos, regaba continuamente con su divino sudor las ásperas y remotísimas vías de la Judea y la Galilea, para partir el pan de la doctrina a la hambreada multitud y de tal manera se dio a este ministerio de la palabra, que ni siquiera se concedía el tiempo necesario para la comida y para el descanso; dejándonos así preclaro ejemplo, para que sin ser perezosos, sin intermisión alguna, con vivo y activo cariño, cumplamos esta divina carga enseñando al pueblo y

especialmente a los niños! Quiera Dios que nunca el sacerdote se atreva a descuidar esta tan grave parte de su oficio.

En el Tabernáculo de la Nueva Ley está presente Este que es rico para todos los que Lo invocan (Rom. 10,12), de cuya plenitud también nosotros hemos recibido y aun recibiremos, "gratiam pro gratia" (Jo. 1.16) siempre que con recto consejo y con corazón bueno y óptimo nos acerquemos a Su trono eucarístico. ¿Cómo Aquél que es rico para con todos, no será riquísimo para con Sus sacerdotes: dando fortaleza a los que luchan, auxilio a los que peligran, consuelo a los afligidos, luz a los que yerran, misericordia a los penitentes y victoria a los que perseveran?

En el Corazón del Rey Eucarístico están escondidos todos los tesoros de sabiduría y de ciencia (Col. 2,3), no, en verdad, de aquella vana e inútil ciencia que infla, que busca las cosas suyas y no las que son de Jesucristo. Sino, más bien, de aquella ciencia que edifica y que es la única que puede ser brillo de la vida sacerdotal y unción sobrenatural del oficio pastoral; oigamos a San Bernardo: "Hay algunos que quieren saber con el mero fin de saber por saber —y ésto es torpe curiosidad; y hay algunos que quieren saber, para hacerse conocer ellos mismos —y es torpe vanidad;... y hay también otros que quieren saber para vender su ciencia... —y ello es torpe lucro; pero hay otros que quieren saber para edificar —esto es caridad" (In Cant. XXXVI, n. 3, M. L. 183, 968). El Corazón del Rey Eucarístico es "horno ardiente de caridad", cuya llama, en nuestros ánimos tibios y dados a las delicias de la vida humana, prende aquel fuego verdaderamente sacerdotal que vino a prender en la tierra y que no quiere sino que arda. Ayudándonos su gracia, subamos a la cima de aquella caridad de la cual hermosísimamente escribió San Alberto Magno: "la caridad principiante abomina el mal por amor al amado; la proficiente, obra el bien por amor al

amado; pero la caridad perfecta, nada quiere fuera del amado" (In. Ev. Joa. cap. XV, ad verba "majorem hac dilectionem nemo habet" edit. Opera Omnia S. Alb. M., Lugduni, a 1651, pág. 268). Ved, hermanos carísimos, la vía verdaderamente regia y sacerdotal! "Venid, subamos al monte del Señor..., y nos enseñará sus caminos" (Isai. 2,3). En este monte "es bueno que nos quedemos". En él hagamos nuestras moradas, nuestros tabernáculos (Matth. 17,4). Junto al tabernáculo del "Cordero que fue sacrificado" y que es digno de "recibir la virtud y la divinidad y la sabiduría y la fortaleza y el honor y la gloria y la bendición" (Apoc. 5,12).

Si, pues, hermanos dilectísimos, la gracia de la vida verdaderamente sacerdotal y de la íntima unión con Cristo, que nos es tan indispensable, la anhelamos poseer, "no nos queda —para hablar con las palabras de San Buenaventura— más medio que acercarnos a aquélla que es llena de gracia y que por lo mismo con razón se llama trono de la gracia" (S. Bon. Opera, ed. Quaracchi, tom. IX, 713, sermo 3 de nativ. B. M. V.). "Vamos, pues, con confianza al trono de la gracia para que obtengamos la misericordia y hallemos la gracia en el auxilio oportuno" (Hebr. 4,16). Las entrañas de misericordia y la omnipotencia suplicante de Aquélla que fue el primer tabernáculo de Dios con los hombres, la Madre del Eterno Sacerdote Cristo Jesús y que en el Gólgota íntimamente participó del sangriento sacrificio y que fue hecha juntamente Reina de los Mártires y de los Sacerdotes, para quien más gustosa y provechosamente estarán que para los ministros de las cosas sagradas que piden las gracias de la vida sacerdotal? Si queremos, pues, hacernos dignos tabernáculos del Rey Eucarístico, acudamos con confianza a la que según San Buenaventura es "purgatrix, illuminatrix et perfectrix" (l c. 636, sermo I de Purif. B. M. V.) y a Ella, tomando las palabras del Seráfico Doctor San Buenaventura, hablémosle

así: "Oh bendita halladora de la gracia, engendradora de la vida y madre de la salud! por tí hallemos el acceso a tu hijo para que por tí nos reciba el que por tí nos fue dado. Excuse ante El tu integridad la culpa de nuestra corrupción y tu humildad, grata a Dios, oh beatísima, alcance el perdón a nuestra vanidad. Oh bendita! por la gracia que hallaste, por la prerrogativa que mereciste, por la misericordia que engendraste, ház que el que por tí se dignó hacerse partícipe de nuestra debilidad y miseria, por tu intercesión nos haga participantes de su gloria y de su bienaventuranza" (l. c. tom. VIII, 38. Soliloquium cap. I par. 3. n. 28).

La gracía de Nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén. (Apoc. 22,21).

LA PRENSA Y EL APOSTOLADO

En el año de 1936 tuvo lugar en Roma el XXXVI Congreso Mundial de la Prensa católica. Su Eminencia el Cardenal Pacelli quiso estar presente con su sabia palabra de aliento y alabanza. El 17 de abril, en el Angélico, pronunció el siguiente discurso:

I

En estos momentos en que una amable invitación y los sentimientos afectuosos de un corazón que recuerda la fe y el fervor del pueblo francés delante de la gruta de Massabielle, me obligan a dirigir mi pobre palabra a los representantes y a los amigos de la prensa católica de Francia y en particular a los miembros del Congreso de la Buena Prensa, no dudo que encontraré en vuestros espíritus una íntima correspondencia, si mi primer saludo se dirige al genio sublime de sabiduría de santidad que da este magnífico edificio su sello y su consagración.

En esta **Aula Magna** del Instituto Pontificio Internacional Angélico, a la luz de la antorcha resplandeciente del gran Patriarca de Calaruega, el vuelo del Aguila de Aquino, atrae la mirada del espíritu, hace palpitar el corazón de los jóvenes levitas y elevándonos a la atmósfera de una sabiduría que escruta con ojo seguro las profundidades de la naturaleza y las alturas de los divinos misterios, les indica el sendero por donde, con el auxilio de la Filosofía, se ven abrirse nuevos campos que no merecen el reproche de Dante: **Si che laggiú non dormendo si sogna, credendo e non credendo dicer vero,** allá se sueña con los ojos abiertos, creyendo y no creyendo decir la verdad (Par., XXIX, 82-83). Y contemplando lo creado con la escala misma de la creación, se eleva el alma con un pensamiento que es oración e incienso de sacrificio hasta el trono del padre de las luces, muy alto fin y fuente muy profunda de todo conocimiento. En esta Aula de sabiduría y de piedad, se han dado cita Roma y París y cerca del sucesor de Pedro se unen bajo de esa luz y de ese amor intelectual que hi-

cieron de Tomás de Aquino la gloria común de las cátedras de París y de Roma. Dejadme pues reconocer en las luchas filosóficas y religiosas libradas en París por el doctor Angélico vuestras propias luchas de hoy, y comparar a la pluma vigilante y prudente de Tomás nuestra propia pluma, porque vosotros combatís por la misma verdad, por la misma fe, por el mismo soberano Pastor de la Iglesia, y por la salud y defensa del pueblo que amenazan las asechanzas de la falsa ciencia y la arrogancia de la incredulidad.

Las luchas de la pluma nacen de las del espíritu. En el campo cercado y silencioso del espíritu se enfrentan el bien y el mal, la verdad y el error, la virtud y las pasiones, Dios y Satanás. Palabras, luchas, victorias del uno o del otro dan por resultado como en el Edén la vida o la muerte. Estas luchas íntimas del alma, estos silencios decisivos del espíritu que hacen correr más sangre que todos los cañones, vosotros sacerdotes de la pluma y de la fe los conocéis y los sentís. Los habéis sentido y conocido en medio del pueblo y habéis oído su eco en las palabras de odio contra Dios y la Iglesia, en las palabras de amenaza contra la sociedad y la patria, contra los templos y las cruces en que rematan. Vuestro corazón ha temblado ante la miseria, las ilusiones y los peligros de un pueblo engañado por una ciencia que renegando de Dios, salvador de los hombres, excluye de la sociedad y de la vida pública la cruz del Gólgota y hace de las más íntimas, de las más incoercibles tendencias religiosas del espíritu un asunto puramente privado para laicizar las escuelas, los tribunales, las cámaras legislativas, la autoridad del estado, que le viene de Dios.

En medio de esta civilización sin Dios que hace de la pluma su instrumento cotidiano para infundir el veneno antireligioso en el alma del pueblo, vosotros, atletas de la pluma de la fe y de la moral cristiana, vosotros, portaes-

tandartes y jefes de la prensa católica de Francia, grandes benefactores, fieles protectores y amigos, veteranos experimentados y jóvenes soldados, vosotros todos a quienes tengo el gusto de saludar en esta noche, no necesitáis después de tantas luchas, después de tantos años de trabajo continuo templar de nuevo vuestro ánimo y renovar vuestro esfuerzo en la fuente de los altos pensamientos de Roma, y cerca de la tumba y de la cátedra de Pedro elevar vuestras miradas más allá de las estrellas, hasta el sér supremo que creó y gobierna todas las cosas, que ilumina y dirige a los que por El combaten, que les infunde valor en la lucha y fe en la victoria sobre este mundo que El ya venció? No tiene acaso necesidad de consuelo espiritual el intrépido y generoso escritor tan estrechamente ligado a las "rotativas" de la fugitiva hoja cotidiana y encadenado al carro impetuoso de los acontecimientos del día y de la hora, que sin tregua se suceden, se precipitan en sus aspectos siempre variables y a veces contradictorios de tal suerte que a menudo ocultan a nuestros ojos las leyes misteriosas de su fuga vertiginosa hacia el torbellino de los tiempos?

Tal necesidad no es considerada por el Congreso de la prensa católica en Roma como una debilidad que revela una falta de vida o de energía sino como un esfuerzo que trae consigo gran aumento de vigor y fortaleza como el alimento acrece y fortifica el vigor del cuerpo. En efecto, no solamente se encuentra aquí en Roma la Piedra sobre la cual Cristo edificó su iglesia sino que esta Piedra es también la sal de la tierra, sal de incorruptibilidad como la sabiduría, sal cuyo sabor hace a las ovejas de Cristo, cualquiera sea el campo de donde procedan, más ávidas de alimento espiritual, más fuertes contra los lobos, más estrechamente unidas al rededor del Pastor único, que las precede y las conduce a los prados saludables de la verdad y de la fe, de la justicia y de la caridad. En esta unión

más íntima con el vicario de Cristo vuestros corazones palpitan con más fuerza, las resoluciones tomadas en el pasado se confirman, vuestras aspiraciones presentes ven con más claridad el fin hacia el cual tienden; vuestra confianza en el porvenir consciente de las victorias pasadas y de las fuerzas presentes, encuentran un punto de apoyo más firme para tomar impulso hacia nuevos triunfos en más grandes batallas.

Acordáos de las pasadas glorias de vuestra prensa católica. Hubo un "Monje", enemigo del infierno, como el sol es enemigo de las tinieblas, un hombre que ya no existe pero que al desaparecer, como el sol, dejó la tierra sembrada de flores, y fecundada por su calor vivificante: este "Monje" es el Padre Bailly, de corazón ardiente como el de Pablo de Tarso y me parece verlo en medio de vosotros. En las columnas de los diarios, en las páginas de las revistas fundadas por él, pasa, se agita y se estremece aún su espíritu, espíritu de héroe que inspira a ese cruzado de la pluma, y le tiene inmóvil a su mesa de trabajo guiando otras plumas y listo al mismo tiempo a obedecer cualquier señal venida de más alto a quebrar su pluma y a tomar en distinta cruzada el báculo del peregrino para emprender un largo viaje a un país desconocido.

El Padre Bailly había comprendido el poder de la prensa cotidiana, el poder de un diario que semejante al rumor público de que habla Virgilio (En., IV, 173 sq.), se extiende por las grandes ciudades con rapidez inconcebible y encuentra su vida en el movimiento y cobra fuerzas a medida que avanza, **movilitate viget viresque adquirit eundo:** primero pequeña y temerosa, se yergue en seguida y mientras apoya el pie en el suelo esconde su cabeza entre las nubes; el Padre Bailly había comprendido el poder de un diario que hijo de la tierra y del espíritu del mal se levanta contra Dios hipócrita o violento, profano o indiferente como un horrible monstruo de proporciones gigantescas,

mostrum horrendum ingens, con cien ojos, cien lenguas, cien bocas, de rápida carrera, de vertiginoso vuelo entre el cielo y la tierra, monstruo que observa, espía, trastorna de día y de noche ciudades y campiñas pronto a presentarse como mentiroso y descarado malhechor o como mensajero de la verdad. A tales diarios, a tal prensa incrédula y enemiga de la religión de Cristo, el "Monje" opuso la cruz del Gólgota con el Redentor Crucificado, e hizo de ella el emblema y el programa de su diario. Este símbolo divino pareció a los tímidos audacia, a los sencillos profanación, a los impíos desafío, mas, lo mismo que la inscripción de Pilato sobre la cruz del Nazareno, este emblema no debía ser cambiado, ni lo habréis cambiado vosotros, los herederos del espíritu y de las batallas del "Monje", y este signo es vuestra gloria, como es vuestra vida y vuestro triunfo.

Deberé recordar las vicisitudes de la "buena prensa", a vosotros que después de haber visto y vivido su historia y su progreso sois hoy sus esforzados campeones y desarrolláis su vida y su fuerza? Qué podría yo deciros que no conociérais? De qué materia podría hablaros en que vosotros no séais consumados maestros? Os hablaré del apostolado de la verdad, del estandarte de la fe, de la educación católica ampliamente difundida entre el pueblo, de las diversas publicaciones adaptadas al espíritu y a la capacidad de los lectores de toda edad y condición, de las hojas que por millares se reparten por todas las regiones de Francia y penetran a las ciudades y aldeas, a los castillos y a las cabañas para recordar entre el tumulto de las máquinas, de los bancos y de las calles, que no sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios? He aquí el gigantesco resultado de la obra de la buena prensa. No callaré estos comienzos, las dificultades encontradas entonces, las previsiones de los profetas de la desgracia, las penosas ascensiones hacia la prosperidad de la

hora presente en el curso de los largos y difíciles años llenos de vicisitudes y sacrificios, ni la abnegación de los que son sus campeones, apoyo del episcopado y del clero, eficacia y fuerza combativa del pensamiento cristiano en un mundo con frecuencia amenazante y hostil, y los incontestables méritos adquiridos con respecto a la vida católica de Francia: son las rosas y las espinas en la corona de los héroes de la buena prensa y de los Apóstoles de la plaza católica, vengadora del escándalo y de la locura de la Cruz (I Cor., I, 23). No es la cruz que encabeza vuestros diarios, símbolo de las aspiraciones apostólicas de vuestro trabajo? Y este trabajo no os hace sentir cada día y a cada hora el peso de la cruz? Si vuestra pluma es una cruz, el Cristo que la acompaña hace de ella un yugo suave y una carga ligera, porque en el corazón abierto de Cristo hay fortaleza para vuestro trabajo y alivio para vuestra carga. Si el celo apostólico por la salvación de las almas y por el bien de vuestro pueblo no hubiera sido la fuerza íntima que animaba vuestra obra; si esta llama purísima de voluntad apostólica no hubiera separado interiormente y purificado vuestro corazón de toda esperanza, de todo cálculo, de toda preocupación terrestre; el peso de vuestras fatigas y de la duración de vuestras luchas, la frecuente y dolorosa desproporción entre el trabajo y la recolección de los frutos, entre el sacrificio y la recompensa exterior, entre vuestra abnegación ilimitada y el eco bien débil que a menudo responde a vuestra voz aun cuando se trataba de los que compartían vuestra fe, todo esto no habrá después de tanto tiempo disminuído y aun en vosotros ese santo esfuerzo, esa aplicación infatigable, esa rectitud absoluta que con el sello de los elegidos de la cruz, sobre todo en la lucha cotidiana cuando se combate en el campo abierto donde abundan las victorias y las derrotas, las alegrías y los dolores, los combates y las emboscadas, las glorias y las amarguras.

II

Si los defensores y los campeones de la cruz que tienen la pluma como lábaro de sus batallas merecen el nombre de apóstoles de la fe y de la verdad, no es de admirar que se considere al periodista católico como un buen soldado de Cristo, **Bonus miles Christi**, porque combate con ardor y reproduce en sí mismo los rasgos del apóstol San Pablo, del que se ha dicho que si volviese a la tierra, se haría periodista. Periodista, polemista poderoso fue él, Pablo de Tarso, como fue un valiente soldado. Sus cartas "severas y fuertes", graves et fortes (II Cor., 10, 10), si se considera el contenido, asuntos tratados, disputas con los adversarios, solución de dudas, directivas religiosas y sociales, noticias concernientes a las luchas contra los paganos, a las persecuciones, a los peligros, a los sucesos felices o desgraciados acaecidos a los discípulos del Evangelio, estas cartas escritas a las comunidades cristianas no son acaso los diarios de Pablo que lo mismo que los vuéstros son cartas públicas o abiertas dirigidas al pueblo francés?

Combatiendo con la pluma el Apóstol y el Doctor de los gentiles que debía la verdad a los griegos y a los Bárbaros, a los sabios y a los insensatos, ha descrito también las cualidades del buen soldado de Cristo, del cruzado de la pluma cuando nos invita a tomar la armadura de Dios. Ceñidos con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia y llevando sandalias en los pies, prontos a anuncial el Evangelio de paz, llevando al brazo el escudo de la fe, y llevando por casco la esperanza de la eterna salud, armados con la espeda del espíritu, que es la palabra de Dios (Eph., 6, 13, 17; I Thess., 5, 8). Es una armadura bajada del cielo, que para el escritor católico consiste en la pureza e integridad del sentimiento de su vocación, en la conciencia de sus responsabilidades y de sus sagrados deberes, en una adhesión inquebrantable a la verdad, en el

ardor de una caridad avanza aun a los que están en el error, aun a los enemigos.

Animado de un vivo sentimiento su vocación veréis siempre al escritor católico tal como San Pablo aconsejaba a su discípulo Timoteo, esforzándose por mostrarse digno de la aprobación de Dios, como un obrero que no tiene ningún motivo de vergüenza y confusión, que antes de empezar la jornada implora la ayuda divina para tratar como conviene la palabra de la verdad y preservar su pluma y su alma de los peligros que se encuentran en el continuo contacto con un siglo ávido de una moral pagana, pronto a encontrar sofismas para defenderla y más preocupado de ahogar los remordimientos de su conciencia, que de vencer sus pasiones (II Tim., 2, 15).

Veréis al escritor católico consciente de su responsabilidad y de los sagrados deberes que le incumben ante el público, porque sabe que su pluma es una arma terrible que podría dar muerte en vez de proteger, que podría pasar los límites de la legítima defensa y herir al inocente, **ensanchar** las heridas en vez de curarlas.

Le veréis inquebrantablemente unido a la verdad, porque sabe que el escritor católico, apóstol de la pluma, enseña la verdad, que es eterna, porque, soldado de Cristo, no teme caer luchando por la verdad, aureolado por los resplandores de la Cruz, estandarte de la Sabiduría crucifida. Las páginas que escribe, pueden ser el altar en que ha de consumarse el sacrificio; y sacerdote del pensamiento, mojará en su propia sangre su pluma que es la de la verdad y de la fe ya que de una vez por todas les fue irrevocablemente consagrado.

Será él quien la ponga al servicio de la mentira y del error bajo cualquier velo que se escondan? Se dejarán influir por el favor público o por la moda que cambia en un día? Adoptará como regla de sus juicios los principios arbitrarios del orgullo humano; las inclinaciones de la car-

ne y de los sentidos, la moral fría y egoísta del utilitarismo, ya se trate de los individuos o de la colectividad? Oh, no, señores; discípulo de la cruz y del crucificado y consciente del carácter de su vocación exclamará con Jesucristo: **"Qui me misit, verax est: et ego quae audivi ab eo, haec loquor in mundo"**. Aquel que me envió dice la verdad y lo que yo oí es lo que digo al mundo (Jo., 8, 26). Siempre firme permanece el fundamento establecido sobre Dios; inmóvil queda como una cima de los Alpes contra la cual choca el soplo de los vientos: y la ley santa de Dios grabada en la naturaleza y en la conciencia, escrita por el dedo divino con los caracteres indelebles sobre las tablas de la revelación, queda sola como un faro luminoso en medio de las tempestades que levantan las olas del océano humano.

Quien cierra los ojos a esta luz de la verdad natural anda a tientas en la oscuridad; y si se hace guía de otros, para él y para los otros se realiza la terrible palabra del Señor: "Caecus, si caeco ductum praestet, ambo in foveam cadunt". **Si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el foso,** (Mat., 15, 14). En dónde encontraremos una confirmación más impresionante si estas palabras en la prensa moderna y en la impresión pública por ella hecha cada vez que olvidando o menospreciando las leyes eternas se desarrolla, se mezcla en los errores de la aparente autonomía de la razón humana? No veis todos los días la ceguedad de la prensa que no distingue la verdad del error, la justicia de la injusticia, el bien del mal, a Dios del hombre; que predica teorías sociales subversivas e incendiarias; que excita a la revuelta contra la legítima autoridad del estado; que no respeta la palabra dada; que parece desconocer el sentido profundo de la fidelidad de los pactos concluídos solemnemente según Dios, fundamento indispensable de la confianza y de la paz entre los individuos y entre las naciones, mereciendo así la severa conde-

nación del Crisóstomo: "**Magnum quidem malum caecitas est: sed esse caecum, nec habere ducem, et se ducem praebere, id duplex triplexque crimen est.** Grande desgracia es ser ciego; no dejarse conducir siendo ciego, y querer conducir a los demás, es doble y triple crimen. (P. G., LVIII, col. 514-515). No sabemos que la justicia eleva las naciones y que el pecado hace miserables a los pueblos? (Prov., 14, 34). Hay, pues, algo que se deba desear más vivamente que la verdad y la justicia?

Pero la verdad y la justicia deben necesariamente estar acompañadas de la caridad, reina de las virtudes, en el alma de todo cristiano. Bien sabéis vosotros que hay verdades que hieren y que hacen llorar; que hay una justicia rígida e inmisericorde como un matorral de espinas. Mas la caridad es el bálsamo que cura las heridas y hace cesar las lágrimas. El apóstol de la verdad, el servidor de la justicia evita cuidadosamente los discursos profanos y vanos: es suave con todos y está dispuesto siempre a instruir con modestia a los que se resisten a la verdad con la esperanza de que Dios les conceda la gracia de conocerla (II Tim., 2, 23, 25).

Oh sí. Yo amo al escritor católico que suaviza lo que podría tener de hiriente su pluma con la miel de la caridad y del amor, que aun en el calor de la lucha y la defensa, bajo el fuego de las incomprensiones y calumnias, cuando se convierte en irrisión, cuando se ultraja a las cosas más santas, cuando se le persigue, cuando se cometen injusticias contra él, no olvida distinguir entre el error y los que se equivocan! El que pertenece a la milicia de Cristo desprecia las armas ruines y envenenadas del mundo; y procura con tanto mayor cuidado vestirse la armadura de Dios, esto es, la caridad que hace brillar el sol sobre justos y pecadores, cuanto mayores son las ruinas que ve amontonadas en torno suyo por el espíritu del odio y enemistad entre hermanos.

III

Al hablaros así, apóstoles de la pluma católica en Francia, no tengo la menor intención de haceros una reconvención, sino por el contrario, de alabaros o si queréis de reavivar los recuerdos y las disposiciones íntimas que están en el fondo de vuestros corazones y que os han determinado a convocar este año vuestro Congreso en Roma, al pie de la roca del Vaticano. Como Carlomagno, habéis venido a templar vuestras armas cerca del sepulcro de San Pedro, y a consagrarle de nuevo vuestra espada; como Luis Veuillot, el formidable escritor que aprendió en la escuela de los grandes maestros del pasado, el arte admirable y tan personal con que manejaba su pluma infatigable en defensa de la verdad y de la justicia, habéis venido desde las riberas olorosas del Sena a respirar los perfumes de Roma, perfumes que no sólo tienen la maravillosa virtud de neutralizar las emanaciones malsanas de las cosas del mundo, sino que esparcen un olor que reanima, confirma, fortifica, exalta y estimula a las almas generosas impulsándolas a nuevas empresas y a nuevas victorias, porque son perfumes exhalados no de jardines terrestres sino del Edén celestial.

Vuestro Congreso dentro de los muros de la Ciudad eterna, cerca del cielo de mármol y de bronce que domina la tumba de Pedro, es para el mundo la expresión elocuente de una noble profesión de fe y de amor, de esperanza y de acción.

Vosotros estáis diciendo al mundo que vuestra fe es la fe inquebrantable apostólica de Roma, la fe inquebrantable de Clodoveo, de San Luis y de Santa Juana de Arco, esa fe que ha hecho de Roma la madre de la civilización occidental y vuestra nación puede enorgullecerse de ser su hija agradecida, sin que esto disminuya en nada el glorio-

so nombre que le han alcanzado los frutos magníficos brotados de la semilla recibida de Roma.

Mostráis al mundo vuestro amor a Roma, centro de la gran familia cristiana, amor que ya en otro tiempo agrupó fraternalmente los pueblos de Europa alrededor de la Iglesia y bajo su manto maternal. Al enfriarse este amor hacia una Madre tan amante da lugar a la discordia y a la desunión entre los hijos y produce una división que, al convertirse en rencor y en odio, venenos mortales de toda concordia y de toda paz, es fuente de desgracias inauditas y de trágica decadencia. Mas vuestro amor hacia Roma no atestigua solamente vuestra unión a la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, sino a su jefe supremo, vicario de Jesucristo y Padre común de todos los pueblos confiados a sus cuidados y a su afecto, Padre que no tiene más que palabras de concordia y ansias vehementes de que sea lema de todos la paz de Cristo en el reino de Cristo.

Esta fe y este amor manifestados a Roma por vuestro Congreso están sostenidos por una esperanza que es para vosotros la prenda de la victoria que triunfa sobre el mundo. Si esta esperanza no fortaleciese vuestra alma ni guiase vuestra mano, dejaríais vuestra pluma sin ánimo para volver a la dura labor cotidiana y a la lucha por la verdad y el bien. En la esperanza que os acompaña en este viaje afirmáis también vuestra voluntad para perseverar en la acción y en la obra que realizáis. Es una obra, una acción, que partiendo del fundamento sólido de la virtud interior, de la perfección y de la santificación personal, va a secundar las grandes obras y las empresas de la Iglesia católica en el mundo. Ella os une íntimamente al ejército pacífico de la acción católica, guiado y organizado por el Papa, dirigido por los obispos y los sacerdotes con el fin de constituir un instrumento activo y poderoso para la extensión, la restauración, la renovación del reinado de Cristo en la vida privada y pública contemporánea. Y en este

ejército, no constituye la prensa católica una verdadera vanguardia con sus armas y estandartes? Quién mejor que el Sumo Pontífice, promotor y animador supremo de la acción católica, conoce, estima y aprecia la importancia capital y la fuerza del apostolado ejercido por el escritor católico? No ha dado él como celestial patrono a los periodistas católicos uno de los príncipes de las letras francesas, uno de los grandes maestros de vuestro idioma, uno de los mejores conocedores de las almas y de los más grandes educadores del pueblo? Una prueba patente de la alta idea que él se ha formado del poder de la pluma la encontraréis en el interior del Vaticano, en cuyo patio de la Pigna, obra grandiosa de Bramante, se prepara a mostrar al mundo los frutos de la prensa católica de todas las naciones.

IV

Pero en qué forma responde Roma a vuestra profesión de fe, de amor, de esperanza y de acción apostólica? Ella os responde con una muy grande solicitud por aumentar estas virtudes e inflamar con nuevo ardor vuestras resoluciones. Ella pone bajo vuestros ojos la vanidad de las grandezas humanas simbolizadas en las ruinas de los soberbios monumentos imperiales, orgullo del pasado; ella exalta vuestra fe en el anfiteatro de los mártires y en las bóvedas de las catacumbas; ella abruma vuestros corazones con la majestad de sus altares y basílicas, testigos de la victoria de Pedro, cuyo sepulcro hacia el cual encaminan sus pasos los peregrinos y ante el cual se postran todos los fieles, es el fundamento de la unidad del rebaño de Cristo. Ella os responde elevando vuestra fe hasta la atmósfera de tranquilidad de espíritu que da valor y entusiasmo para emprender y afrontar las más rudas batallas. Ella os responderá mañana, cuando la mano del sucesor de Pedro se alce para bendeciros, hijos de Francia, y reci-

báis para vuestra actividad y vuestras empresas algo de esa calma interior imperturbable que, en medio de las persecuciones y de las angustias, inunda el corazón del vicario de Cristo; cuando oigáis su voz de maestro y de padre que os alabe y conforte, os anime y estimule a nuevos trabajos y nuevos triunfos sobre el error y la incredulidad, sobre los odios y discordias, sobre los lamentables conflictos internos y externos, espirituales y morales de nuestro tiempo.

Roma que os ha acogido con alegría y os saluda con fraternal cordialidad, os acompaña con sus ardientes votos porque sobre la arena en que luchan los soldados de la pluma y de la acción católica, se consolide y refuerce la unión. Vuestra estada en Roma, coronada por la bendición del Santo Padre que os acompaña con el pensamiento, esta visión de Roma que en un estremecimiento de unión de las almas junta el pasado con el presente, la bandera de la Patria con el estandarte del Vaticano, este Santuario de la ciencia y de la sabiduría cristiana en donde tan claros se dejan oír los oráculos angélicos con los que el gran doctor de Aquino iluminaba los cultivados espíritus del docto París, ávido de oírlo, todo esto será para vosotros un dulce recuerdo que aligerará vuestras penas, y cuando al alejaros saludéis desde lejos la cúpula de Miguel Angel que parece tocar el cielo, vuestro corazón unirá en un mismo pensamiento el Sena y el Tíber, la Tiara de Pedro y la flor de lis del escudo del rey santo y vuestra alma se alegrará en Dios salvador, crucificado por la salud del mundo, que en su postrera oración rogaba porque fuésemos uno como son uno El y su padre. **Ut sint unum, sicut et nos unum sumus** (Io., 17, 22).

LA CORONACION SOLEMNE DE LA IMAGEN DE LA SANTISIMA VIRGEN

El 22 de julio de 1938, en el Ara Coeli de Roma, para clausurar el Triduo Mariano, y con motivo de la Coronación de la Imagen de la Santísima Virgen, el Eminentísimo Cardenal Pacelli pronunció el siguiente discurso:

Una tumultuosa multitud de sentimientos y recuerdos, amados hermanos, invade mi alma en el momento de posar mi planta sobre esta colina del Capitolio. La nueva y solemne coronación de la imagen de la Bienaventurada Virgen María, paladión de Roma aquí venerado, me trae a la memoria otro célebre monte, el Líbano, que en el sublime lenguaje de la Esposa de Cristo aparece como el símbolo de nuestras luchas y de nuestras victorias, como también de las victorias y de las luchas de la Madre de Dios. Sobre esta triunfal colina romana convenía que María ciñese una nueva diadema que viene a sumarse a centenares y miles de coronas dedicadas a su gloria, homenaje de los valles y de las montañas, de las llanuras y de las ciudades, de los países y de los reinos.

Pero desde la cima de esta colina, hermanos míos, mientras mi mirada se eleva hasta el esplendor de la gloria de María, mi pensamiento se abisma en la consideración de la vanidad de la gloria humana en presencia de los misterios del Designio divino. Durante el triunfal ascenso a estas alturas me parecía oír la marcha de los altivos y esforzados Quirites, los gritos de las legiones, el ruido del carro y de los caballos del César, que, encadenados y vencidos, arrastraba a los reyes y jefes enemigos. Creía ver sus rostros altaneros mezclados con los de los Bárbaros venidos del otro lado de los Alpes. Miré a mi alrededor: mis ojos no hallaron ni el templo de Júpiter ni el altar de Marte; la Curia estaba muda, mudos los foros imperiales, ni había Césares en el Palatino. La figura de este mundo pasa y se desvanece! Esta colina, símbolo del poderío romano y prenda de su grandeza, era en otro tiempo el centro religioso del paganismo; un culto multiforme se ren-

día allí a los ídolos y falsos dioses. Hoy, levantemos los ojos hacia el cielo y tendamos luégo la mirada sobre el universo: contemplamos la cruz, inconmovible en medio de las revoluciones del mundo, mientras las falsas divinidades se hunden en el olvido.

Para la exaltación y grandeza de Cristo y de la Virgen su Madre había designado el eterno consejo de Dios esta empinada roca; la ha hecho testigo de una nueva Roma y de un nuevo imperio, espiritual, universal, cuyas fronteras habían de ir más allá del Danubio y del Eufrates, más allá de las borrascas del Mare Nostrum y del Atlántico. Sobre el Capitolio triunfa ahora María: Ella es la salvaguardia de Roma y de la fe que posee, en el Vaticano, su oráculo infalible y su Pontífice Supremo. Delante de este altar, fuente de esperanza, refugio en todos los peligros y en todas las desgracias, la fe en Cristo, vencedor de la muerte y de los siglos, y no la fe en Júpiter, sepultado para siempre en el cenotafio de un himno, prosterna al senado y pueblo romanos, de generación en generación, hasta nuestros días; depositan sus presentes, ex-votos y coronas en reconocimiento de la maternal bondad y de la protección generosa de la Reina del cielo. Su altar y su imagen son en verdad el "ara coeli, un altar del cielo". Cantar hoy sus alabanzas y reparar los ultrajes de los impíos, es unir y armonizar nuestro himno con las voces de nuestros antepasados; es responder a la piedad agradecida del pueblo romano y de sus gobernantes; es afirmar nuestra protesta por la injuria hecha a la celeste Patrona de Roma, y poner nuestra gloria en el honor de esta nueva diadema.

Que mi pobre palabra rinda, pues, un triple homenaje a María, que desde el Líbano viene victoriosa para ceñir la corona triunfal de Esposa del Espíritu Santo: llamamiento al amor, llamamiento a la gratitud, llamamiento a la reparación; y que mi corazón, intérprete de vuestros ardientes sentimientos de piedad, y deseoso de abrasarlos

en fervor, palpite al unísono del vuéstro, con un mismo sentimiento romano de reconocimiento y de alabanza a Dios, al finalizar estos gloriosos y triunfales días consagrados por la devoción del pueblo de Roma a su celestial Protectora.

I

María triunfa en el cielo coronada como Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de todos los santos, adornada su frente con la diadema de Esposa del Espíritu Santo por la mano del Padre Celestial y del Hijo de Dios, que es también hijo suyo. Princesa del paraíso, Madre del Rey de los siglos, el cielo se entreabre, según una piadosa leyenda de la edad media, para permitirle descender sobre esta colina: su vista habría sido concedida a Augusto, fundador de la soberanía de los Césares, que había preparado la profecía de la Sibila Tiburtina. Dulce leyenda, sueño de la poesía y de la piedad del pueblo romano; el sueño de esta colina que, desde las orillas del Tíber, levanta su cresta hasta el cielo en busca de pureza y deseando que la sonrisa de María venga, con el perfume y la nívea blancura de sus lirios, a derribar en el Capitolio el humeante altar de Juno Moneta.

Esta colina tiene una voz más santa y elevada: la voz que sube hasta el cielo y es allí escuchada porque el amor que desde allí desciende le da aliento para realizar tal vuelo; el amor que invita a María a sentarse sobre el Capitolio como Reina y Madre de Misericordia y a cambiar el monte consagrado al culto de los dioses impotentes para dar la salvación, en un santuario inmaculado de bendición, de salud y de milagros.

El amor triunfa de todo: María cede al amor. El amor de Roma por la Madre del Salvador del mundo es tan antiguo como la luz del cristianismo en esta ciudad. María se ilumina con el brillo de la divinidad de Cristo; con El

entra a Roma; a su lado está suplicante y medianera, como en las bodas de Caná de Galilea; con El penetra en las Catacumbas, y aparece sobre los nichos y sepulcros; de allí sale con El para triunfar sobre los arcos dorados de las basílicas y sobre esta colina del Capitolio, para constituírse aquí en guardiana de la ciudad y recibir los homenajes de los monjes griegos, de los discípulos del gran Patriarca de Monte Casino, de la ilustre familia del Pobrecito de Asís, y con ellos, del Senado y del pueblo de Roma.

Contemplad, romanos, esta imagen de María, de vuestra abogada. No preguntéis ni indaguéis qué mano la ha pintado: **ha sido el amor,** la piedad, la fe, el deseo de copiar el rostro de la Madre de Dios, que talvez en el brillo del oriente entrevió un artista que tuvo "el genio del arte y una mano trémula". Pero si la mano ha trepidado, no así el espíritu cuyo atrevimiento excede a su poder; o si hubo temblor en la mano o en los labios, fue el temblor un fuego nacido de la llama de la emoción del corazón. Ignorante de toda medida y de todo obstáculo, el amor multiplica el arte, descubre en la naturaleza mil rasgos, mil imágenes para esbozar, pintar, esculpir a la que es bienaventurada entre todas las generaciones, a quien El no ve pero entrañablemente ama, y cuya belleza se expresa de cien maneras en las sublimes visiones y concepciones del genio.

María, en esta piadosa rivalidad del arte humano, sonríe de mil y mil modos al amor del pueblo cristiano que bien sabe que la materia es rebelde para obedecer a las aspiraciones del arte. Madre de amor, Ella cede ante el amor de su pueblo devoto, vencida por este amor porque lo quiere, porque experimenta igual goce y satisfacción en las humildes capillas y altares perdidos en apartados valles o dominando sobre montañas salvajes en las rocas de los Alpes, que en las cátedras de mármol y en los templos dorados de los pueblos y aldeas. Su bondad no se des-

deña de aparecerse en los lugares desiertos y en las grutas solitarias, a orillas de las aguas o a la vera de los caminos, y de derramar milagros y gracias de su amor, para la curación de los enfermos, la conversión de los pecadores, el consuelo de los afligidos, el auxilio de los cristianos; Ella no escucha solamente la petición de quien la invoca, sino que se anticipa: tan grandes son la misericordia, la piedad, la magnificencia acumuladas en su corazón!

No, el pueblo romano no se ha engañado al colocar toda su confianza en María, y al hacer de la imagen venerada en el Capitolio el muro de defensa de esta ciudad santificada por el cristianismo. Que, sobre las riberas del Tíber, las tumbas de los príncipes de los Apóstoles sean el objeto de devotas peregrinaciones venidas de todas las latitudes y de todos los países; que los recuerdos de los mártires y de los santos glorifiquen los hipogeos sagrados y los templos luminosos de la ciudad; que en insignes basílicas y sobre numerosos altares María reciba los votos, las oraciones, las muestras de veneración de la piedad romana: sobre esta colina del Capitolio se levanta el santuario más elevado de la celestial Patrona de Roma, y consagra estas piedras y esta roca.

Acompañado de "otras vírgenes silenciosas" que no llevan el velo de Vesta y que el Venusino no entrevió (Hora-
vaban el velo de Vesta y que el Venusino no entrevió (Horasantidad, el Pontífice Romano se llegaba hasta aquí a postrarse delante de la imagen de la "Virgen-Madre, Hija de su Hijo, humilde y grande más que criatura alguna". Aquí María, teniendo a su divino Niño junto a sí, instruye, reúne, inflama, fecundiza, dirige hacia el cielo, como sobre un altar desde donde se levantan el incienso y los perfumes de todos los incensarios, de todos los lirios, de todas las rosas de las iglesias y de los jardines, de las colinas y de los valles de la ciudad, y, por su amor inmaculado, eleva muy alto el amor del pueblo romano y dirige los pensa-

mientos de sus conductores y gobernantes, herederos de un ilustre nombre grabado sobre la columna de los siglos.

Soberbio espectáculo que brilla con una nueva claridad sobre el horizonte de nuestro tiempo: delante de esta santa imagen de María se unen la dignidad de la fe y la dignidad del municipio romano. He aquí que se rejuvenecen y aquilatan las glorias de una época que, en los anales de la historia, hicieron grande y memorable los sucesos prósperos y adversos, las luchas y los períodos de la paz. Los siglos pasados, vigilantes sobre esta colina, han visto darse aquí en el nombre de Roma no menos que en el nombre de Cristo, el abrazo fraternal a los pueblos y naciones del universo; han visto fundirse en un solo pueblo a los poderosos y a los humildes, a los reyes y a los súbditos, a los gobernantes y a su pueblo, todos ellos dignificados y enaltecidos cuando se han revestido del hombre nuevo, del "hombre que se renueva, según la ciencia, a la imagen de Aquel que le creó" (Col., III, 10). Romanos, cantad vuestras alabanzas a la Virgen, Madre de Cristo. Los que se inclinan hoy delante de su imagen milagrosa, penetrados de veneración y de religioso respeto, representan por su fe y su dignidad, al Senado y al pueblo de Roma; en María reconocen a la Virgen que fue elegida para llevar en su seno al divino Triunfador de Roma y del mundo; ellos le ofrecen el homenaje de esta ciudad, a la que ha cabido el honor de dar su nombre a la fe que por todo el universo es anunciada" (Rom., 18). Pero con vuestra fe en María esta colina y este santuario no pregonan también el amor que le tenéis? Otros podrán preguntar a los siglos todo lo que las vicisitudes y glorias humanas han acumulado sobre el capitolio de historias y de monumentos, de palacios y de sus museos, de maravillas artísticas antiguas y modernas. Podrán recordar tales compases, tales cinceles, tales famosos arcos: nuestra alma en este solemne momento se entusiasma con el recuerdo del capitolio cristiano; aquí

nosotros nos levantamos por encima de la caducidad que acompaña todas las cosas de este mundo efímero; aquí exaltamos nuestra fe y nuestro amor a María; nos elevamos por encima de esta acrópolis para fijarnos, no en lo que es momentáneo y temporal, sino en lo que permanece inmutable en medio del cambiar de los siglos, como la fe cristiana que animó a nuestros padres y enciende nuestros corazones. En este recuerdo cristiano de amor y de fe en la Reina del Cielo vibra algo que no es el orgullo de los tiempos pasados: el santo orgullo que no se avergüenza del Evangelio y que hace mártires, el orgullo que da a Roma no solamente la conciencia de poseer la piedra fundamental de la Iglesia de Cristo, sino también la abnegación y el amor más fervientes, más antiguos, por los cuales sobre esta columna centro de la civilización mundial, el pueblo y el senado de Roma se han ligado a María, mientras María se ligaba a los habitantes de la ciudad, y en sublime reciprocidad de ternura, se realizaba la invitación a ella dirigida para venir desde el Líbano a hacerse coronar como Reina del Capitolio: "Veni de Libano, Sponsa mea. Ven desde el Líbano, esposa mía".

II

La invitación del amor crece y se inflama con el agradecimiento. Quién no sabe que este sentimiento si nace de la raíz del amor, se abre con el rocío del beneficio recibido? Es pues en el amor y en los beneficios, en donde se inspira el agradecimiento para invitar a María a recibir su corona en el Capitolio. Su bondad incomparable rayo de la luz divina y de la caridad ilimitada del Espíritu Santo que ha hecho de María su esposa, brilla en el cielo y llena la tierra: primera aurora nacida del sol que levanta a la pobre humanidad y le da vida, compañera asidua, abogada, medianera de la infinita bondad y de la misericor-

dia de su hijo. Cantad el esplendor de su liberalidad maternal, pueblos y generaciones de todo tiempo y de todo país, de toda lengua y de toda condición; tejed guirnaldas de flores y diademas de piedras preciosas alrededor de la cabeza de esta dulce y bondadosa Reina del mundo: ella dispensa pronta y generosamente los favores y los tesoros del cielo; ella es la estrella en este mar tempestuoso; conductora segura para todo cristiano que por el río del tiempo navega hacia el puerto de la eternidad.

Pero si más de un pueblo se gloría de la protección de María, ninguno ha sido mejor guardado por su mano tutelar que el pueblo y el senado romanos, que sobre esta ciudadela del Tíber elevan y despliegan el estandarte de su amor y de su antigua gratitud para con María. Ah! Sí, oh Roma, tú reportas más gloria del brillo de la Cruz del Gólgota que ilumina el cielo y la tierra, que del audaz vuelo de las águilas de tus Césares; tú puedes estar orgullosa también de tu capitolio cristiano y mostrar a las multitudes detvotas venidas de todos los países en peregrinación, este monumento supremo de tu piedad para con María Madre de Dios, que sobrepasa todas las colinas y resplandece con el fulgor de tu segunda historia y del sello de Dios. Aquí, con tu amor, reina tu agradecimiento; aquí la antigua protección de María se confunde con la presente; aquí el reconocimiento de los padres, se une al de sus hijos. Este templo, estos altares, esta imagen milagrosa, estos presentes, estos ornamentos artísticos, estas piedras esculpidas, estas tumbas, esta escalinata monumental, estos estandartes, son los testigos de favores y de gracias, de dolores y de consuelos, de temores y de confianza, de luchas y de victorias, de batallas y de triunfos. Su mudo lenguaje habla y nos dice del piadoso ardor de siglos pasados. El primer edificio consagrado a la bendita Virgen convertido en refugio del corazón de Roma, ha congregado a su alrededor para cantar sus alabanzas, a los piadosos hijos

del Benito de Nurcia y de Francisco de Asís; ha ampliado sus muros, y ensanchado sus bóvedas sostenidas por columnas de mármol de singular belleza; ha convocado a todar las artes para que a su sombra rivalicen. Pero para qué recordar lo que habla a vuestros ojos más elocuentemente que mi voz en vuestros oídos? El origen y la ampliación de este templo consagrado a María no corresponden al acrecentamiento y a la expansión de la gratitud romana para con la bondad de la Virgen Madre?

Sin embargo, no callaré las magníficas pruebas de esta bondad que las páginas de la historia narran y que estos muros sagrados sobre los cuales se encuentran estampadas, han visto. Vosotros mismos, hermanos míos, pocos días ha, contemplábais emocionados cómo bajo la mirada de María, se dieron la mano la religión y la magistratura romana. Estos dos poderes, de tan diferente orden, de los cuales el uno mira al cielo y el otro a la tierra, tienen en el corazón del hombre un lazo indisoluble formado por este Dios que, al crear al hombre a su imagen y semejanza, le ha dado una frente erguida hacia el cielo. Delante de un mismo altar se inclinan el cuerpo y el alma y el pontífice y el magistrado doblan la rodilla; y la bendición de Dios desciende abundante, invocada por los labios del sacerdote, distribuída por sus manos.

Hacia este altar vemos que se adelanta el sacerdote, y con el sacerdote la Iglesia, Esposa de Cristo, en la persona de tantos Soberanos Pontífices, de Cardenales, de Obispos, de Sacerdotes del Clero Secular y Regular.

Este cuadro venerando ha visto desfilar delante de sí, en el correr de los tiempos, a Pablo III, Sixto V, Gregorio XIV, Urbano VIII, Alejandro VII, Pío IX, implorando el auxilio divino contra los enemigos del nombre cristiano, o confiando el cetro del poder a los príncipes romanos para una cruzada contra las herejías, o invocando la ayuda de la Virgen Santísima para el gobierno de la Iglesia, bajo

la amenaza y el azote de las epidemias, o suplicando a María que proteja a Roma. Se vio también a sombríos cortejos fúnebres subir acompañando a un Pontífice difunto hasta el sepulcro de los Savelli; o a un Cardenal de Acquasparta, o a una reina de Bosnia, o a otros personajes ilustres, a nobles familias en esas tumbas, que nos muestran cómo gustaban hacer depositar sus despojos mortales más cerca del cielo, aquí a los pies de María, su vida, su dulzura y su esperanza, María a quien al morir habían dirigido su última mirada y su último beso, prenda de su amor y suspiro por la paz eterna.

Triste entre todas es esta mujer exhausta de fuerzas a quien vemos recorrer el camino del Capitolio. Es una noble matrona romana. Lleva de la mano a su hijo, su primogénito, un niño en quien resplandecen todas las virtudes; madre más fuerte que su propio amor, va a darlo en rehenes, para salvar a un cuñado prisionero, al tirano que domina sobre esta colina y que lo reclama. La vemos en seguida, sobreponiéndose a su dolor y a su amor, entrar en esta Iglesia de Ara caeli; se postra delante del altar de María, a quien, bañada en lágrimas, renueva el sacrificio de su hijo y de su corazón. Vosotros conocéis a la esposa de Lorenzo de Ponziani, la fundadora heroica del santo convento de Tor de Specchi. A esta mujer desconsolada la venerable imagen habló, la imagen de María que sabe comprender los temores de las madres y de los hijos, le dijo: "Aquí estoy por tí, no temas". Oís, en la plaza del Capitolio, cómo chocan unos contra otros, los caballos que cabalgan los siervos del tirano que llevarán muy lejos al hijo de Francisca Romana? Pero más fuerte que todas las bridas fue el freno puesto por la Virgen Consoladora de los Afligidos: ella detiene todos los pasos, inmoviliza todos los pies, obliga al tirano a que devuelva el joven a su madre. Cuántas veces Francisca vino aquí para dar gracias a María! Cuántas veces sumida en la oración, se inclinó so-

bre las gradas de este altar! Aquí lloró tristemente sobre la tumba de su consanguínea Vannozza; aquí en una visión de alegría la contemplación feliz en el cielo.

Oh sí! María es la Virgen compasiva y poderosa "que cambia las lágrimas de Eva en alegría"; ella es "el fuerte escudo de los pueblos afligidos contra los golpes de la muerte y de la fortuna, el escudo con el cual no se huye, sino que se triunfa".

No se complace ella en hacer de una u otra de sus imágenes, cualquiera que sea su autor, el arma de sus victorias, el instrumento prodigioso de sus favores y de sus milagros? El aceite de la lámpara que cuelga delante de su altar, oración perpetua del pueblo romano, no ha sido un bálsamo para las heridas y las enfermedades, un remedio saludable, aplicado sobre los miembros de los desgraciados y de los enfermos por la mano y el amor de Fray Diego de Alcalá? No fue delante de esta imagen donde se consagró Luis de Anjou, de la sangre real de San Luis de Francia, revistiéndose con el sayal del gran patriarca de Asís? Estas naves no han resonado con las invocaciones y con las alabanzas a María, a través de las palabras ardientes de Bernardino de Sena, los votos de Santiago de La Marche, y las súplicas de Juan de Capistrano, en favor de la paz de Italia, de la conversión de los extraviados, de la victoria de las armas cristianas sobre la Media Luna?

Aquí, pues, con los santos que aún desde esos altares nos miran, afluía el pueblo romano, las madres con sus hijos, la viuda con su hija, el pobre y el rico, los humildes y los potentados, y todos los que padecen un martirio silencioso y de secretas penas cuyos suspiros son desconocidos y los deseos sepultados, los que en este mundo no son comprendidos por nadie sino por María, en ella estaba toda esperanza de socorro en las más grandes necesidades. Oh! si esta imagen hablase! Si la gratitud revelara el fondo de los corazones humanos, desde donde ha pasado hasta los

labios el himno de acción de gracias a la Reina del Cielo!

Pero si los cantos de agradecimiento callan, si los recuerdos de los beneficios y de las gracias se borran sobre las piedras o se ocultan en la sombra de los archivos la obra del tiempo no lo destruye todo. Testigo de la victoria sobre las vicisitudes de los siglos es la escalinata de mármol que vuestras plantas, hermanos míos, han hollado, para llegar hasta los umbrales de esta insigne basílica, en donde todos os postráis a los pies de María para invocarla y manifestarle vuestro reconocimiento. Esta escalinata se debe a la gratitud del senado y del pueblo romanos. Recuerda la famosa peste que en la Edad Media desoló a Italia y amenazó a Roma, y que debería haber hecho menos desvergonzada la pluma del escritor de Certaldo. Reconozco en estas gradas el óbolo del pobre y de la viuda, las joyas de los esposos, las pedrerías y el oro de los grandes, las alabanzas del pueblo romano salvado por María del peligro del contagio. Y si estas gradas pudieran hablar, nos dirían de las huellas imprimidas por el magistrado de aquella época, que quiso ser el primero en subir esta soberbia escalinata; Cola di Rienzo, el orgulloso tribuno, vino aquí con el sueño de una república que renovaba las ideas de Cincinato y de Bruto; llevado por la devoción que fomentaba hacia esta imagen, depositó a los pies de María la victoria alcanzada sobre sus adversarios, y la vara de acero, símbolo de su gobierno personal, y la corona de olivo, signo de su confianza en la celeste protección de María.

Si del piso de mármol, levantáis vuestros ojos para mirar la hermosa bóveda dorada de esta basílica, qué veréis sino un testimonio más magnífico aún y más elocuente de la gratitud de la ciudad eterna hacia María? María, exterminadora de toda herejía, "terrible como un ejército en orden de batalla" domó el poderío naval de los otomanos en las aguas de Lepanto. Está escrito con caracteres más

indelebles que la tinta de los pergaminos y más vibrantes que el canto de los poetas, en los anales de la Roma cristiana, en donde, al lado del nombre del Santo Pontífice Pío V, resplandece el de Marco Antonio Colonna, comandante de las galeras romanas y, en esta jornada memorable vencedor de las huestes de la Media Luna con el Lábaro de Cristo. Oh poder y bondad de María! No es él el que humilla a los soberbios y levanta a los humildes? El que consuela, socorre y trueca en héroes a los que a ella se entregan y la invocan en las rudas pruebas de la vida?

Por eso este templo elevado es un monumento de la bondad de María, un himno del agradecimiento del pueblo romano. Invitación agradecida, estas piedras, estos adornos, estos presentes que atestiguan el amor y el reconocimiento de nuestros mayores: la gratitud es un canto que sube de nuestra alma al cielo, hacia el blanco Líbano en donde eternamente es glorificada la Reina de los Santos; invitamos a esta Reina a ceñir sobre nuestra colina una nueva diadema que le han tejido nuestro amor, nuestra gratitud de hijos y de súbditos de otros. "Veni de Libano, Sponsa mea; veni de Libano". Vén desde el Líbano, esposa mía, vén desde el Líbano".

III

El agradecimiento que nace en el corazón y de él brota, no se acaba en los labios, tiende a derramarse, a expandirse en todas las formas posibles. Pero qué pueden la pobreza y la miseria humanas para corresponder a la liberalidad, a la munificencia de la ilustre Reina del Cielo? La misericordia de María participa de la infinita bondad de Dios: ella recibe y conserva las llaves del secreto del corazón de Dios y de sus tesoros; ella sabe cuán impotente es nuestra gratitud para tributarle dignamente acción de gracias. Acepta sin embargo el débil murmullo de nuestra

alabanza; a nuestro reconocimiento responde ella con una nueva y más generosa gratitud, devolviéndonos en cierta manera gracia por gracia. El mundo lo ha sabido y lo sabe; lo saben las montañas y las grutas coronados con santuarios dedicados en su honor; lo saben los valles y las altiplanicies, las ciudades y las aldeas adornadas con sus imágenes y sus altares. Lo sabe esta ciudad romana que la ha consagrado el Capitolio, y que hace tres siglos proclamó su gratitud a María coronando —con el concurso de la piadosa generosidad del Conde Alejandro Sforza— su imagen de Ara caeli, no pudiendo coronarla en el cielo en donde ella reina e impera, Reina del paraíso y del universo, coronada por la Trinidad Beatísima, con una diadema de imperecederas perlas que mano alguna le podrá arrebatar. Admirad, romanos, el reconocimiento y el amor de vuestros padres para con María, la gran protectora de vuestra ciudad. Si la Virgen Madre tiene acá abajo mil nombres y centenares de coronas, el altar de esta santa imagen es un tesoro que os ha sido trasmitido y confiado, un poderoso bastión de seguridad, una prenda de esperanza y de salvación.

Pero la corona de oro que yo veo hoy sobre su cabeza no es la que entonces se le colocó. Quién ha tenido pues la audacia de levantar su mano para arrebatar a María su corona? No me pidáis hermanos míos, que os refiera una tan triste historia. Cuando Dios quiere confundir los designios de los reyes y la sabiduría de los sabios deja que el torbellino de las pasiones humanas en el andar de los tiempos, engendre la hora y el poder de las tinieblas; cuando, para humillar el orgullo de los pueblos, permite que el terror de la rebelión y el furor de las multitudes sepulten bajo las ruinas la seducción de la libertad y de la igualdad: entonces deja obrar a un hombre fatal, y este hombre atraviesa los Alpes y los ríos, sacude, a través de las sangrientas llanuras de Europa, los tronos sagrados y

profanos, hasta que llega el día en que el brazo divino lo detenga, vencido, junto a su trono derrocado como se deshacen contra las rocas de la orilla las soberbias olas, y lo relegue a una apartada isla en donde este rayo de la guerra se extinga en las profundidades del Atlántico. A esta hora, al finalizar el siglo XVIII, los caballos descendieron desde la cima de los Alpes, sus cascos de hierro señalaron las piedras de esta basílica con huellas que aún permanecen: el espíritu de revuelta penetró en este templo, manos sacrílegas osaron arrebatar los dones y la preciosa corona con que el amor filial, siglo y medio antes, había rodeado la frente de la venerable imagen de María.

Humillémenos, hermanos míos, al recordar el ultraje hecho a la Reina del Cielo, a nuestra Madre, a nuestra Soberana Benefactora. Humillémonos aún en la alegría que experimentamos al verla hoy de nuevo coronada con una diadema, después de más de un siglo de haber sido despojada. Que de nuestra boca brote un himno, no sólo de amor y de gratitud, sino también de reparación. Porque la nueva corona es una corona reparadora, distinta, consagrada como la expiación de una falta, la restauración de un amor inmutable: tiempo ha la piedad de los fieles lo esperaba, y el alma de este gran pueblo a quien el celo de vuestra casa, oh María, devoraba, mientras sentía caer sobre él el insulto de los que os ultrajaron (Ps. LXVIII, 10).

La ofensa que proviene de hijos ingratos ha contristado el corazón de nuestra dulce Madre Celestial mas no lo ha cambiado, no ha podido ni extinguir ni retardar las palpitaciones de su amor para nosotros. Nos rechazará ella? No querrá sernos propicia? Habrá apartado para siempre su misericordia que se manifiesta de generación en generación? Ha olvidado ella su piedad? Ha suspendido su misericodia? (Ps. LXXVI, 8-10). Oh! no! María no sabe de venganzas: es la Virgen dulce cuyos ojos, que cautivan al Señor, imploran siempre piedad y gracia del Dios que ha

dicho: "Para Mi la venganza, Yo la ejerceré a su tiempo". (Deut., XXXII, 35). De María, refugio de pecadores y consoladora de afligidos, irradian la munificencia y la protección, sin límites en el espacio y en el tiempo. Acaso no tuvieron prueba de ello nuestros padres, y Roma, y los grandes Pontífices romanos que en los terribles trastornos del último siglo vinieron aquí a implorar de María socorro y aliento? Habría ésta siendo protectora de Roma dejado de escuchar en nuestros tiempos la oración del pobre y del afligido, de la madre que teme por su hijo y de la viuda abandonada, la oración de todos los que en las horas tristes de la vida recurren a Ella y se refugian bajo su manto maternal?

Si alguna vez Roma tuvo una deuda de gratitud con María; si este altar capitolino es el trono elevado, la roca fortificada desde donde Ella protege al senado y al pueblo romano, desde donde Ella distribuye la abundancia de sus favores, vemos en este mismo altar el primer peldaño de la escala por la cual subiremos hasta Ella a fin de obtener —y ésta será la recompensa de nuestro homenaje reparador— una mirada pacífica y una sonrisa benévola de complacencia. En este homenaje en que el amor rivaliza con el conocimiento, la Bienaventurada Virgen María ha percibido los sentimientos de nuestro corazón, de nuestro ardiente deseo de borrar el pasado en cuanto tiene de vergonzoso, de perpetuar e igualar la piedad de los antiguos y de inflamar el amor que nos une con nuestra Madre Celestial; Ella ha visto que el alma del pueblo romano palpita de alegría al contemplar de nuevo su rostro maternal coronado con la diadema de la Reina del Capitolio y de señora de la ciudad.

Desde esta colina célebre donde se unen los siglos de civilización y la historia de Roma, mi mirada traspasa el flujo y reflujo de los tiempos y la ondulación de los montes y de los mares; por encima del rumor confuso del mun-

do se eleva hasta el cielo, en la luz de Aquel que eterniza la ciudad de Dios, la Roma eterna, y donde en la resplandeciente blancura de un Líbano inquebrantable, triunfa la Reina del Paraíso, la Virgen Madre, a quien pedimos descienda y se adorne con esta nueva corona formada por nuestro amor, nuestra gratitud y nuestra reparación. "Veni de Libano; coronaberis". Vén del Líbano, recibe tu corona.

Sí, hermanos míos, la corona que hemos depositado sobre las sienes de María no atestigua solamente su excelsa dignidad de Soberana de los ejércitos angélicos y de los santos y su protección que ampara a la ciudad de Roma: simboliza también y atestigua nuestra sumisión, nuestra devoción de súbditos fieles y amantes. Pero qué necesidad tiene María de nuestra corona para ser Reina omnipotente en el cielo y en la tierra? En el cielo su frente ciñe una corona de estrellas, y alrededor de su trono ve postrada a la corona de todos los bienaventurados a quienes benévolamente sonríe. Queremos nosotros algún día ser asociados a los ángeles y a los santos para alabar a María? Formemos acá abajo una corona alrededor de este altar, reproduzcamos en nuestra vida las flores y las perlas de la diadema de sus virtudes. Ah! Yo quisiera que todas las almas devotas de María, todos los que esperan en Ella y la invocan en las luchas y penas de esta vida, aun todos aquellos que la olvidan o le niegan veneración, y todo el pueblo romano, presentes en esta solemne exaltación de la celestial patrona de nuestra ciudad, de la más excelsa de las criaturas, de esta Madre que en el camino de Belén se humilló y se sometió a las órdenes del primer emperador romano. No reconocéis en la obediencia de la futura Reina del cielo al edicto de Augusto, la aurora divina de los nuevos destinos de Roma? No veis que María, llevando en sus

brazos al divino Niño, la luz del mundo, ha abandonado la Gruta de Belén para venir, recorriendo un rudo y sangriento camino, a las márgenes del Tíber, y sentar sus reales en el Capitolio, y sentarse en trono de gracia y protección?

Desde ese día veinte siglos han transcurrido, una visión de paz y una vida nueva, más fecunda y más duradera que el imperio de los Césares, brilló en el cielo de Roma. Desde este día se inició el reinado de Cristo que confunde su duración con la eternidad; la justicia del paraíso reaparecía en su virgnidad con una nueva raza descendida de lo alto, con cielos nuevos y tierra nueva. La obediencia de la Esclava del Señor destruía la desobediencia de Eva, como la inefable obediencia de su Hijo borraba la desobediencia de Adán. Así nos enseñan ellos que el Creador ha encerrado la salvación y la felicidad del hombre en la sumisión a la voluntad y a los mandamientos de Dios, y que el cumplimiento de la Ley divina resume todo el mérito y la nobleza de las obras, todas las fervientes manifestaciones del amor. No es ésta la lección que nos dan el ejemplo y la exaltación de María, la humilde Sierva del Señor, que fue coronada como Reina del cielo y Centinela de la ciudad de Roma? Me parece oír, en la solícita recomendación que Ella dirigía a los criados de las nupcias de Caná, un aviso maternal, para que todos obedezcan a su Hijo: "Quodcunque dixerit vobis, facite; haced todo lo que El os mandare". Obedezcamos, pues, hermanos míos, como fieles súbditos a María nuestra Reina y nuestra Señora. Obedecerle, es obedecer a nuestro divino Rey Jesucristo; y esta obediencia, lejos de envilecernos, nos asegura el imperio sobre nuestras pasiones y la victoria de nuestra fe sobre el mundo; ella nos eleva, coloca sobre nuestras sienes una corona inmortal de rosas y de flores, que semeja, en la medida de la benevolencia de María, su corona de oro

y pedrerías con que hoy hemos querido coronar a nuestra celestial Patrona.

Alegrémonos, pues, piadosos romanos, en esta nueva glorificación de María en su milagrosa imagen; alégrense esta colina y esta basílica, porque sobre la cabeza de la Bienaventurada Virgen y Madre, eterna protectora de Roma, resplandece el brillo de esta nueva diadema; ha sido colocada por la mano del Cardenal Vicario del Pastor Supremo que gobierna el rebaño de Cristo y que desde el Vaticano contempla aquí victoriosa la cruz, de cuya señal se vale para bendecir a Roma y al Universo entero. Y ahora, antes que se eleve hacia el cielo el Te Deum de acción de gracias y de alabanzas al Señor, qué hemos de hacer, sino volver hacia María nuestra mirada y nuestra voz, regocijarnos con Ella, bendecirla, invocar su poderoso y perpetuo patrocinio?

Dignáos aceptar, oh María, puerta del cielo y defensa de esta nueva Sión, la diadema de oro con que alborozados os contemplamos coronada. Una vez más sobre el Capitolio, vuestra benigna frente resplandece con preciosas joyas; propicias, nunca cansadas de interceder por nosotros demientras vuestras manos suplicantes parecen elevarse más lante de Dios. Presentes más ricos de oro y piedras, de mármoles y esculturas quizá os reserve la devoción de otras naciones y de otros continentes; pero con esta corona vuestra ciudad de Roma os ofrece la vehemencia de su afecto y el homenaje de un pueblo que, si no lo ha sido siempre, es ahora vuestro pueblo, raza escogida, sacerdocio real, nación santa, pueblo de conquista" (I Petr., II, 9-10), un pueblo cuya fe es proclamada en el mundo entero (Rom. I, 8), un pueblo que ha tenido el privilegio de que Vos misma, al someteros al censo ordenado por su César, le enseñéis el camino que conduce a los hombres de buena voluntad a una paz superior a todo sentimiento, bajo el lábaro de Cristo. Honraros, veneraros, alabaros, da-

ros gracias: hé ahí nuestra gloria; porque vuestro nombre es fuente de grandeza para el pueblo y el senado de Roma y le procura mayor gloria que todos los laureles que en este Capitolio hayan ceñido frentes humanas. Más elevado que el Capitolio es vuestro reinado, oh María; vuestra corona resplandece en este mundo, mas no pertenece a este mundo como tampoco al reino de vuestro Hijo, cuyo trono comunica al vuéstro esplendor y claridad. Vuestro reino es reino de espíritu y de gracia, no de carne ni de sangre; reino de virtud, no de pasiones; reino que no es caduco y perecedero, sino firme e inmortal. Delante de este reino espiritual, delante de esta corona de piedad y de devoción, nuestros padres se inclinaron y postraron; también nosotros nos inclinamos para vivir y permanecer en este dichoso reino, os invocamos Virgen poderosa, Protectora nuéstra. Aquí acudimos en las horas tristes o alegres de nuestra vida; a vuestro altar vendremos a buscar las inspiraciones y las luces de todas nuestras empresas y triunfos, de todos nuestros empeños y la fuente de nuestra paz; a vuestros pies esperaremos confiados la calma en las tempestades, que las nubes se disipen, que el cielo recobre su serenidad, que tornen a iluminarnos los rayos vivificadores del sol, y que el crepúsculo de nuestra vida, como nos lo hace esperar la sombra tranquila de estas tumbas, se inunde en dulzura, por la invocación de vuestro nombre, por la protección de vuestra mirada maternal.

Oh María, Reina de gracia y de misericordia, por la corona que hemos depositado en vuestras sienes, como hijos arrepentidos y agradecidos, coronad vuestra obra en nosotros; haced que todos, dominando la cumbre del eterno Líbano, nos unamos un día a los coros bienaventurados de los ángeles y de los santos, alrededor de vuestro trono, para admirar la incorruptible e incomparable diadema con que Dios os ha coronado, y para ensalzar vuestra generosa protección, por los siglos de los siglos. Amén.

EL PRIMER MENSAJE DE SU S. S. PIO XII

A las cuatro y media de la tarde del día 2 de marzo de 1939 fue elegido Sumo Pontífice Su Eminencia el Cardenal Eugenio Pacelli. S. S. Pío XII leyó al día siguiente, ante los micrófonos de la Radio Vaticana, su primer mensaje dirigido al mundo.

En este momento en que la pesadísima responsabilidad del Pontificado Supremo (que Dios con la sabiduría de su Divina Providencia ha colocado sobre Nuestros hombros) Nos lleva a examinar las profundidades de Nuestro ser y su examen casi rompe Nuestro espíritu cuando nos replegamos en esa contemplación y en ese examen, hay algo que también nos induce a volvernos a todo el mundo católico para decirle unas palabras paternales.

Con una voluntad llena de amor, abrazamos, ante todo, a los Padres purpurados del Sagrado Colegio, cuya piedad, cuya virtud y cuyas brillantes dotes mentales conocemos perfectamente después de una larga experiencia. Saludamos después con la mejor voluntad, a todos y a cada uno de nuestros queridos hermanos del episcopado. Bendecimos a los sacerdotes, Ministros de Jesucristo y mayordomos de los misterios de Dios, y bendecimos a los hombres y a las mujeres de las órdenes religiosas, y a todos los que asistan a la jerarquía en su papel apostólico, ya dedicando sus energías a las misiones, por medio de las cuales se extiende el reino de Jesús por todas partes, ya esforzándose guiados por sus obispos en las tareas de la Acción Católica.

Finalmente, imploramos los dones de los cielos y la consolación divina para todos nuestros hijos, donde quiera que estén, especialmente para los pobres y para los afligidos.

Nuestra mente se vuelve también hacia aquellos cuyas vidas han pasado más allá de los límites de la Iglesia Católica, y quienes, estamos seguros, se alegrarán de oír que, en esta hora solemne, suplicamos a Dios misericordioso y Todopoderoso para que les envíe su Divina Asistencia.

A este Nuestro mensaje paternal, deseamos añadir una invitación y un augurio de paz. Hablamos de esa paz que nuestro predecesor, de amada memoria, tan afanosamente pidió a Dios, ofreciendo incluso su propia vida para la reconciliación armoniosa de los hombres; paz, el más hermoso de los dones divinos, que sobrepasa a todo entendimiento; la paz por la que todos los hombres de sentimiento han de luchar forzosamente; la paz, en fin, que surge de la justicia y de la caridad. Esta es la paz que exhortamos a todos, la paz que daría nuevo aliento a aquellos que ya están unidos en la amistad con Dios, esa paz que modera y atempera los intereses privados con el sagrado amor de Jesucristo; la paz que une a las naciones y a los pueblos por medio de un mutuo amor fraternal, de tal manera que todas las razas, unidas por un sentimiento común, y por medio de alianzas amistosas, se esfuercen, con la inspiración y la ayuda divina, para conseguir la mayor felicidad para toda la humana familia.

Más aún, en estos tiempos de ansiedad, cuando tantas y tan graves dificultades parecen impedir la consecución de esa verdadera paz que todos desean tan ardientemente, que hacen que esa paz se mantenga a lo lejos, rogamos a Dios humildemente por todos los que están colocados en puestos de autoridad sobre los Estados, y sobre quienes recae el peso enorme y la alta distinción de conducir a sus pueblos hacia la prosperidad y el progreso cívico.

Tal es, Padres Eminentes, Venerables Hermanos y queridísimos hijos, el primer deseo con el que Dios ha inspirado Nuestro corazón de padre.

No se escapan a nuestra mirada los males verdaderamente graves que por todas partes afligen al hombre, males que, aun encontrándonos sin otro recurso que la ayuda del Altísimo, en quien sin vacilar colocamos toda nuestra confianza, es nuestro oficio remediar. Empleando las palabras de San Pablo, para todos imporamos el **Recíbenos.**

Tomamos aliento en nuestra confianza de que vosotros, hermanos y queridísimos hijos, seréis los últimos en dejar de hacer el intento para llevar adelante ese trabajo que es el deseo más grande de nuestro corazón: la reconciliación pacífica de la humanidad. Nuestra confianza, después de en la ayuda de Dios, sólo descansa en vuestra voluntad ansiosa y dispuesta a conseguirla.

Quiera Cristo nuestro Señor, de cuya bondad todo lo hemos recibido, oír desde el cielo este deseo nuestro: que se extinga sobre la superficie del mundo un augurio de consuelo y de bienestar, y que la Bendición Apostólica pueda ser también como un augurio, ofrecido amorosamente por Nosotros.

EL PLAN DE PAZ DE CINCO PUNTOS

La víspera de la Navidad de 1939, pronunció S. S. Pío XII, ante el Sacro Colegio de Cardenales, el discurso siguiente, que contiene su plan de paz de cinco puntos:

En este día santo y feliz, venerables hermanos y queridísimos hijos, cuando la ansiosa espera de la llegada divina va a verificarse en la contemplación del misterio del nacimiento de nuestro Salvador, es como goce anticipado de la Navidad el contemplar a nuestro alrededor a los miembros del Sagrado Colegio y a los Prelados romanos, y escuchar del amado y reverendo Decano de los Cardenales una expresión tan elocuente de nuestros afectuosos buenos deseos; deseos que, supernaturalizados por las oraciones al Santo Niño que les acompaña, nos han sido ofrecidos por tantos corazones fieles y devotos en esta fiesta, primer festival del año litúrgico y primera Navidad de nuestro Pontificado.

La Luz de la Fe

Con vosotros, nosotros levantamos nuestro corazón por encima de la tierra, hacia el mundo del espíritu iluminado con el esplendor de la luz de la fe. Con vosotros nos regocijamos, con vosotros moramos en la sagrada memoria del misterio que, oculto a todas las edades, se reveló en el establo de Belén. Allí es donde contemplamos la cuna de la redención universal, la revelación de la paz entre el cielo y la tierra, la de la gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad; el principio de una nueva era en la historia en la que los hombres adorarán este divino misterio, dón grandioso de Dios que trae la felicidad para el mundo entero. "Regocijémonos en el Señor", dijo nuestro gran predecesor San León el Grande; "y alegraos con el regocijo del espíritu, porque ha surgido entre nosotros la aurora de la redención, en la cual

lo viejo es transformado en nuevo, y nos ha sido asegurada la felicidad eterna. El ciclo de los años nos recuerda el misterio de nuestra salvación, prometida desde el principio y otorgada al final, y que después ha de perdurar por los siglos de los siglos. Por tanto, es justo que nosotros elevemos nuestros corazones y adoremos este misterio divino; y es justo también que, mientras el dón de Dios se intensifica, se intensifique también el placer de la Iglesia al celebralo".

Nuestro regocijo de Navidad es espiritual y sobrenatural; ese regocijo toma alas y se remonta hasta Dios. En las palabras de la liturgia, "en medio de las vicisitudes y de los cambios de este mundo, nuestros corazones se adhieren a la fuente de la felicidad verdadera". En medio del fragor y del tumulto de los acontecimientos de la tierra, el verdadero regocijo sólo se encuentra en la calma del espíritu. Esta es la fortaleza que no puede ser domeñada por ninguna tormenta mundana; la fortaleza donde el corazón descansa con confianza en Dios y se une a Cristo, fuente y causa de todo placer y de toda gracia. ¿No es este el secreto de que el Santo Niño de Belén, el Rey de nuestros corazones, desea que aprendamos de El? Si hemos aprendido de todo corazón esta lección, entonces la fe, la esperanza y la caridad encontrarán su extasiada expresión en las palabras del Apóstol de las Naciones: **Yo vivo ahora; pero no Yo: es Cristo el que vive en mí.** En esta transformación del hombre en Cristo, nuestro Redentor reviste al hombre con El mismo; se humilla hasta descender al nivel del hombre para, en esa forma, levantar al hombre hasta Su altura. Aquí tenemos la renovación perenne de ese regocijo de Navidad que constantemente nos recuerda la liturgia en su tiempo oportuno; y esta es la alegría de la que nos han dicho que **nuestros corazones se regocijarán, y nuestro regocijo nadie nos lo podrá arrebatar.**

La luz sublime de este regocijo y de este consuelo es la fuente la confianza Cristiana; y ninguna aflicción, ningún trabajo, ninguna molestia o ansiedad que se refiera a las cosas terrestres, podrán apagar esa luz o perturbar su serenidad. Es

como la alondra que en el primer destello de la mañana se remonta, primero cantando y después silenciosa, extasiada con la dulzura de su canción suprema.

Donde otros se encuentran perdidos, donde los de poco corazón se sumergen en las aguas amargas de la aflicción y de la desesperación, las almas habitadas por Cristo están llenas de fuerza; se levantan por encima de las tormentas y de los desórdenes de ese mundo para cantar alabanzas a los juicios y a los mandatos de Dios. Podrán rugir las tempestades, pero estas almas no temerán, no solamente porque son inmortales sino porque la oración las eleva hasta Dios y las une a El. **Sursum corda; Habemus ad Dominum.**

Vuestros deseos de Navidad son para nosotros, venerables hermanos y queridísimos hijos, como una oración dirigida al Padre soberano de quien **recibimos nuestra gracia mejor y nuestro dón más perfecto**; y no podemos expresar mejor ni más efectivamente nuestro agradecimiento hacia ellos que elevando a El nuestros ojos y nuestras oraciones, a El que es la fuente de todo poder y de toda misericordia. Dios ha de permitir que, en la unión de estas oraciones, cada uno de vosotros consiga, ante la Cuna de Su Unico Hijo, que encarnó entre los hombres, esa medida buena, apretada, apilada y desbordante" de alegría de Navidad, que sólo El puede dar. Fortalecidos y alentados con esta felicidad, llenos de valor y de espíritu de sacrificio, podréis seguir vuestra marcha a través del desierto de esta vida mundana, como buenos soldados de Cristo,

hasta que el día haya terminado y vuestra mirada anhelante contemple la montaña del Señor, resplandeciente de la aurora de la eternidad. Entonces, que Dios nos otorgue la realización de nuestra oración de Navidad, que "Podamos contemplar con confianza y como juez a ese Hijo Unico de Dios que recibimos hoy como nuestro Redentor".

Pero aunque esa Vigilia de Navidad nos trae el placer consolador de vuestra presencia, la hora no deja de tener sus recuerdos tristes. Ante vuestras mentes, como ante las nuestras, se levanta la figura de nuestro glorioso predecesor, de santa memoria, que sólo hace un año pronunció ante nosotros palabras que nunca olvidaremos, palabras solemnes y graves, salidas de lo más hondo de su corazón paternal; palabras que vosotros oísteis y comprendísteis: el **Nunc Domittis** de otro anto Simeón. Ellas tuvieron eco en estas mismas paredes, entre las cuales nos dirigimos hoy a vosotros. Con el peso de la profecía, esas palabras anunciaron las desgracias que habían de acontecer y el tono de su ruego y de su amonestación, y el heroico sacrificio que distinguieron esa admonición están presentes aún en nuestros oídos y en nuestros corazones.

La Navidad y el Estrépito de la Guerra

Ahora está sobre nosotros, como una trágica realidad, la indescriptible calamidad de la guerra prevista por Pío XI con un profundo recelo; esa guerra que él se esforzó por ahorrar a las naciones con toda la energía de su noble espíritu. Nuestras almas se desbordan con amarga aflicción cuando pensamos que este santo festival de Cristo, Príncipe de la paz, tendrá que ser celebrado en medio del rugir mortífero de los cañones, bajo los proyectiles bélicos y el ataque de los acorazados. Aún más, desde que el mundo parece haber olvidado el mensaje pacífico de Cristo, la voz de la razón y la fraternidad de Navidad, hemos

tenido que presenciar, a la fuerza, una serie de actos tan irreconciliables con los preceptos de la ley positiva internacional como con las leyes de la naturaleza, y con los sentimientos más elementales de la humanidad; unos actos que demuestran el círculo vicioso en el que puede verse envuelto el sentido jurídico cuando tiene por único guía los mandatos de la conveniencia. Podemos estimar como cometidos contra naciones pequeñas, industriosas y pacíuno de estos crímenes cualquiera de los actos de agresión ficas, so pretexto de una amenaza que no podía ser ni pretendida ni real, ni siquiera posible; así debemos considerar las atrocidades (cométalas quien las cometa) y el uso ilegal de armas destructivas empleadas contra los nocombatientes, los refugiados, los ancianos, las mujeres y los niños; el desprecio hacia la dignidad, hacia la libertad y hacia la vida humana que se muestra en acciones que claman venganza al cielo: **La voz de la sangre de vuestro hermano me grita desde la tierra**; y, finalmente, la propaganda anti-cristiana y atea, multiplicada y creciente, esparcida especialmente entre la juventud.

Es nuestro deber, así como nuestro deseo sagrado y nuestra intención, preservar la Iglesia y su misión de todo contacto con este espíritu anti-cristiano y, por lo tanto, pedimos cálida e insistentemente, y lo pedimos especialmente a los ministros del altar y "a los que administran los misterios de Dios", que ejerzan la enseñanza y la práctica de la caridad de una manera cada vez más ejemplar y constante, teniendo presente en la mente, en todas las ocasiones, que en el reino de Cristo no hay precepto más inquebrantable ni más fundamental que el servicio de la verdad y el robustecimiento del vínculo del amor.

Esfuerzos para evitar la Guerra

Contemplamos con hondo pesar el daño manifiesto y creciente que se infiere a las almas, por la difusión de ideas que, de una manera intencionada y pública, van desfigurando y obscureciendo la verdad en la mente de los individuos y de las naciones, sean o no beligerantes; estamos anonadados por el pensamiento de la inmensa labor que será necesaria para que, cuando el mundo se haya cansado de la guerra y vuelva hacia los pensamientos de paz, se puedan romper las gigantescas murallas de odio y de hostilidad que se han levantado en el ardor del conflicto.

Temerosos de los excesos para los que se abre un camino, guiados por un impulso sobrenatural, que nos produce la contemplación del desprecio a la ley de Dios, usamos de todo nuestro empeño, cuando la guerra no era todavía más que una amenaza, para evitar la catástrofe suprema y para persuadir a los gobernantes, sobre cuyos hombros descansaba la responsabilidad de la decisión, de que se alejaran de un conflicto armado, evitando al mundo una tragedia más horrible de lo que ellos imaginaban. Pero nuestros esfuerzos, como los de otros grupos que gozan de influencia y de respeto, no produjeron el efecto deseado, principalmente porque parecía imposible la desaparición de un profundo sentimiento de desconfianza que ha ido creciendo continuamente, durante los últimos años, y que ha levantado entre las naciones barreras espirituales insuperables.

Los problemas internacionales existentes no eran de solución imposible pero esa falta de confianza en la eficacia de las promesas, o en la duración de los posibles acuerdos, presentaba un obstáculo casi infranqueable. El recuerdo de la corta y penosa duración de anteriores pactos y acuerdos similares, paralizó, por último, todos los

esfuerzos que hicimos para fomentar una solución pacífica.

Sólo nos queda, Venerables Hermanos y queridísimos hijos, repetir las palabras del Profeta: **Hemos buscado la paz, pero en vano; hemos buscado el alivio, y sólo nos hemos encontrado con la desesperación**; sólo nos queda usar todo lo que está a nuestro alcance, mientras tanto, para aliviar las desgracias causadas por la guerra, y aún esos esfuerzos no dejan de encontrar obstáculos que no han sido vencidos todavía; sólo nos queda llevar el auxilio de la caridad Cristiana a aquellas regiones donde su necesidad se siente con más urgencia. Durante cuatro meses, y con una angustia indescriptible, hemos contemplado las ruinas que se han ido apilando con motivo de esta guerra iniciada bajo unas circunstancias excepcionales. Y, aunque hasta aquí a excepción de Polonia y de Finlandia, cuyo suelo se encuentra empapado de sangre, el número de las víctimas puede considerarse menor de lo que se esperaba, la suma total de las calamidades y de los sacrificios ha alcanzado, de todas maneras, unas proporciones que no pueden menos de causar grave ansiedad por el futuro económico, social y espiritual de Europa, y no únicamente de Europa. Mientras los monstruos de la guerra van adquiriendo, engullendo y exigiendo cada vez más de las cosas que parecen accesibles entre todo lo que, inexpugnablemente, van poniendo a la disposición de sus demandas cada vez mayores, mayor es el peligro de que las naciones, directa o indirectamente afectadas por el conflicto, sean víctimas de una especie de anemia perniciosa. Por eso surge, inevitablemente, esta pregunta: ¿cómo podrá contribuir a encontrar los medios necesarios para la reconstrucción económica y social en tiempos como los presentes una economía agotada y extenuada, cuando se multiplican dificultades de todas clases, que no dejarán de ser aprovechadas por las fuerzas destructivas y revolucionarias que

se preparan diariamente con la esperanza de asestar un golpe decisivo a la Europa Cristiana?

Ni siquiera la pasión del conflicto debe impedir que las naciones y sus gobernantes dén el peso debido a las reflexiones que, como éstas, deberían hacer examinar las consecuencias probables, reflexionando además sobre los designios de la guerra y sus justificables propósitos.

Requisitos para una paz justa y honorable

Los que tienen puesta su atención sobre las consecuencias futuras, y consideran con calma los síntomas que, en muchas partes del mundo, van ya siendo indicados por el desarrollo de los acontecimientos, a despecho de la guerra y de sus penosas necesidades, creemos que conservarán abiertas sus mentes al propósito de definir claramente y en el momento oportuno, y en tanto que de ellos dependa, los puntos fundamentales de una paz honorable y justa. Creemos también que no rehusarán categóricamente entablar negociaciones para conseguir tal paz, en el caso de que se presentara una ocasión oportuna, si esa paz tuviera las garantías y las seguridades necesarias.

I.—Uno de los postulados fundamentales de cualquier paz honorable y justa, es la seguridad, para todas las naciones, grandes o pequeñas, poderosas o débiles, de su derecho a la vida y a la independencia. La voluntad de vivir de una nación no debe significar jamás una sentencia de muerte dictada contra otra. Cuando se ha destruído esta igualdad de derechos, cuando estos derechos han sido atacados, el orden exige que se den unas reparaciones cuya medida y extensión debe ser determinada no por las armas ni por la decisión arbitraria de un interés egoísta, sino por las normas de la justicia.

II.—el orden así establecido, si lo es para conservar la verdadera paz y para asegurarla, requiere que las nacio-

nes sean liberadas de la esclavitud impuesta sobre ellas por la carrera de los armamentos, así como del peligro de que la fuerza material, en lugar de servir para proteger el derecho, se convierta en un amo despótico y tiránico. Cualquier acuerdo de paz que deje de conceder una importancia fundamental a un desarme mutuamente acordado, hecho de una manera orgánica y progresiva, tanto espiritual como material, o que descuide asegurar el cumplimiento leal y efectivo de tal acuerdo, más pronto o más tarde se encontrará falto de coherencia y de vitalidad.

III.—El máximo de la sabiduría humana requiere que, en cualquier reorganización de la vida internacional, todas las partes interesadas aprendan la lección que se deduce de las faltas y de las deficiencias del pasado. De aquí que, al crear o reconstruir las instituciones internacionales, que tienen una misión tan alta y una responsabilidad tan difícil y tan grave, sea importante que guarden en la mente la experiencia obtenida sobre la ineficacia o imperfección de las previas instituciones de esa clase. La fragilidad humana hace difícil, por no decir imposible, en el momento en que se firman los tratados, la previsión de todas las contingencias y la adopción de todas las medidas precisas contra los peligros que puedan presentarse; la pasión y los sentimientos amargos están en condiciones de hacer notar su presencia todavía. De aquí que sea de primordial importancia, para que una paz pueda ser honorablemente aceptada, y con objeto de evitar las roturas y las interpretaciones unilaterales de los tratados, el establecimiento de alguna institución jurídica que garantice el cumplimiento leal y estricto de las condiciones acordadas; organismo que, en caso de reconocida necesidad, pueda revisar y corregir esas condiciones.

IV.—Si se ha de alcanzar una mejor organización de Europa, hay en particular un punto que debe merecer una especial atención: el que se refiere a las necesidades rea-

les y a las justas exigencias de las naciones, de las poblaciones y de las minorías raciales. Puede ser que, como consecuencia de la existencia de tratados incompatibles con esas condiciones, estas demandas sean incapaces de establecer un derecho estrictamente legal. Incluso así merecen ser examinadas con un espíritu amistoso y con la idea de discutirlas por medio de métodos pacíficos, e incluso, si ello fuera necesario, por medio de una revisión equitativa y conveniente de los propios tratados. Si se establece de esta manera el equilibrio entre las naciones y los fundamentos de la confianza mutua, habrán desaparecido muchos incentivos a la acción violenta.

V.—Pero incluso las reglamentaciones más estudiadas y detalladas, serán imperfectas y estarán predestinadas al fracaso, si los pueblos, y los que los gobiernan, no se someten voluntariamente a ese espíritu que es el único que puede dar vida, autoridad y fuerza obligatoria a la letra muerta y de los acuerdos internacionales. Debe desarrollarse ese sentido de responsabilidad profunda y aguda que pesa y que mide las leyes humanas de acuerdo con los tipos sagrados e inviolables de la Ley de Dios; se debe cultivar esa hambre y esa sed de justicia que se proclama, como una bendición de Dios en el Sermón de la Montaña; y cuyos propósitos, así como sus fundamentos naturales, son la virtud moral de la justicia; los pueblos y los gobernantes deben guiarse por ese amor universal, que es el compendio y la expresión más grande del ideal cristiano, y que, por lo tanto, puede servir como un terreno común también para aquellos que no tienen la bendición de compartir la misma fe que nosotros.

"Dios lo quiere"

No somos insensibles a las graves dificultades que surgen en el camino del éxito de los fines que hemos descri-

to como necesarios para establecer y conservar entre las naciones una paz justa. Pero sí existe algún objetivo que merezca la colaboración de todas las mentes nobles y generosas, si hubiera alguna cruzada espiritual que debiera adoptar como una verdad nueva el lema de "Dios lo quiere", sería ese alto propósito, esta cruzada, en la que participan todos los hombres generosos y de gran corazón, en un solo esfuerzo, para volver a las naciones, desde la cisterna rota de los intereses materiales y egoístas, a la fuente perenne de la justicia divina, que es la única capaz de dar moralidad, nobleza y estabilidad, la necesidad de cuyas cualidades se ha experimentado tanto tiempo, para detrimento general de las naciones y de la humanidad.

Esperamos que, para esos ideales, que son al mismo tiempo los objetivos reales de una paz verdadera, establecida con justicia y con amor, todos aquellos que se unen con nosotros por el lazo de la fe, tendrán abiertas sus mentes y sus corazones; de tal modo que, cuando el tormento de la guerra muestre signos de abatimiento, puedan elevarse en cada nación hombres de previsión y de buena voluntad, inspirados con el valor necesario para suprimir el instinto básico de la venganza, estableciendo en su lugar el gesto noble y grave, majestuoso, de la Justicia, hermana del amor y acompañante de la verdadera sabiduría.

Nosotros, y con nosotros todos los que oyen nuestra voz, sabemos dónde se encuentra el supremo modelo, el propósito interno y la promesa segura de esta justicia que es la única que puede crear y conservar la paz. **Transeamus usque Bethlehem et videamus.** Aquí, en su cuna, encontraremos a Aquel que ha nacido "Hijo de la Justicia", Cristo Nuestro Señor, y, a su lado, a la Virgen Madre, que es "Espejo de la Justicia", "Reina de la Paz", con el santo protector de San José, "el hombre justo". Jesús es el Esperado de las naciones. Los profetas anunciaron su venida y predijeron sus triunfos futuros: **Su nombre será mara-**

villa, consejero, Dios, poderoso padre del mundo futuro, Príncipe de la Paz.

Ante la Cuna del Príncipe de la Paz

Cuando nació este Niño celestial, otro Príncipe de la Paz reinaba en las orillas del Tíber; y, como una ceremonia solemne, había dedicado un "altar de paz augusta", cuyas reliquias, durante mucho tiempo escondidas detrás de las ruinas de Roma, han salido a la luz en nuestro propio tiempo. Sobre este altar augusto se hacían sacrificios a los dioses que no tenían poder para salvar. Pero podemos pensar que el verdadero Dios, y el Príncipe de la Paz eterno, que unos años más tarde bajó a morar entre los hombres, no era sordo ante las lamentaciones que por la paz se hacían en aquella época, y que la paz augusta era servidora de la paz sobrenatural, que solamente El puede dar, y en la cual está incluída forzosamente cualquier paz terrenal verdadera; queremos decir que la paz se consigue, no por la espada, sino por la madera del pesebre donde nació ese Niño, Señor de la Paz, y por la madera de la Cruz en la que había de morir, madera rociada por su propia sangre, que no era la sangre del rencor y del odio, sino sangre de perdón y de amor.

Vayamos entonces a Belén; vayamos a la gruta del Rey de la Paz, la paz cantada por el coro de los ángeles. Postrados delante de El, y en nombre de esta humanidad atormentada y dividida, en nombre de aquellas almas innumerables, pertenezcan a quien pertenezcan, que están sangrando y muriendo, que están llorando y lamentándose, que han perdido su madre patria, dirijamos a El nuestras oraciones, rogando paz y concordia, ayuda y salvación, usando las palabras que la Iglesia pone sobre los labios de sus hijos durante esta estación sagrada: ¡Oh, Manuel, nuestro Rey y Legislador, Esperado de las naciones,

y su Salvador, ven y sálvanos, Nuestro Señor y Nuestro Dios".

Mientras expresamos en esta oración nuestros anhelos por una paz en el espíritu de Jesucristo, el mediador de la paz entre los Cielos y la Tierra, Quien con su bondad y su generosidad apareció entre nosotros; mientras exhortamos a todos los jóvenes para que combinen sus sacrificios y sus oraciones con nuestras intenciones, Nosotros os damos nuestra bendición apostólica, Venerables Hermanos y queridísimos hijos, y la damos a todos aquellos a quienes tenéis en vuestros pensamientos, y a todos los hombres de buena voluntad que hay en la tierra, especialmente a los que sufren las molestias y las persecuciones, y a los cautivos y a los oprimidos de todas las naciones, como un augurio de gracias, de consuelo y de ayuda celestial.

ENCICLICA "SAECULO EXEUNTE" DE S. S. PIO XII

El texto de la Encíclica «Saeculo Exeunte». que sigue a continuación, fue publicado en la Ciudad Eterna el 13 de junio de 1940. Está dirigida la Encíclica al Venerable Clero y los fieles de Portugal con ocasión del VIII Centenario de la Independencia y III de la Restauración de ese país.

INTRODUCCION

1.—El VII Centenario de la Independencia de Portugal y III de su Restauración, que vuestra gloriosa y noble Patria celebra este año con tanta solemnidad y unión de corazones, no podían pasar desapercibidos al vigilante cuidado de esta Sede Apostólica, ni mucho menos dejar indiferente Nuestro corazón de Padre común de los fieles.

Más aún: tenemos un motivo especial para tomar parte en estas conmemoraciones de vuestra primera independencia, ya que, como es sabido, los Romanos Pontífices colaboraron para darle constitución jurídica.

2.—Los actos con que nuestros predecesores del siglo XII, Inocencio II, Lucio II y Alejandro III, aceptaron el homenaje de vasallaje prestado por Alfonso Henriques, Conde primero y después Rey de Portugal, y, prometiéndole su protección, declararon la independencia de todo el territorio, recuperando valerosamente a precio de durísimas luchas del dominio sarraceno, fueron el premio, altamente ambicionado, con que la Silla de Pedro remuneró al generoso pueblo portugués por sus extraordinarios méritos en pro de la Fe católica.

I.—PORTUGAL MISIONERO

3.—La Fe católica, así como fue en cierto modo la savia vital que alimentó a la nación portuguesa desde su nacimiento, así fue, si no la única, ciertamente la principal fuente de energía que elevó a vuestra patria hasta el apogeo de la gloria de nación civilizadora y misionera,

"dilatando la Fe y el Imperio" (Camoes, "Lusiadas". 1, 2). Lo refiere la hisoria y lo atestiguan los hechos.

A)—Las carabelas de la Cruz.

4.—En efecto, cuando los hijos de Don Juan I le pidieron que autorizase la primera expedición ultramarina, que había de llevar la liberación a Ceuta, el grande y piadoso Monàrca quiso saber, antes que ninguna otra cosa, si la empresa habría de ser o no útil al servicio de Dios.

Como esta, todas las demás expediciones que le siguieron tuvieron igualmente por fin principal la propagación de la Fe; de aquella Fe que impulsara a los Cruzados de Occidente y a las Ordenes militares de su épica lucha contra la dominación mahometana.

5.—En las carabelas, que enarbolando el níveo pendón, rubricando con la cruz de Cristo, conducían los intrépidos descubridores lusitanos hacia las playas occidentales de Africa y de las islas adyacentes, navegaban también los misioneros **"para atraer a las naciones bárbaras al yugo de Cristo"**, en frase del gran adalid de la expansión colonial y misionera de Portugal, el infante Don Enrique, el Navegante.

El príncipe de los descubridores portugueses, Vasco de Gama, al levar anclas para dar comienzo a su venturoso viaje a las Indias, llevaba también consigo dos Padres Trinitarios, uno de los cuales, después de haber predicado con celo apostólico a los pueblos de la India el santo Evangelio, había de coronar su trabajoso apostolado con el martirio.

6.—La sangre de éste y de otros heroicos misioneros portugueses fue en aquellos remotos parajes, como siempre y en todas partes la sangre de los mártires, semilla de cristianos. Sus luminosos ejemplos fueron para todo el mundo

católico, y muy especialmente para sus generosos compatriotas, llamamiento y estímulo al apostolado misionero.

Y precisamente cuando sobrevino una serie de funestos acontecimientos, vióse a Portugal, con su nación hermana, España, abrir ante la mística Esposa de Cristo inmensas regiones desconocidas, y traer a su regazo materno, en compensación de los desgraciadamente perdidos, innumerables hijos de los vastos continentes de Africa, Asia y América.

Diócesis y parroquias, seminarios y conventos, hospitales y orfanatorios, surgieron y se multiplicaron en aquellas tierras, en demostración de la perenne vitalidad de la Iglesia Católica, por la cual intercede sin descanso su Divino Fundador, y en la que el Espíritu Paráclito obra incesantemente, aún en las horas más trágicas.

B).—Luces y sombras.

7.—Pero ¿de dónde provino "**que vosotros, por muy pocos que fuéseis, hiciéseis mucho en pro de la cristiandad**"? (Camoes, "Lusiadas", VII, 3).

¿De dónde le vino a Portugal fuerza para abrazar dentro de sus dominios tantas playas de Africa y del Asia, y aún para extenderlos todavía en las tierras apartadas de América? ¿De dónde, sino de aquella ardiente Fe del pueblo lusitano, cantada por su mayor poeta, y de la cristiana sabiduría de sus gobernantes, que hicieron de Portugal un dócil y precioso instrumento en manos de la Providencia, para la realización de tan grandiosas y benéficas obras?

8.—De hecho, mientras los Alburquerques, los Castros y otros varones no menos señalados, conscientes de su propia responsabilidad, gobiernan con rectitud y prudencia las diversas colonias portuguesas, y prestan ayuda y protección a los celosos pregoneros de la Fe, que grandes mo-

narcas, como Don Juan III, se esfuerzan por enviar a aquellos países, Portugal, se impone a la admiración del mundo por la potencia de su imperio y por su gigantesca obra civilizadora.

Y al contrario, cuando la Fe declina; cuando el celo misionero desfallece; cuando el brazo secular, en vez de amparar, embaraza; en vez de fomentar, paraliza la actividad misionera, principalmente con la supresión de las Ordenes Religiosas, entonces, lógicamente, junto con la Fe y la caridad, se marchita y desaparece toda aquella primavera de bienes, que de ellas nacía y se alimentaba.

Una mirada también a estas sombras, Amado Hijo Nuéstro y Venerables Hermanos, no deja de ser provechosa y de prestarse a últimas reflexiones.

C)—Ante las fiestas centenarias.

9.—Sin embargo, en este año muchas veces secular, destinado a la evocación histórica de los magníficos fastos de vuestra Patria, queremos que fijéis la atención en vuestras incomparables glorias misioneras, a fin de que en vuestros corazones se mantenga siempre vigoroso el antiguo espíritu misionero de Portugal.

Las actuales fiestas centenarias coinciden providencialmente con un renacimiento espiritual del pueblo portugués; y el solemne Concordato y el Acuerdo Misionero, poco ha ratificados, que regulan las relaciones y promueven la colaboración amigable de la Iglesia y del Estado, garantizan tiempos aún mejores.

10.—Por esta razón, es singularmente propicia la hora actual para dar nuevo incremento al espíritu misionero entre vosotros, a fin de que pueda emular el ardor de los antiguos misioneros portugueses.

¿Quién, animado de tal espíritu, podrá contemplar con indiferencia los casi diez millones de almas que viven en

los Dominios portugueses y que, en su inmensa mayoría, esperan aún ver la luz del Evangelio?

¿Qué portugués, digno de este nombre, no querrá hacer cuanto estuviere en su mano, para conservar siempre vivo lo que forma no sólo una de las más hermosas glorias, sino también uno de los mayores intereses de su Patria?

II.—NECESIDAD DE OBREROS EVANGELICOS

A)—Las vocaciones misioneras.

Ecasez de Misioneros.

11.—Nos, pues, Amado Hijo Nuéstro y Venerables Hermanos, mientras con la mente y el corazón rebosantes de las gloriosas tradiciones misioneras de la nación portuguesa, queremos que contempléis la muchedumbre de almas que en vuestras colonias esperan quien les predique la palabra de Dios y les reparta "las insondables riquezas de Cristo" (Efes. III, 8), os repetimos el gesto y la exhortación del Divino Redentor a los Apóstoles, diciéndoos con él: **"Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos, y ved ya las mieses blancas, a punto de segarse"** (Juan, IV, 36). **"La mies, a la verdad, es mucha; mas los trabajadores pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies".** (Lucas, X, 2).

¡Los obreros son pocos! Las antiguas diócesis del Africa portuguesa sufren gran escasez de apóstoles, y vastas circunscripciones misioneras están confinadas a pocos obreros evangélicos.

¡Rogad al Señor de la Mies!

12.—¡Rogad, pues, al Señor de la mies! Y en primer lugar, pedir al Señor que se digne suscitar muchas vocacio-

nes misioneras, tanto en Portugal, como entre los indígenas de los Dominios; y no sólo vocaciones de Sacerdotes, sino también de Hermanos Coadjutores, de Religiosas y de catequistas.

Que todos los Sacerdotes consagren parte de sus oraciones a esta santa y altísima intención, que oren de una manera especial por las Ordenes contemplativas. Que los fieles, al rezar el Rosario, tan recomendado por Nuestra Señora de Fátima, no dejen de dirigir una invocación a María Santísima en favor de las vocaciones misioneras.

"Día de las Vocaciones Misioneras".

13.—Pero esto no basta: es preciso organizar días especiales de las vocaciones misioneras, con horas de adoración y sermones apropiados; y esto, cada año, en todas las parroquias, en los colegios o casas de educación de la juventud, en los Seminarios.

Procuren todos, en estos días, acercarse a la Sagrada Mesa; y más especialmente, la juventud aliméntese con el pan de los fuertes, **el trigo de los escogidos** (Zac. IX, 17). Para muchos será tal vez aquel el momento bendito y dichoso en que el Señor les haga escuchar su llamamiento.

B)—La Unión Misional del Clero.

Medio eficacísimo.

14.—¿Quién ha de promover esas santas iniciativas? Primero, y antes que nadie, ¡el Clero!

Con todo el ardor de Nuestro corazón nos dirigimos, pues, al Venerable Clero portugués y le exhortamos a alistarse en la Unión Misional del Clero. Esta piadosa asociación, bendecida y enriquecida con especialísimas gracias

por Nuestros inmediatos Predecesores, y que Nos igualmente bendecimos y recomendamos instantemente, existe ya en casi todos los países católicos, y en todas partes se ha mostrado medio eficacísimo para formar la conciencia misionera de los fieles.

Es nuestro más vivo deseo que la **Unión Misional del Clero** portugués, aun en sus comienzos, se desenvuelva rápidamente, ya que entre sus miembros Nos esperamos encontrar aquellos cultivadores celosos y experimentados que, con amorosa solicitud, sepan escoger y educar las tiernas plantas que Cristo Nuestro Señor haga brotar en su viña, para trasplantarlas un día a las Misiones.

Labor de Roturación.

15.—Más aún, el Señor espera de sus ministros un trabajo más fundamental todavía: que roturen y preparen el terreno para que puedan germinar en él las vocaciones misioneras. En efecto, al Sacerdote —y, como declaraba un día Nuestro Predecesor Pío XI, de feliz memoria, no debía haber Sacerdote que no se sintiese inflamado del amor a las Misiones—, al Sacerdote es a quien compete, en primer lugar, difundir entre los fieles el conocimiento del problema misionero y encender en sus corazones el celo apostólico.

Por eso, a vosotros, Amado Hijo y Venerables Hermanos, os repetimos las autorizadas palabras del mismo gran Predecesor Nuéstro en su Encíclica "**Rerum Ecclesiae**": "**Ved de mandar se establezca en vuestra diócesis la Unión Misional del Clero, o, en caso de que ya existiese, haced que cada día florezca con mayor actividad, aprobándola con vuestra autoridad, consejos y exhortaciones**".

Fomentar y difundir la prensa Misionera.

16.—El primer deber de la **Unión Misional del Clero** en Portugal ha de ser promover y propagar la Prensa misionera. Si no existe una Prensa que dé a conocer los graves problemas y las urgentísimas necesidades de las Misiones, ni el Clero, ni con mayor razón el pueblo, las tomará a pecho.

Por lo cual, bendecimos de todo corazón la revista de la **Unión Misional del Clero** en Portugal **"O Clero e as Missoes"**, a fin de que haga revivir y encienda de nuevo en los Sacerdotes portugueses la llama del celo misionero, y les recuerde sus obligaciones con relación a la propagación de la Fe.

Bendecimos también las demás revistas misioneras de las Familias Religiosas, que tanto contribuyen a la propaganda misional entre los fieles, haciendo votos, para que produzcan frutos cada vez más abundantes.

17.—Reservamos una bendición especial, para aquellos Sacerdotes que, con ánimo generoso, quieran emprender una celosa propaganda de la **Unión Misional del Clero,** a fin de que Dios fecunde sus actividades. El verdadero celo de las almas les inspirará mil santas y eficaces industrias para llevar a efecto su buen propósito.

Espíritu Misional en los Seminarios.

18.—Deseamos también que en los Seminarios se oriente la educación de los candidatos al sacerdocio de tal manera, que adquieran una sólida y profunda conciencia misionera, que tanto contribuye a robustecer la formación sacerdotal con ventaja para el futuro ejercicio de su ministerio, en cualquier puesto que la Providencia les señale.

Y si alguno de ellos, por benignísima voluntad del Altísimo, se sintiese llamado a las Misiones, **"no os desanime ni**

la escasez del Clero, por grande que sea, ni la necesidad de la Diócesis os retraiga de dar vuestro consentimiento. Porque vuestros diocesanos, teniendo, por decirlo así, a la mano los medios de salvación, distan mucho menos de ésta que los paganos, sobre todo los que aún viven en la barbarie y el salvajismo.

"Si se os presenta ocasión de esto, por amor de Dios y de las almas, permitid generosamente en vuestro Clero esta pequeña merma, si es que tal nombre puede dársele; porque, al que habéis perdido como ayudador y compañero de vuestros trabajos, el divino Fundador de la Iglesia os lo suplirá sin duda, o con mayor abundancia sobre la Diócesis, o excitando nuevas vocaciones para el sagrado ministerio" (Rerum Ecclesiae).

C)—El Clero y las Religiosas, indígenas.

19.—Sin embargo, Nuestro mayor y más ardiente deseo es que, a imitación de la Arquidiócesis de Goa, donde abundan las vocaciones sacerdotales y religiosas entre los naturales de la tierra, así también en las demás circunscripciones eclesiásticas de los Dominios portugueses, desenvolviéndose generosamente la obra ya comenzada, surja dentro de poco tiempo un ejemplar Clero indígena y numerosas Religiosas, hijas del mismo pueblo, en cuyo ambiente han de ejercitar su apostolado.

Es una gloria de Portugal el haber siempre asociado a la fortuna de la metrópoli los pueblos de las tierras ultramarinas, procurando elevarlos al mismo nivel de civilización cristiana. Nos confiamos en esta vuestra laudable tradición para la realización de uno de los sueños más ardientes de la Iglesia en estos últimos tiempos: la formación del Clero indígena.

Vosotros, Amado Hijo Nuestro y Venerables Hermanos, haréis ciertamente de vuestra parte todo lo posible para

que estas esperanzas no sean vanas, sino que se conviertan en breve en consoladora realidad.

III.—EDUCACION DE LAS VOCACIONES MISIONERAS

A)—Misioneros santos y hábiles.

20.—Pero no basta reclutar muchas vocaciones: es necesario educar santos y hábiles misioneros.

Centros de Formación.

Tenéis en medio de vosotros y, sin duda, lo apreciáis condignamente, un monumento insigne de la solicitud que merece a esta Sede Apostólica la educación de las vocaciones misioneras, y es la Sociedad Portuguesa de las Misiones Católicas Ultramarinas, fundada por la providencia y energía de Nuestro inmortal Predecesor Pío XI, de feliz memoria, la cual es igualmente para Nosotros objeto de especiales cuidados y esperanzas.

21.—No menor confianza deposita la Santa Sede en las Ordenes y Congregaciones Religiosas, masculinas y femeninas, que en todos los tiempos han sido y siguen siendo los laboratorios en los que se forma la mayor parte de los Misioneros. De unas y de otros esperamos mucho y esperan mucho las Misiones.

Conociendo las necesidades espirituales de las Posesiones portuguesas, es nuestro más vivo deseo que, al lado de las Ordenes y Congregaciones consagradas a estas tareas, surjan otras todavía para ayudarles en el trabajo, las cuales deben ser fomentadas con cuidado y protegidas por los Ordinarios del lugar, para que cada día se acreciente más y más el número de obreros evangélicos, destinados a las Misiones de vuestras extensas colonias.

Vocación correspondida.

22.—A los Directores de los Colegios de la mencionada Sociedad misionera, así como a los Superiores de las otras Corporaciones religiosas, queremos abrir nuestro corazón, a fin de que vean con claridad Nuestras preocupaciones apostólicas, y cuánto deseamos que las vocaciones misioneras sean debidamente cultivadas y formadas.

Acuérdense que no se debe encaminar a nadie por las difíciles y heroicas sendas de las Misiones, que no haya sido llamado por privilegio del Señor; del mismo modo que a nadie ha de permitírsele continuar por ese camino, si no quiere corresponder dignamente al llamamiento divino.

Donación completa y perfecta de sí mismo.

23.—El misionero debe ser hombre de Dios, no sólo por vocación, sino también por la donación completa y perpetua de sí mismo. En efecto, como nos enseña la admirable Encíclica "**Maximum Illud**" de Benedicto XV, de feliz memoria, "**es preciso que sea hombre de Dios, quien a Dios tiene que predicar; así como ha de huir del pecado, quien a los demás manda que lo detesten. De una manera especial tiene esto aplicación tratándose de quien ha de vivir entre gentiles, que se guían más por el sentimiento que por la razón, y para quienes el ejemplo de vida en orden a convertirles a la fe, es más elocuente que las palabras**".

24.—Trátase, Amado Hijo Nuestro y Venerables Hermanos, de una santidad profundamente arraigada en el alma, no de una honradez superficial, que habría de desaparecer al primer contacto con la corrupción del paganismo. Hombres que, en frase de San Pablo, "**tengan apariencia de piedad, pero que hayan renunciado a su espíritu**" (II Tim., III, 5), no serán, ciertamente, la sal de la tierra que cure la corrupción de las costumbres paganas, ni la luz del

mundo que muestre el camino de la salvación a los que yacen en las sombras de la muerte.

¡Y plegue al Señor que no vengan ellos mismos a corromper miserablemente y —¡peor aún!— se conviertan en maestros de perdición!

Formación Científica y Pastoral.

25.—Además, es necesario que el futuro misionero reciba una educación completa, tanto científica como pastoral, de manera que pueda realmente ser un "**sabio arquitecto**" (I Cor., III, 10) del Reino de Dios.

No le basta una amplia y profunda ciencia teológica; le es preciso también conocer las ciencias profanas, particularmente las relacionadas con el ejercicio de su ministerio. Si le faltaran estos conocimientos sagrados y profanos y fuera guiado únicamente por su celo, se arriesgaría a edificar sobre arena.

Por lo tanto, a semejanza del divino Maestro, "**que pasó haciendo bien y sanando a todos**" (Actos, X, 38), y obedeciendo a su mandato, "**Curad a los enfermos**" (Luc. X, 38), "**enseñad a todas las gentes**" (Mat. XXVIII, 19), el Misionero abre los labios para hablar con sabiduría y doctrina del Reino de Dios, y extiende las manos, convenientemente preparadas y movidas por la caridad cristiana, para aliviar los cuerpos de las dolencias y de las miserias que los aflijen. Con los cuerpos se aliviarán, al mismo tiempo, las almas.

26.—Sabrá, igualmente, elevar las inteligencias de tantos desgraciados, esclavos de envilecedoras supersticiones y sumergidos "**en las sombras de la muerte**" (Luc. I, 79) y hará brillar ante aquellos entendimientos oscurecidos la luz del Evangelio por medio de la educación.

De hecho, al lado de la Casa de Dios, inspirada por el Espíritu Santo, ha levantado en todas partes la Iglesia,

sobre todo en tierras de Misiones, orfanatorios, hospitales y escuelas.

Y ¿quién ha de ser el "**sabio arquitecto**" de estas santas obras sino el Misionero? Y ¿cómo podrá serlo, si le falta la debida preparación?

B)—Misioneras numerosas y bien preparadas.

27.—Idénticas recomendaciones hacemos a cuantos trabajan en la formación de ese ejército silencioso, pero laboriosamente benéfico, auxiliar casi indispensable de las Misiones, formado por las Religiosas misioneras.

Sabemos que en Portugal, por gracia de Dios, se van multiplicando las Congregaciones Religiosas femeninas. Cuídese en ellas diligentemente de reclutar y ducar las vocaciones misioneras, de suerte que las Hermanas, dispuestas para partir a tierras infieles, sean cada vez más numerosas y vayan cada vez mejor preparadas para ejercitar provechosamente los oficios de maestras, enfermeras, catequistas, en una palabra, todos los trabajos de que consta el apostolado misionero.

Consideren bien todos aquellos a quienes compete esta obligación, que tanto mayores frutos podrán recoger las Religiosas Misioneras, cuanto más adecuada y completa fuere su formación, no sólo religiosa, sino también intelectual.

Quiera el Señor que veamos pronto colaborar con las Religiosas Misioneras a Religiosas indígenas.

IV.—PALABRAS DE ALIENTO

A)—A los Misioneros.

28.—No os olvidamos, queridísimos Hijos, a vosotros que habéis obedecido ya la orden del divino Maestro: "**Guía a alta mar**" (Luc. V, 4).

A vosotros, que os encontráis ya en alta mar, luchando y fatigándoos por dilatar el Reino de Dios, corre más solícito Nuestro pensamiento y se dirige con mayor cordialidad Nuestro saludo y exhortación.

Dar buen ejemplo.

Después de infundiros nuevos alientos, os rogamos y os conjuramos a todos y cada uno de vosotros en particular, con las palabras del Apóstol de las gentes: "**Pónte en estado de comparecer delante de Dios, como un ministro digno de su aprobación, que nada hace de que tenga motivo de avergonzarse**" (II Tim., II, 15). "**Has de ser dechado de los fieles en el hablar, en el trato, en la caridad, en la fe, en la castidad**" (I Tim., IV, 12).

Entregarse a la piedad.

29.—Y juntamente con el mismo Apóstol, deseando sugeriros los recursos necesarios para poner en práctica esta exhortación, os los resumimos todos en el siguiente consejo: "**Entregaos a la piedad**". (I Tim., VI, II).

Si la gracia de Dios habita en vuestros corazones, no dejará de difundirse a vuestro alrededor y sobre vuestros trabajos, ya que ésta es la ley por la que se gobierna el Reino de Dios. "**El reino de los cielos es semejante a la levadura, que tomó una mujer y mezcló con tres medidas de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada**" (Mat., XIII, 33).

El IV Centenario de la vocación de San Francisco Javier

30.—La historia de vuestras Misiones atestigua elocuentemente la verdad de esta ley divina. Mientras las llamadas Misiones laicas, que habían de sustituir a las Misio-

nes católicas, fueron siempre infructíferas, aquellos varones, apostólicos, como San Francisco Javier y el B. Juan de Brito, reportaron inmensos bienes, no sólo espirituales, sino también, y por consecuencia natural, temporales en ventaja y prestigio de Portugal. ¡Imitadlos, pues, con digna emulación!

El 15 de marzo de este año se cumplió el cuarto centenario de la divina vocación de Javier para las Misiones de la India portuguesa. Este llamamiento de Dios le fue manifestado por la carta que D. Juan III, rey de Portugal, escribió a su embajador en Roma, encargándole que procurara sabios y virtuosos misioneros para las Indias.

31.—¡Qué bien recompensó Javier a Portugal el valiosísimo auxilio prestado a la vocación divina del Santo Patrono de las Misiones! Ciertamente que no podría haber hecho más en servicio de Portugal, si hubiese sido portugués de nacimiento. Tal es la eficacia benéfica de la santidad. En ella está el secreto del feliz resultado de vuestra misión.

Sea, pues, vuestro programa misionero entre los infieles, el del Divino Maestro: **"por amor de ellos me santifico a mí mismo, a fin de que ellos sean en verdad santificados"** (Juan, XVII, 19). Este fue, igualmente, el programa de San Francisco Javier, del Beato Juan de Britto y de toda la gloriosa cohorte de santos Misioneros portugueses, que tanto bien merecieron de la Religión y de la Patria.

B)—Al pueblo portugués.

32.—Para terminar, unas palabras al generoso y para nosotros queridísimo pueblo lusitano.

Cristo nuestro Señor, a los que ya gozan de los incomparables beneficios de la Redención, confióles el encargo de hacer partícipes de los mismos a sus hermanos privados de esta gracia celestial. En vuestras magníficas colo-

nias tenéis millones de hermanos cuya evangelización os está encomendada de una manera particular.

Por esto, Nos os convidamos a todos a una Santa Cruzada en favor de vuestras Misiones.

Como vuestros antepasados, de cuyas gestas celebráis este año la memoria, se apiñaban en torno de los Capitanes y Caballeros que levantaban la bandera de la Cruz, o si no les podían seguir, les acompañaban con sus oraciones, con su solidaridad y con el auxilio financiero, así también vosotros poned vuestro mayor timbre de gloria de entregar vuestros hijos, vuestras oraciones, vuestras limosnas generosas, para las Misiones.

Parte privilegiada de esta noble Cruzada, corresponde a los que militan en las filas de la Acción Católica.

CONCLUSION

33.—Dios bendecirá esta vuestra Santa Cruzada y vuestra caballerosa nación. Nuestra Señora del Rosario de Fátima, la misma excelsa progenitora de Dios, que venció en Lepanto, os asistirá con su poderoso patrocinio. San Francisco Javier, el Santo Patrono de las Misiones Católicas, portugués de adopción; el Beato Juan de Britto y toda la ínclita falange de los Santos Misioneros portugueses estará con vosotros.

Entretanto, como prenda de las gracias celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, recibid la Bendición Apostólica que a vosotros, Amado Hijo y Venerables Hermanos, y a todos y cada uno de vuestros fieles impartimos con toda la efusión del corazón.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de San Antonio, 13 de junio del año del Señor 1940, segundo de Nuestro Pontificado.

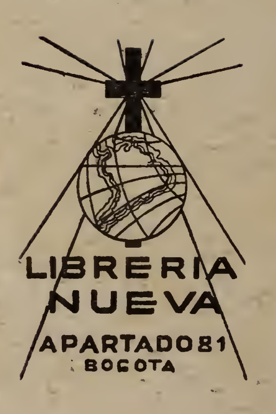
Pío PP. XII

INDICE

Págs.

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE


LIBRERIA
NUEVA
APARTADO 81
BOGOTA